La primera novela de la serie creada por Darren Star

NETFLIX
UNE SÉRIE NETFLIX

EMILY IN PARIS

Catherine Kalengula

Catherine Kalengula

EMILY IN PARIS

Traducción de Noemí Sobregués

montena

BIENVENIDA A PARÍS

Estoy en un taxi, y el corazón me late tan fuerte que está a punto de explotar. ¡Yo, Emily Cooper, estoy en París! Todos necesitamos sueños en la vida, y el mío siempre ha sido venir a esta ciudad. Lo supe una tarde, mientras veía la película *Moulin Rouge*, con la sublime Nicole Kidman. Debía de tener siete u ocho años, y allí, ante la pantalla, exclamé: «¡Yo también quiero ir a París!». Mi madre me contestó: «Está un poco lejos de Chicago, ¿no?». Y mi padre añadió: «En tu lugar, me lo pensaría dos veces. Dicen que los franceses solo se lavan una vez al mes».

Pero nada podría haberme disuadido, ni siquiera los olores corporales.

¡Ah, no soy idiota! Sé que la historia de *Moulin Rouge* transcurre durante la Belle Époque y que aquello es agua pasada. Sí, pero cuando el sueño es tan fuerte, no hay quien lo pare. Esta película sembró una semilla en mí, una semilla que no ha hecho más que crecer y florecer con el paso de los años.

Las calles de París desfilan ante mis ojos, y cada monumento es más maravilloso que el anterior. ¡Y yo no dejo de sonreír! Aunque una parte de mí tiene miedo. Miedo a no encontrar mi lugar aquí. Miedo a echar demasiado de menos a Doug, mi novio. Miedo a que la realidad no se ajuste a mi sueño.

Domino todos estos miedos a base de entusiasmo. Los entierro bajo una tonelada de optimismo. Porque los sueños nos empujan hacia delante, pero los miedos nos paralizan por completo.

El taxi se detiene frente a un edificio antiguo situado en una plaza con un

encanto indefinible. ¡Incluso hay una pequeña fuente! Intento no parecer demasiado sorprendida, aunque estoy a punto de ponerme a dar saltos y gritar: «¡París, aquí estoy!».

¡Y pensar que esta felicidad se la debo a un espermatozoide! Si mi jefa en Chicago no se hubiera quedado embarazada en el momento adecuado, sería ella la que estaría aquí. *I love you, little* renacuajo.

Cuando salgo del taxi, me recibe un chico moreno, vestido con un traje bastante clásico. El agente inmobiliario, supongo.

—¿Emily Cooper? —me dice estrechándome la mano—. Soy Gilles Dufour, de la agencia de alquiler.

—*Hi!* ¡Hola!

Mi apartamento está en una quinta planta sin ascensor. En la portería descubro una escalera de caracol absolutamente fantástica. Me parece mucho menos genial después de haber subido decenas y decenas de escalones cargada con mis grandes maletas.

Primera observación sobre París: lo antiguo es bonito, pero no es muy práctico.

—¿Ya estamos? —le pregunto sin aliento.

—Tu apartamento está en la quinta planta —me informa Gilles Dufour—. Esta es la cuarta.

—He contado cinco plantas.

Suelta un suspiro desesperado, en plan: «¿Esta tía es idiota o qué?».

—En Francia, el primero es el entresuelo. Así que el segundo es el primero, y así sucesivamente.

—Qué raro —le digo perpleja.

—No, es perfectamente lógico —me contesta.

¿Cómo hacerle entender que lo que para unos puede parecer lógico, para otros no lo es necesariamente? Ni me molesto. Estoy impaciente por descubrir mi pisito parisino. Hago un último esfuerzo y consigo subir mis maletas hasta el sexto piso. Diga lo que diga Gilles Dufour, los músculos de mis muslos me indican que efectivamente es el sexto.

—Tu magnífica y coqueta buhardilla —me dice.

Enseguida entiendo lo que significa «coqueta» en su lenguaje de agente inmobiliario: diminuta. La decoración se parece vagamente a la de mi bisabuela. Y huele un poco como la casa de mi bisabuela. Al menos estoy en territorio conocido. Pero ¡las vistas son increíbles! Ventajas de estar en el sexto piso, supongo.

—*Oh My God!* —exclamo extasiada—. Me siento como Nicole Kidman en

Moulin Rouge.

—Sí, tienes todo París a tus pies —me confirma apoyando una mano en mi hombro—. Hay una cafetería estupenda ahí abajo. Es de un amigo mío. Bueno, ¿te gusta? *All is good?*

—Sí, *good* —le contesto sin poder dejar de sonreír—. Es maravilloso.

Me gustaría que me dejara sola. Ya he entendido la historia de las plantas y quiero contemplar París. Mi París. Disfrutar de este momento… sola, ya que no puedo hacerlo con Doug. Por desgracia, Gilles Dufour no parece dispuesto a marcharse.

—¿Tienes hambre? —me pregunta—. ¿Quieres tomar un café o…?

—Qué va, tengo que ir a la oficina.

—¿Y te apetece una copa, esta noche? —insiste.

¿Por qué me da la ligera impresión de que intenta ligar conmigo? Debo decir que no es muy sutil. Y sin duda se precipita. Creía que me tomaba por idiota. Parece que no le molesta tanto. Pero a mí sí. Solo quiero mis llaves. ¿No es lo que se espera de un agente inmobiliario? ¿O es que el precio del alquiler incluye otros «servicios»? Un paquete especial, por así decirlo.

—Tengo novio —le digo con la esperanza de cortar la conversación.

—¿En París?

—En Chicago.

—Así que no tienes novio en París —deduce encantado.

Guau. A esto se le llama ser emprendedor. Y sobre todo plasta. Es una de esas situaciones embarazosas que queremos que duren lo menos posible. Y olvidarlas. En cuanto tengo mis llaves, lo empujo suavemente, aunque con firmeza, hacia la puerta.

Que vaya a ofrecer su paquete de «apartamento y revolcones» a otra persona.

CONOZCO A MIS COMPAÑEROS FRANCESES

Savoir. Así se llama la agencia de marketing de lujo que el Grupo Gilbert, mi empresa de Chicago, ha adquirido en Francia. Por eso estoy aquí. Tengo que desarrollar su estrategia de redes sociales. Espero que mis compañeros sean majos. No quiero darles lecciones. Solo mostrarles otra forma de ver las cosas, otro ángulo. Y también aprender de ellos. Será muy enriquecedor. ¡Me dan escalofríos solo de pensarlo!

La agencia está a apenas unas calles de mi buhardilla, así que aprovecho para admirar los edificios de piedra, las tiendas y las plazas. Ya me siento bien en París, como si hubiera vivido aquí toda la vida.

Nicole Kidman estaría muy orgullosa de mí.

Empujo la puerta de la agencia con el corazón lleno de esperanza y una gran sonrisa en los labios. Todo irá bien. Los franceses no pueden ser tan diferentes de los estadounidenses, ¿verdad? No hay que creer todo lo que dicen. Por ejemplo, hace dos horas que he llegado y no he notado ningún olor corporal.

Esto lo dice todo, ¿no?

Mientras espero en la recepción aparece un chico. Me mira como si fuera un insecto. No hay problema. Aplico el SED: Sonreír. Entusiasmo. Dinamismo. ¡La clave del éxito! Junto con el trabajo, por supuesto. Mucho trabajo. Cantidades ingentes de trabajo.

—*Hi!* ¡Hola! —le digo alegremente—. Hola, soy Emily Cooper, del Grupo

Gilbert, de Chicago.

—¿Cómo? —me pregunta—. Lo siento, me cuesta entender el acento de Quebec…

Vale, OK, es cierto, tengo un poco de acento, casi nada. Por suerte, el traductor de mi teléfono habla francés perfectamente. Y se encarga de comunicar por mí que voy a trabajar en esta oficina.

De repente el tipo reacciona raro. Parece asustado. ¿O consternado? Pero mi llegada estaba planificada. ¿Quizá no lo sabía? Se acerca al mostrador y descuelga el teléfono.

—La chica estadounidense está aquí —anuncia a su interlocutor.

Parece que lo sabía. Enseguida llega una mujer. La encuentro muy elegante vestida de negro. El problema es que no entiendo lo que me dice. Aparte de la primera palabra: «Hola». Y también su nombre, Sylvie. No me he enterado de nada más.

—¿Puedes hablar más despacio? —le pido.

—¡Vaya! —me suelta.

No parece contenta. Pero rápidamente le haré olvidar esta primera impresión. ¡SED, la clave del éxito!

La sigo por el magnífico local.

—Creía haber entendido que habías hecho un máster en francés —me dice.

—No, esa es Madeline, mi jefa —le explico—. Yo soy Emily. Emily Cooper. Y estoy muy emocionada de trabajar aquí.

—Sí, pero es bastante molesto —me comenta mientras entramos en su despacho.

No la entiendo. ¿Qué es molesto? ¿Que me sienta feliz de trabajar en París? ¿Debería poner cara de funeral, como ella? ¿Será una tradición francesa? Nada de sonrisas en el trabajo. OK. Tomo nota. Pero no puedo.

El famoso SED, ¡sí!

—Perdona, ¿qué es lo molesto? —le pregunto.

—Tu fuerte acento y el hecho de que te cueste entendernos —me contesta.

—Sé que tengo un poco de acento —admito—. Pero si no habláis muy deprisa, todo irá bien.

—No se trata de que vaya a ser complicado para ti, sino de que lo será para nosotros —me dice.

¿Complicado?

Después conozco a Paul Brossard, el creador de la agencia. Le tiendo la mano. Me da un beso. Incluso dos. Otra tradición francesa, supongo. Es un poco raro besarse entre compañeros de trabajo. No es que seamos íntimos

precisamente. Pero, bueno, al menos no tiene cara de funeral. Casi parece alegrarse de verme. ¡Qué bien!

—*Welcome to Paris!* —me dice.

Oh, y además hace el esfuerzo de hablar en inglés. *So cute!*

—Así que ¿has venido a enseñar trucos siux a los franceses? —me pregunta.

No lo he entendido del todo, pero sonrío.

—Estoy segura de que tenemos mucho que aprender los unos de los otros —le digo.

—Pero ¿tienes experiencia en marketing de lujo?

—No, hasta ahora me he ocupado básicamente de productos farmacéuticos para residencias de ancianos —le cuento.

Pero es lo mismo, ¿no? Si puedo vender medicamentos para la artrosis y andadores, podré hacer lo mismo con perfumes y ropa de marca. Después Paul me habla de sus vacaciones en Chicago, donde probó nuestra especialidad: la *deep dish pizza*. ¡Una delicia!

—La verdad es que sabe a cagadero, si se me permite decirlo —comenta.

¿A cagadero? Otra cosa que se me escapa. Quizá haya comparado nuestra *deep dish pizza* con un plato francés: el cagadero. Hum, nunca lo había oído. Solo conozco la ratatouille, por los dibujos animados. ¡Ah, y también el foie gras!

—Asquerosa —añade Sylvie.

Esto lo he entendido.

Empiezan a hablar de esto y de aquello. Que una vida sin placer es una vida de mierda (sé lo que significa). Que todas las marcas para las que trabajan se definen por la belleza y el refinamiento. Y que no ven qué podrían aprender de mí.

Diría que a ser modestos, para empezar.

Pero prefiero callarme. Si quiero integrarme, no debo mostrarme demasiado crítica.

Tengo que mantener la mente abierta. Sí, eso es.

La mente muy muy abierta.

Y sobre todo no ser susceptible.

DIEZ MINUTOS DESPUÉS, PRIMERA REUNIÓN

Atavíada con mi mejor aliada (mi sonrisa), me siento alrededor de una mesa con Sylvie, Paul, Julien —el chico al que he conocido al llegar— y otras dos personas: un chico de pelo claro y rizado, y una mujer de aspecto serio con gafas superelegantes (probablemente Chanel o Dior).

—Ante todo, disculpad mi acento —empiezo a decir—. Iré a clases para mejorar, tenéis que darme tiempo.

La mujer de las gafas se levanta sin decir una palabra y se va. ¿Qué he dicho?

—Patricia es alérgica a los acentos —me explica Sylvie.

Nunca había oído hablar de esta alergia.

Sigo hablando:

—Para los que me ven por primera vez, soy Emily Cooper y estoy muy emocionada de trabajar en París. Estoy impaciente por conoceros a todos y por que me conozcáis a mí.

El tipo de pelo rizado levanta la mano. Qué majo, quiere hablar conmigo. Ya sabía yo que mi discursito SED surtiría efecto. ¡Bastaba con creerlo!

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Me llamo Luc. ¿Por qué gritas?

Oh.

No estoy gritando. ¿No será que los franceses tienen los tímpanos sensibles? ¿Una peculiaridad genética?

En cualquier caso, tomo nota: hablar como si estuviéramos en un velatorio.

A continuación les cuento mi proyecto sobre las redes sociales. Se trata no solo de la cantidad de seguidores, sino también de tener contenido impactante, de confianza y de participación.

—¿Quién se ocupa de las redes sociales? —les pregunto al concluir mi pequeño *speech*.

Julien señala la puerta.

—Patricia.

Oh. *Okaaay*.

Esto promete…

UN VECINO QUE NO ESTÁ NADA MAL

Mi primer día no ha sido tan genial como había imaginado. Además, echo de menos a Doug. Sí, claro, nos hacemos videollamadas. Pero no es lo mismo. Vuelvo a casa con la moral por los suelos. Me da la impresión de que no caigo bien a mis compañeros. O más bien que tienen ideas preconcebidas sobre mí. Lo más gracioso es que me había dicho a mí misma que tenía que superar mis prejuicios sin pensar que los demás también los tendrían.

¡Y encima voy a tener que subir seis pisos! Mis pantorrillas lloran de antemano. Bueno, al menos así no tendré que ir al gimnasio. Cuando lleve un año subiendo esta escalera, tendré los muslos de hormigón armado.

Cuando llego a mi puerta y giro una y otra vez la llave en la cerradura, en vano, me da un ataque. ¿Qué es esto? ¿Una conspiración? ¿Quién ha decidido fastidiar mi sueño parisino? ¿Quién?

¡Ya sé! ¡Ha sido el agente inmobiliario, que ha cambiado la cerradura mientras yo estaba fuera! No ha aceptado o se ha tomado a mal que rechazara su paquete de «apartamento y revolcones» y ha decidido vengarse. Si es así, lo demandaré. Conozco a un abogado buenísimo en Chicago. Gracias a él, mi tía Lily recibió 150.000 dólares por haberse resbalado con una hoja de lechuga en un supermercado, aunque solo se torció el tobillo.

—¡No puede ser! —me enfado mientras la cerradura sigue resistiéndose.

Al final un chico moreno abre la puerta. Hum, no está nada mal… Pero ¿qué

está haciendo en mi casa? Ah, no, en realidad no es mi casa.

—Lo siento —me disculpo confundida—. Creía que era mi apartamento del quinto piso.

—Ah, no, estás en el cuarto —me corrige.

Oh My God! ¡Qué sonrisa! ¡Y qué pelazo! ¡Y esos ojos! Me cuesta desviar la mirada. Todo en este chico resulta… sexy.

—Sí, cierto —le digo—. Soy Emily. Emily Cooper, tu nueva vecina.

—¿Estadounidense? —me pregunta.

Creo que lo que le ha dado la pista ha sido mi ligero acento.

—Sí, soy de Chicago.

—Gabriel. Francés. Soy de Normandía.

¡Normandía la conozco! Las playas del desembarco, junio de 1944 y todo eso. Intento explicárselo a Gabriel, pero no me entiende. Aun así, nos despedimos con una sonrisa.

Y es la primera sonrisa realmente amistosa que me han ofrecido desde que he llegado a París.

ÉXTASIS A LAS OCHO DE LA MAÑANA...

A la mañana siguiente llego al éxtasis total. *The orgasm*. No con Doug, no. Ni soñando con mi vecino, Gabriel, el SSG *(Super Sexy Guy)*.

Con un *pain au chocolat* que compro en una panadería del barrio.

Oh My God! ¿Cómo explicar esta sensación? Primero es crujiente. Luego se funde en la boca. La masa con mantequilla se derrite literalmente en la boca con una explosión de sabores. ¡Zas! Y después el chocolate se lanza al ataque. ¡Pam!

Y entonces llegas al paraíso. ¡Qué placer, pero qué placer!

Nunca había comido nada tan rico.

Ever. In. My. Whole. Life.

Nunca olvidaré este momento: la primera vez que mordí un *pain au chocolat*, en París.

Nunca.

... DEPRIMIDA A LAS ONCE...

Esta mañana, cuando llevo dos horas de plantón frente a la portería de la agencia, descubro una locura: no abre hasta las diez y media.

Las diez y media.

¿Y por qué no a media tarde, ya que nos ponemos? Vaya, mejor no abrir en absoluto. ¿Para qué molestarse? No me lo explico.

Increíble.

Lo que más me fastidia es no poder empezar a trabajar ahora mismo. Odio perder el tiempo, me pone enferma. Si quieres tener éxito en tu carrera profesional, debes aprovechar todas las oportunidades y ponerte manos a la obra.

Pero me da la impresión de que aquí pasan de todo. ¡Son las once y cuarto de la mañana y Sylvie acaba de llegar!

Después de haber tomado unas notas en el ordenador, voy a ver a Patricia. Ambas empezamos con el pie izquierdo, pero estoy segura de que se puede arreglar.

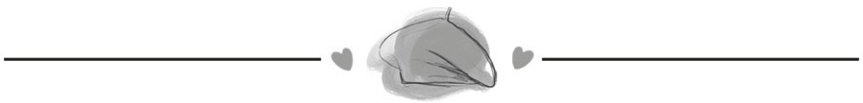
—Hola, Patricia, me gustaría compartir ideas para mejorar la participación en las redes sociales. Estoy muy entusiasmada con nuestro potencial.

Gira la cabeza de izquierda a derecha con aspecto asustado. ¿Qué le pasa? No doy tanto miedo, me parece a mí. ¡Ah, claro! La alergia a los acentos. Se me había olvidado.

Utilizo el traductor.

—No, no —se niega Patricia después de haberlo escuchado.

Y sale corriendo como si la persiguiera el diablo. ¿Debería haberle dicho que sus gafas son muy bonitas?



... AMARGURA AL MEDIODÍA...

Sin duda soy yo la que debe hacer el esfuerzo de integrarse. Al fin y al cabo, me mandaron aquí de repente. Así que es normal que los empleados desconfíen. ¡Nada como una buena comida para romper el hielo! En todas las películas que transcurren en Francia, la gente come en las terrazas de los restaurantes, charla y se ríe durante horas. Parece genial. Bueno, no pienso pasarme horas comiendo, y menos teniendo en cuenta el tiempo que he perdido esta mañana. Pero quizá… venga, hagamos una locura, ¿veinte minutos?

No le digo nada a Patricia. No quiero que salte por la ventana cuando me vea acercarme a ella. Parece que me tiene mucho miedo.

Me dirijo a Sylvie y le propongo que salgamos a comer.

—No, gracias, me fumaré un cigarro —me contesta.

¿Desde cuándo fumarse un cigarro es comer? Lo intento con Luc.

—Uf, hoy me duele el estómago —me dice.

Julien supuestamente ya tiene planes para el mediodía.

He captado el mensaje.

Me siento un poco amargada, no puedo evitarlo. Bueno, ya suponía que no iban a ponerme una alfombra roja. No soy tan ingenua. Pero de ahí a tratarme como a una apestada… Decido consolarme con una buena barra de pan crujiente y un queso que elijo un poco al azar, solo porque me gusta su nombre. Y también porque no huele muy mal. Quiero vivir peligrosamente, pero todo tiene un límite.

A ver si esta barra de pan me proporciona el mismo éxtasis que el *pain au chocolat* de la panadería. Mientras la saco del bolso, unos niños pasan corriendo y me la tiran al suelo.

—¡Laurent! ¡Sybille! —grita la chica que los sigue.

Recoge la barra de pan y me la da.

—Oh, lo siento. Se ha manchado de tierra. ¿Puedo comprarte otra?

—Disculpa, pero hablas demasiado deprisa —le contesto.

De inmediato adivina que soy estadounidense, no sé por qué. Me cuenta que estudió en Indianápolis y que es la niñera de los dos niños. Es muy simpática. Se sienta a mi lado mientras juegan.

—Les enseño mandarín —me explica.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Casi un año —me contesta—. Soy de Shanghái, aunque mi madre es coreana. Una historia larga y aburrida.

—¿Y te gusta París? —le pregunto.

—¡Sí, claro que me gusta París! —me asegura—. Me encanta la comida. Todo está riquísimo. Es la capital de la moda y la elegancia. ¡Y por la noche, las luces son mágicas! Pero no me gustan los parisinos. Son todos malos.

—No pueden ser todos malos —le comento.

—Oh, sí, te lo aseguro. Los franceses son malos, y te lo muestran con orgullo.

Cuanto más hablamos, más simpática y cálida me parece. Así que me alegro mucho cuando me da su número de teléfono. Se llama Mindy. Espero que volvamos a vernos.

Me siento sola aquí, lejos de Doug y de mis amigos. Y hay cosas que ni siquiera un *pain au chocolat*, por muy orgásmico que sea, puede sustituir.

... RABIA A LAS TRES

Cuando vuelvo a la agencia después de mi pausa para comer, ¿a quién veo en la terraza de un restaurante? A Sylvie, Julien, Paul y Luc comiendo y riéndose juntos. Pero esto no es todo. Cuando vuelven a la oficina —mucho mucho tiempo después—, me ponen un mote. La *plouc*.[1]

Nunca había oído esta palabra. Según Julien, es un mote afectuoso, como «cariño» o «tesoro». Como no me fío de él, corro a buscarlo en internet.

Okaaay.

—Touché!

MAÑANA SERÁ OTRO DÍA

Como toda buena paleta que se precie, me levanto al amanecer para hacer *jogging* y admirar París. Me recuerda por qué al principio me alegré tanto de venir. Porque con solo dos días aguantando la actitud de mis compañeros, me hago preguntas. ¿Seguirán comportándose así conmigo? ¿O es solo una especie de «novatada», en plan «pongamos a prueba a la estadounidense para ver si tiene algo más en el estómago que hamburguesas y nuggets»?

Si es así, acabarán cansándose, ¿no?

A las paletas les gusta tener esperanza.

Cuando vuelvo a casa a darme una ducha antes de dirigirme a la agencia, me equivoco otra vez de piso y vuelvo a intentar abrir la puerta de Gabriel. La abre él, tan guapo e irresistible como la primera vez que lo vi. Quizá incluso más. Los rayos del sol de la mañana reflejándose en sus ojos, sin duda. ¿Quién le ha dado permiso a este chico para ser tan sexy?

¿Quién?

—Dime una cosa, ¿es un truco para robarme? —bromea con un no sé qué irresistible en la sonrisa y en la voz.

—Admite que la numeración de los pisos no tiene ningún sentido —me defiendo.

Pero en realidad me muero de vergüenza. Debe de pensar que pretendo ligar con él, e incluso yo empiezo a preguntarme si no es mi subconsciente el que me

empuja a equivocarme de piso constantemente.

Gabriel me mira de arriba abajo.

—¿Está lloviendo o estás sudando?

—Oh, acabo de correr cinco millas, pero no sé cuánto es en kilómetros.

—¿Quieres un vaso de agua fría? —me ofrece—. Te queda un largo camino hasta el quinto.

—No, tengo que ir a trabajar. Pero no vuelvo a hacer bang en tu puerta, te lo juro.

—No hay problema. Haz bang cuando quieras.

Además de estar bueno, tiene sentido del humor.

Si vuelvo a ver a Mindy, le diré que no todos los parisinos son malos. Que incluso hay algunos que te sacan una sonrisa y te calientan todo el cuerpo.

Hummm, mejor voy a darme una ducha para que se me refresquen las ideas.

¡MÁS FUERTE!

De camino a la agencia tomo una gran decisión: se acabó la amable Emily que se deja pisar. ¡Abrid paso a Emily, la leona! Sí, soy estadounidense. Sí, me encanta la *deep dish pizza* y casi me desmayo solo con oler un trozo de camembert de leche cruda. Sí, no tengo un look muy parisino. ¿Y qué? ¡Esta pandilla de pretenciosos se va a enterar de quién soy!

Cuando llego, Julien vuelve a llamarme la *plouc*. No pasa nada, lo esperaba. Escribo una respuesta en mi traductor.

—*Va te faire foutre*[2] —dice por mí.

Me gusta mucho esta expresión, tengo que aprendérmela de memoria. Y me parece mucho más elegante en francés que en inglés.

Julien se queda pasmado.

—¡Estás empezando a caerme bien! —me suelta.

Tomo nota: si quieres encontrar tu lugar entre tus compañeros franceses, insúltalos.

Después me detengo frente al despacho de Sylvie.

—El francés es un *funny language* —le digo—. ¿Por qué decís *«la» plouc* y no *«le» plouc*?

—El artículo concuerda con el *plouc* al que nos referimos —me contesta con su habitual tono frío.

—OK, sé que mi presencia no os agrada mucho y que mi francés es bastante imperfecto. Pero tengo ideas de marketing para el nuevo perfume De l'Heure que va a lanzar la empresa Lavaux, y me gustaría compartirlas contigo.

Durante los siguientes minutos intenta que repita De l'Heure correctamente. Pero, la verdad, pronunciar esta palabra es imposible. Está el «eu», un sonido que ni siquiera debería existir. Luego viene la «r», o más bien «rrr». Lo digo tantas veces que me arde la garganta. Pero ¿qué lengua es esta? Claro, quizá por eso en Francia beben tanto vino, para calmar la garganta.

El nombre del perfume no importa. He visto muchas cosas mal en la campaña publicitaria que pretende hacer la agencia y me encantaría explicárselas a Sylvie. Puede que no sepa pronunciar De l'Heurrre, pero sé lo que valgo en mi trabajo. Y ya es hora de que lo demuestre.

—Vuestra presencia en las redes sociales es demasiado débil. Falta poco para el lanzamiento y apenas se sabe nada.

—Exacto —me confirma—. Está programado para esta noche.

No puedo creer lo que estoy oyendo.

—¿Y no pensabais decírmelo?

—Mira, tengo un problema con tu enfoque. Quieres mostrarlo todo al público, que todo sea accesible para el primero que llegue. Tú estás por la apertura, y yo estoy por el secreto de alcoba. Lo que caracteriza a nuestros clientes es el prestigio. Y quien dice prestigio, dice misterio. No hay nada misterioso en ti. Eres de un corriente que roza lo desesperante.

Zen. Soy Emily, la leona adepta al SED. Nada puede tocarme.

Expongo tranquilamente mis argumentos.

—Sí, puede ser —admito—. Pero sé exactamente lo que es mirar un escaparate, y esa es una perspectiva que tú nunca entenderás. Porque no, no soy sofisticada. No tengo ese no sé qué que te hace parecer descuidada pero sexy. Pero tengo los ojos de la clienta que lo quiere. Y tú no, porque ya lo tienes sin ser siquiera consciente de ello.

Suspira como si depusiera las armas.

—Así que ¿quieres venir al lanzamiento con nosotros?

—¡Obviamente!

—Bien, nos vemos a las ocho.

Sonrío.

—¿Algún consejo para el *outfit*?

—Cualquier cosa menos este horror —me contesta señalando mi ropa de colores.

Miro a Sylvie, con su elegante vestido negro, y sé exactamente qué ponerme

esta noche. Tengo que ser como ella.

¡Una auténtica parisina!

FIESTA AL PIE DE LA TORRE EIFFEL

He elegido un vestido negro formado por un bustier y una falda de tul, y adornado con un cinturón que me marca la cintura. Para darle un toque divertido y moderno a mi *outfit*, he optado por un gracioso bolso de mano con un rostro femenino estampado.

¡Vestida así, me siento como una auténtica parisina! Por un momento, casi podría decir la «r».

La sala donde se celebra el lanzamiento de De l'Heure es fantástica, y la terraza da a la torre Eiffel iluminada. Me da la impresión de que estoy en el paraíso. Cuando un camarero me ofrece una bandeja de apetitosos *petits-fours*, me lanzo sobre ellos, literalmente. No son como el *pain au chocolat* de la panadería, por supuesto. Nada llega a la suela del zapato de ese hechizante bollo. Nada. Aun así, estos *petits-fours* de salmón son deliciosos.

Solo tienen un defecto: realmente hacen honor a su nombre, porque son muy pequeños. En cuanto te has comido uno, quieres otro y otro más.

Sylvie se acerca a mí. Está sublime con su vestido negro con el escote cubierto con una pieza de tul. Sin querer, nos hemos puesto de acuerdo. Seguro que es una señal del destino. Quizá esta noche lleguemos a entendernos por fin.

—¡Ah, aquí estás! —me dice—. Pero deja de comer. ¿Por qué comes?

—Oh, lo siento. Están buenísimos y me muero de hambre.

—Pues fúmate un cigarrillo.

Paul llega justo después, seguido de una pareja a la que no conozco.

—Emily nos ha llegado directamente desde Estados Unidos —les dice.

—Oh, Antoine Lambert —se presenta el desconocido—. Y esta es mi mujer, Catherine.

—Antoine, que, por supuesto, dirige la empresa Lavaux y que es una de las más grandes narices de Francia.

Me sorprende el comentario de Paul. Pero si su nariz está muy bien… No tengo nada que reprocharle. Y además no se critica a las personas por su físico. Menos aún a un cliente.

Me dirijo a Antoine Lambert.

—No me parece tan grande, y es perfectamente simétrica —le digo para consolarlo.

Todos se echan a reír. ¿Qué pasa?

—No hablaba de mi nariz física —me contesta Antoine, divertido—. En nuestra jerga, una nariz es un perfumista, el que crea la fragancia.

Ah. *Okaaay*.

Por suerte, Antoine me pregunta enseguida por qué he venido a París. Empiezo a explicarle mi estrategia de redes sociales, le cuento lo que hice el año pasado para promocionar una vacuna, cómo saturamos la web con contenido excelente y también que podemos rastrearlo todo: quién utiliza qué, cuándo, dónde y durante cuánto tiempo.

Estoy bastante orgullosa de mi pequeño *speech*, lo admito. Bueno, hasta que interviene Catherine:

—¿Y qué tiene de interesante?

Sonrisas avergonzadas. Paul lleva a la pareja hacia otros invitados.

—¿Estás loca o qué? —me dice Sylvie enfadada—. ¡Nunca hablamos de trabajo en un lanzamiento!

—Me ha preguntado él —le recuerdo.

—En ese caso, cambiamos de tema como quien no quiere la cosa. Estamos en una fiesta, no en una videoconferencia.

Suelta un suspiro y se marcha.

Tomo nota: no basta con llevar un bonito vestido negro para tener los códigos de una auténtica parisina.

LA VENGANZA DEL LUBRICANTE

Al día siguiente voy a la agencia alegremente. Aunque el principio fue complicado, la fiesta transcurrió bastante bien. Antoine vino a charlar conmigo. Me echó perfume y me olió.

De cerca.

Después me preguntó como si tal cosa si prefería a las mujeres o a los hombres. Y después me dijo que donde mejor se perfeccionan los idiomas extranjeros es en la cama y volvió a olerme.

Aún más de cerca.

Le hizo pensar en una «amante desastrosa». Y yo le contesté que mejor eso que una «relación de gama baja». Le pareció divertido, creo. Al final, me dio su tarjeta y me dijo que estaba deseando trabajar conmigo. Me aseguraré de que sea solo eso, una relación de trabajo. Para mejorar mi francés, me limitaré a un sitio de internet.

Cuando llego a la oficina, Julien me llama Emily, ya no *la plouc*. ¡Parece que las cosas están mejorando!

Apenas me he sentado cuando Paul viene a verme. Muestra una gran sonrisa.

—Bueno, la fiesta de lanzamiento fue todo un éxito. Impresionaste mucho a Antoine. Te quiere en su campaña a toda costa.

—¡Genial!

Me alegro mucho. Temía haber sido demasiado entusiasta.

Sylvie, de nuevo con un vestido negro, se une a nosotros.

—Me encantaría que Emily nos ayudara con la campaña, pero lo hemos comentado esta mañana. Debe trabajar en Vajajeune.

—¿Qué es Vajajeune? —le pregunto.

—Es una cápsula que, por así decirlo, ayuda a las mujeres maduras a satisfacer su vida íntima —me contesta Paul.

—¿Cómo?

Pero ¿qué dice? ¿Las mujeres se tragan eso, y listo, el nirvana? Superinnovador. Quizá deberíamos promocionarlo también entre las mujeres más jóvenes… o entre las que están separadas de su novio por un océano. Porque el sexo a distancia con Doug es… bah. Apenas me he puesto en marcha cuando ya ha terminado (en diez segundos exactos).

—Es un pequeño óvulo que facilita la lubricación vaginal de las mujeres posmenopáusicas —añade Sylvie.

—A partir de cierta edad, las mujeres a veces tienen problemas de sequedad —dice Paul.

Entendido. Acabo de pasar de un perfume de lujo a una… cápsula vaginal. Un producto importante y útil, según Paul.

—Con tu gran experiencia en productos farmacéuticos, tiene mucho sentido —argumenta Sylvie.

—*Of course* —le contesto.

Aunque en el fondo nada es *of course*, la verdad es que no tengo otra opción. El mensaje está claro: primero tengo que demostrar lo que valgo. Así que me dedicaré alegremente a las vaginas posmenopáusicas. Bueno, a este tema. De momento no tengo demasiadas ideas… pero quizá Sylvie podría darme algunos consejos. Ella debe de saber de qué va, ¿no? ¡Oh, incluso podría probar la cápsula! Todo el mundo sabe que la experiencia es lo mejor para hablar de un producto. Tomo nota de que luego le preguntaré por su experiencia.

¡Nada como una conversación sobre la sequedad vaginal para crear vínculos!

Mientras Paul se aleja, Sylvie se gira hacia mí.

—Ah, por cierto, creo que anoche, en el cóctel, te acercaste demasiado a Antoine.

—*What?* ¡No!

—Hum, pues fue muy descarado contigo —me dice—. ¿Te parece atractivo?

Debo admitir que, en su estilo, tiene encanto y cierta clase. Sí, es atractivo, y es lo que le contesto sin pensar, pero de inmediato cambio de opinión.

—¡No, no! Está casado. También vi a su mujer.

—Sí, entonces te parece atractivo —insiste.

—Es un cliente. Y te repito que está casado.

—Exacto. Y resulta que su mujer es una de mis mejores amigas. Te envío todo el material para Vajajeune.

Me ha parecido una advertencia: no te acerques demasiado a la gran nariz de Antoine Lambert. OK, recibido.

Cuando Sylvie se ha marchado, Julien viene a hablar conmigo.

—Hay un pequeño detalle que debes saber. Bueno, Sylvie es la amante de Antoine.

Oh My God. ¿Qué?

¿Así que quería alejarme del marido de su mejor amiga no por lealtad, sino porque se acuesta con él?

Y se ha vengado de mí porque está celosa. Con lubricante.

¡Me la ha jugado bien!

EL CLIENTE NUNCA TIENE LA RAZÓN

La verdad es que necesito ver una cara amigable, charlar de cualquier cosa y reírme, si es que todavía recuerdo cómo se hace. Olvidarme de Sylvie y de su maldito Vajajeune. ¿Quién mejor que Mindy para eso? Bueno, más bien debería decir: «¿Quién más?», porque no conozco a nadie aquí, aparte de ella. Por suerte, acepta mi invitación a cenar y nos encontramos cerca de mi casa. De camino al restaurante, le cuento mis desventuras. Antoine, el perfumista ligón, al que tuve que frenar amablemente. Sylvie, que traiciona a su mejor amiga y que encima se permite sermonearme. Qué locura, sinceramente.

—Nunca se liga con otra mujer delante de la amante —me contesta Mindy refiriéndose a Antoine—. Es casi peor que hacerlo delante de la mujer.

—Las dos estaban en la misma sala, para ser exacta. ¿Crees que la mujer de Antoine sabe que la engaña con Sylvie?

—¡Es evidente que sí! Estoy segura de que incluso le parece bien.

What? Cuando Mindy añade que la mujer de Antoine también debe de tener un amante, que no tienen problemas en acostarse con quien sea, siento que va a darme una migraña. ¡Rápido, una copa de vino francés para pensar en otra cosa! El restaurante es muy bonito, y una vez sentada, empiezo a relajarme.

—¡Salud!

—¡Salud! —me contesta Mindy.

—¿Y qué te trajo a París? —le pregunto.

—Vine a estudiar Empresariales. Mi padre insistió, y es muy convincente. Es el rey de la cremallera china. Tiene el mercado cogido por la bragueta, literalmente. —Me río—. De hecho, su sueño sería ver a su única hija, es decir, yo, al frente del negocio familiar.

—¿Y tú con qué sueñas?

—Con cualquier cosa menos con eso. Pero desde niña siempre me obsesionó la idea de venirme a vivir a París. Así que me matriculé en una escuela aquí y me las arreglé para que me echaran.

Entretanto nos traen nuestra ternera con gratinado delfinés. Ha sido Mindy la que ha pedido este plato y tiene un aspecto delicioso. Aunque ojalá mi bistec estuviera cocinado… No lo entiendo. Por algo los hombres prehistóricos inventaron el fuego, ¿no?

Llamo al camarero.

—Señor, he pedido el bistec medio hecho. Y está crudo.

—Sí, su carne está cruda y la quiere al punto —reformula Mindy.

El camarero se lleva mi plato sin decir una palabra. Y casi de inmediato vuelve a traérmelo.

—El chef acaba de decirme que la cocción es perfecta —me informa.

Okaaay.

Así que aquí, si lo he entendido bien, ¿es el cocinero el que decide los gustos de los clientes? Lo siento por él, pero el chef me ha pillado en mal momento. Con la mierda de día que he tenido, no pienso dejar que nadie me fastidie la noche. Ni siquiera un tío que se cree el rey del mundo. He pedido el bistec medio hecho, y lo quiero medio hecho. Punto. Se va a enterar de lo que es una auténtica estadounidense.

—Será perfecta para él, pero no para mí.

—Le aconseja que lo pruebe —insiste el camarero.

—Y yo le aconsejo que lo cocine.

¡El cliente siempre tiene razón, y su majestad el chef tendrá que aceptarlo! Poco después aparece. Y no puedo creer lo que ven mis ojos. Es el SSG, el *Super Sexy Guy*. Aún más sexy con su chaquetilla blanca de chef. Veo que todo le sienta bien.

—¿Gabriel? —digo sorprendida.

—Emily.

—¡Mindy! —se presenta mi amiga moviendo la mano.

—¿Algún problema? —me pregunta Gabriel.

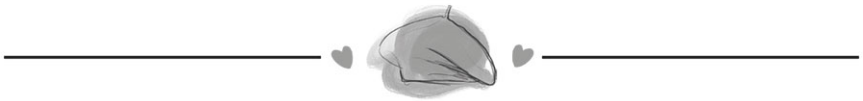
—No. ¡No! —finjo—. Todo bien. La cocción es perfecta.

Como él.

Me propone que pruebe la carne, cosa que hago con una sonrisa. Y me parece deliciosa. ¡Y tierna! Oh, sí, está maravillosamente tierna. Me derrito… Quiero decir que el bistec se derrite en la boca.

Aunque mirando a Gabriel, podría tener cualquier ingrediente en la boca y sentiría lo mismo.

Odio la carne cruda. Pero la que él ha preparado es realmente especial porque… ha sido preparada por él.



DURO GOLPE

La noche de chicas me sentó estupendamente. El domingo decido ir a dar un paseo por el mercado. Hay tantas cosas ricas para comer en los puestos que no sé ni qué elegir. Bueno, a veces algunos olores son… cómo decirlo… potentes. Los quesos y los embutidos, por ejemplo. Pero creo que mis fosas nasales empiezan a acostumbrarse.

¿Significa que estoy convirtiéndome en una auténtica parisina?

¡Eso espero!

Al terminar el paseo, me hago una selfi con mi ídolo absoluto en la Tierra: la panadera de mi barrio. Al principio le costaba entenderme cuando le pedía los diferentes pasteles, pero no tardamos en solucionarlo. ¡Es mi estrella, mi diosa, mi *star*! Esta mañana me siento maravillosamente bien en París. En mi lugar. Y la guinda del pastel, como podría decir mi querida panadera, es que Doug se ha tomado una semana libre para venir a verme.

Justo cuando pienso en él, me llama. Nuestras mentes están conectadas, está claro.

—¡Hola! —exclamo—. Ya estás en el aeropuerto, ¿no?

—Me he tomado vacaciones y he hecho la maleta, pero me lo estoy pensando. ¿Qué voy a hacer todo el día?

¿Qué pregunta es esa? Estará en París. ¡En París!

—*What?* Visitar la ciudad. Hay monumentos extraordinarios.

—Sí —admite—. Pero estaré solo. Tú tienes que trabajar.

—Oh, aquí la pausa para comer dura una eternidad. Te lo prometo, puedo pasar tres horas en el Louvre contigo al mediodía, y nadie se dará cuenta.

Suspira. Y supongo que hay algo más, que no me lo cuenta todo. También siento que la verdad no va a gustarme.

—Esta distancia es demasiado dura —admite por fin.

—*Well*, vas a embarcar en tu avión, y cuando llegues, nos organizaremos.

—No, lo has organizado todo tú —me corrige—. Pero a mí me gusta nuestra vida en Chicago.

—¡Estamos hablando de París, Doug!

Lo he entendido. Sé exactamente adónde nos llevará esta conversación. Es como un tren a toda velocidad que no puedo evitar. Tendré que elegir entre mi sueño y mi novio. Dicen que el verdadero amor resiste la distancia y la separación. Nuestra relación habrá aguantado cuatro días.

—Espera… ¿No piensas venir? ¿Nunca?

—Deberías volver a casa.

«A casa». ¡Como si yo fuera suya, su juguete!

Tenía razón sobre sus intenciones. Pero no me satisface haberlo adivinado.

—Y si no vuelvo, ¿qué? —replico—. ¿Se acabó? ¡No me lo puedo creer! ¿Sabes qué? Guárdate tus *super precious air-miles* y gástatelas para ir a ver un partido donde sea. Y quédate en Chicago toda tu vida. Porque París está llena de amor, romanticismo, luz, pasión y sexo. ¡Todas esas cosas que para ti no tienen sentido!

—*Wait!* ¿Me oyes? ¿Sigues ahí? Creo que te he perdido.

—Sí, así es —le confirmo con tristeza.

Entre mi sueño y mi novio, he elegido.

PROBLEMA DE VOCABULARIO

Al día siguiente, quizá por solidaridad, París está en sintonía con mi estado de ánimo: llueve a cántaros. Todavía no termino de creerme que he roto con Doug. Estoy triste. Y también tremendamente decepcionada. Había imaginado que veríamos París juntos, que compartiríamos momentos increíblemente románticos y que él entendería por qué amo tanto esta ciudad. Pero no ha entendido nada.

Nada de nada.

Cumplí mi sueño al venir aquí. No sabía que tendría que pagar por ello.

Y las cajas de Vajajeune que tengo en la mesa no van a consolarme. Como mi vida amorosa es un auténtico fiasco, voy a demostrarle a Sylvie que puedo superar su desafío con el lubricante.

Investigo un poco en internet y descubro algo increíble. Realmente alucinante.

Corro a ver a Sylvie.

—¿Por qué en francés la vagina es masculino?

—Ah, ¿quieres que hablemos de vaginas? —me pregunta—. No lo sé, pero también el pene es femenino.[3]

Okaaay.

Así que yo tenía razón. No tiene lógica. Pero me parece indignante. ¡Como si nuestra feminidad, nuestra intimidad y nuestro placer pertenecieran a los hombres!

¡Que quede claro que mi vagina es mía y seguirá siéndolo!

De vuelta a mi mesa, hago una foto de las cajas de Vajajeune, que publico con este pie:

«La vagina no es masculina».

No, pero ¡ay!

BASTABA CON UN TUIT

No me tomo la molestia de preguntar a mis compañeros si quieren comer conmigo —no me apetece que vuelvan a humillarme—, y aprovecho mi descanso para reunirme con Mindy en el parque. Ella me consuela y me tranquiliza. Me dice que tengo que soltarme, dejar que me impregne la cultura francesa, por ilógica y desestabilizadora que sea, y sobre todo que es mi amiga. Me alegro muchísimo de haberla conocido.

Gracias a ella vuelvo a la oficina un poquito más animada. Paul, Sylvie, Julien y Luc están sentados en la terraza de su restaurante favorito, cerca de la agencia, pero prefiero ignorarlos. De todos modos, no volverán a la oficina hasta dentro de horas, y tengo mucha tela —mejor dicho, mucho Vajajeune— que cortar. Sigo buscando una idea para promocionar esas cápsulas que al parecer son tan útiles. Y como no puedo pedirle a Sylvie que las pruebe con Antoine, porque sería meter el dedo en la llaga, tendré que recurrir a mi imaginación…

Justo en ese momento recibo un mensaje de Mindy: «¡Brigitte Macron te ha retuiteado!».

Oh My God. ¿Estoy soñando? Voy a ver…

Oigo el ruido de la calle, los cláxones y los insultos. Todas las personas sentadas en la terraza tienen copas de vino ante ellas. Todavía están a la mesa, aunque son casi las dos de la tarde. Y charlan tranquilamente, como si estuvieran de vacaciones. ¡Oh, incluso hay una caca de perro más abajo, en la acera!

Sin duda estoy en París, en el mundo real.

La primera dama de Francia realmente piensa como yo. Cree que la palabra vagina no debería ser masculina.

Oh My God.

¡Qué gran publicidad! ¡Ni en sueños se me habría ocurrido algo mejor! Gracias a este retuit caído del cielo, todo el mundo oirá hablar de Vajajeune. Estoy tan contenta que mis zapatos ya no tocan el suelo.

¡Viva la vagina! ¡Y viva Brigitte!

La voz de Paul interrumpe este momento de felicidad.

—¡Emily! —me llama con una gran sonrisa—. ¡Emily! Ven a sentarte con nosotros. ¡Ven!

Vaya, ¿ya no soy una apestada? ¡Mira por dónde!

—Habéis visto el tuit, ¿no? —les digo mientras me siento.

—Emily, has convertido mi copa de despedida de la agencia en un recuerdo imborrable —me dice Paul.

Le devuelvo la sonrisa porque sí, es una gran victoria y estoy orgullosa de ella.

—Estoy muy contenta.

—Sí, bravo, Emily —me dice Sylvie en un tono sombrío que significa claramente que felicitarme le da tres patadas—. Parece que está a punto de empezar un nuevo capítulo para ti en Savoir.

Sí, es verdad. Ahora que Paul ya no lleva las riendas, podré imponer mi toque estadounidense, mi visión de las cosas. No olvidemos que mi empresa de Chicago compró la agencia. Así que se supone que debo… digamos… dar mi opinión, ¿verdad?

Bueno, en principio.

Porque si tengo en cuenta la sonrisa tensa de Sylvie, estoy lejos de haber ganado la batalla.

Lo peor es que me cae bien. O al menos la admiro. Me gustaría tener su carisma y su seguridad en sí misma.

Lástima que no sea recíproco.

URINARIO, BIDET Y COMPAÑÍA

Lo bueno aquí es que nunca se acaban las sorpresas. Esta mañana, mientras hacía *jogging*, he descubierto algo horrible: en París, los hombres pueden mear en la calle.

Oh My God.

De hecho, utilizan urinarios bastante extraños con plantas, para que sea más bonito, supongo. Pero vaya… Mean al aire libre, y me da la impresión de que a todo el mundo le parece normal.

Vuelvo a casa, todavía en estado de shock. Y entonces, mientras estoy duchándome, ¡pam, se estropea la ducha! En albornoz y con el pelo envuelto en una toalla, bajo a ver a la portera. Una mujer francamente desagradable. Bueno, es cierto que una vez hice saltar los fusibles de todo el edificio. Quería enchufar mi aparato —el que me permite satisfacer… ¿cómo decirlo?… mis pequeñas necesidades íntimas— y de repente, pam, se fue la luz.

La portera se enfadó. ¡Aunque la más frustrada era yo!

Esta mañana intento explicarle con toda la tranquilidad del mundo mi problema con la ducha.

—¿Qué haces vestida así? —me pregunta riéndose—. ¿Crees que estamos en carnaval?

Por suerte, el rey de los bistecs tiernos viene a rescatarme.

—Dice que se ha quedado sin agua en la ducha —le explica.

—¡Y la semana pasada fueron los fusibles! —exclama la portera cabreada—. ¿Por qué lo rompe todo, eh? ¿Puede explicarme por qué lo rompe todo?

—Pero si no he hecho nada… —me defiendo—. ¡Estaba lavándome el pelo y me he quedado sin agua!

—Mira, en este edificio el agua va como va —me dice el SSG—. Las cañerías deben de tener cinco siglos. En serio.

¿Cinco siglos? ¡En esa época ni siquiera existía Estados Unidos! ¡No me sorprende que las cañerías se estropeen! Quizá habría que pensar en, no sé, ¿cambiarlas?

La portera, todavía enfadada, habla tan deprisa que no entiendo todo lo que dice.

—¿Qué dice? —le pregunto a Gabriel.

—Que va a llamar a un fontanero.

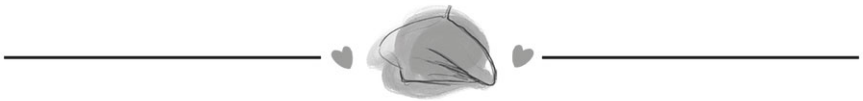
Hum, creo que está suavizando un poco sus palabras. *So cute*.

—¿Y entretanto? —le pregunta Gabriel.

—El bidet —me suelta con una sonrisita maquiavélica.

El bidet. Sé lo que es.

Desgraciadamente.



¡REVOLUCIÓN!

Así que voy a mi clase de francés tras haberme lavado el pelo en un bidet. Al final he decidido que la inmersión en una clase será más efectiva. Hoy aprendo una frase vital: «Me gustan tus botines».

Frase que me alegra decirle a Sylvie de camino a la agencia.

—¡Hola, Sylvie! ¡Me gustan tus botines!

Me digo a mí misma que quizá un cumplido la ponga de buen humor. ¡Es que ya no sé qué hacer! Diga lo que diga, haga lo que haga, me odia.

—Ah, gracias —me contesta, y añade—: ¿Por qué sonríes todo el rato?

—Porque me encanta decir hola. Hace buen tiempo y estoy en París.

—No sirve de nada ir dando saltos por ahí, créeme —me replica—. Tenemos un día duro por delante. Hay un rodaje superimportante para De l'Heure, y si te pasas el día sonriendo, la gente pensará que eres idiota.

Okaaay. ¿Lo que le molesta no será que sonría a Antoine?

—Tendré cuidado, te lo prometo.

—A menos que seas feliz. ¿De verdad eres feliz?

—*Well*, ayer rompí con mi novio. Esta mañana la ducha se ha quedado sin agua porque las cañerías tienen cinco siglos. Y me he lavado el pelo en el bidet. Pero, en fin, ¡así es la vida!

Espero que mis confidencias nos permitan establecer un vínculo. Quizá podríamos ser amigas. Llegamos frente a la agencia. Al ir a empujar la puerta,

Sylvie se gira hacia mí.

—Ah —me dice en tono compasivo—. Deberías publicar tu aventura en Instagram. Hashtag: bidet y pelo.

Me lanza una sonrisa burlona. Yo había pensado lo mismo. No podía caer bien a Sylvie de repente. Pero, bueno, al menos la divierto. Apenas pongo un pie en la oficina cuando Luc me planta una hoja delante de las narices: los «Mandamientos corporativos» de nuestro grupo en Chicago. No es broma, la agencia Savoir parece tener la misma edad que las cañerías de mi edificio. ¡Ya es hora de modernizar todo esto!

—Perdona, ¿puedes decirme qué es esto? —me grita Luc—. ¡Me lo has mandado tú!

Visiblemente furioso, empieza a leer el documento en voz alta:

—Hay que ser positivo y constructivo en todas las circunstancias. Nunca se debe llegar tarde. Los elogios deben hacerse en público, y las críticas, en privado.

¿Qué pasa? ¿Dónde está el problema? No lo entiendo. Detrás de él, Julien descubre también las nuevas reglas. Y no parece contento.

—¿Está prohibido tener una relación sentimental con un compañero?

—Lo importante es que seamos un *team* —argumento—. El «nosotros» antes que el «yo».

—Sí, pero estamos en Francia, no en Estados Unidos —objeta Sylvie—. Aquí el «yo» es importante.

—En mi país también —le digo—. Pero además intentamos tener una visión de equipo.

Luc me fulmina con la mirada.

—¡No, lo que estás haciendo es atacar el espíritu francés!

¿En qué? Pero si son solo normas de trabajo… ¡No les digo cómo hacer sus *baguettes* ni que dejen de beber vino!

Dicho esto, Luc se marcha como una diva ofendida, seguido por Julien. Acabo de provocar una revolución, creo.

Oh là là!, ¡espero que no me corten la cabeza como a María Antonieta!

SO EXCITED!

Como todavía estoy fresca, aprovecho para acompañar a Julien y Sylvie a un precioso lugar parisino: ¡el puente Alexandre III, donde la vista es impresionante! Allí se rodará el vídeo publicitario de De l'Heure. ¡Es mágico!

Antoine nos está esperando.

—Emily —me saluda—. Encantado de volver a verte.

Me da un beso en la mejilla, como a Sylvie. Pero ya he entendido que aquí todo el mundo besa a todo el mundo. Besas a tu panadera, a tu cartero, a tu portera… No, a tu portera no. Es malísima.

—Hola —le contesto—. ¡Estoy excitada por estar aquí!

—¿Excitada? ¿De verdad? —me pregunta Antoine divertido.

—Hum, excitada no quiere decir emocionada —interviene Julien—. Significa cachonda.

¿En serio? ¡Oooh!

De verdad no entiendo por qué inventar dos palabras que se parecen tanto si no significan lo mismo. Para avergonzarme, ¿no?

—Perdónala, Antoine —comenta Sylvie—. Esta mañana se ha lavado el pelo en un bidet.

El francés no es un idioma fácil, ¿vale?

Según Antoine, el vídeo mostrará a una chica elegante yendo a trabajar. Y al cruzar el puente, se convertirá en el sueño o el deseo de todo hombre. Dicho así,

¡suena genial!

El rodaje no tarda en dar comienzo. Y ahí me quedo en pelotas. Bueno, no, la que está en pelotas es la supermodelo. Totalmente desnuda.

Lo que me choca no es la desnudez, sino el hecho de que, en el vídeo, hombres trajeados la miran fijamente cuando pasa. Para mí es sencillamente imposible. Imposible en nuestra época y con los movimientos feministas.

—¿Qué os parece? —nos pregunta Antoine.

—Me encanta —le contesta Sylvie tocándole la rodilla.

—¿Emily? —me pregunta.

Intentaré ser prudente.

—*Well*, no sabía que estaría desnuda.

—No está desnuda, lleva el perfume —se defiende Antoine, como si fuera una enorme diferencia—. Es muy sexy, ¿no?

—¿Sexy o sexista? —replico—. ¿De quién es el sueño? ¿Del hombre o de la mujer? Estoy segura de que a las estadounidenses no les gustará.

—¿Cuál es el problema? —me pregunta—. Explícamelo, que me interesa.

Y decide que hagamos un descanso. Si Sylvie tuviera metralletas en lugar de ojos, me habría convertido en un colador. Me siento a una mesa con ellos y piden que les sirvan una copa de vino. Intento defender mi punto de vista. Que esa mujer desnuda es un objeto para los hombres que la miran. Que hoy en día ese vídeo va a ser políticamente incorrecto, especialmente por el movimiento #MeToo. Que puede desencadenar una polémica perjudicial para la marca.

Pero les cuesta aceptar mis argumentos.

Si Antoine quería destruir la imagen de su perfume, no podía haberlo hecho mejor.

Sin duda tengo que hacer algo.

¿TENGO DUCHA O NO?

Esta mañana, un fontanero ha llamado a mi puerta. Parece que mi horrible portera al final ha hecho lo que debía. Plantado en mi ducha, gira una y otra vez su herramienta alrededor del grifo, gime y me lanza una mirada de derrota.

—No.

—¿Cómo que no?

—Imposible.

—¿Por qué?

¡Imposible no forma parte del vocabulario estadounidense! ¡Y tendré que lavarme! El fontanero me explica cosas que no entiendo. Así que voy a buscar a mi traductor favorito: Gabriel.

—Hola, ¿puedes hablar con el fontanero? —le pregunto sin preámbulos.

—Hola, Gabriel, ¿cómo estás hoy?

Sí, vale, es cierto que podría haber sido más educada. Además, incluso medio dormido está de muerte, con sus pantalones cortos y su torso con músculos perfectamente definidos. Mmm… Como dice Mindy, ¡me lo comería crudo! Me recuerda a las fantásticas estatuas que adornan París. En cualquier caso, he hecho muy bien en llamar a su puerta tan temprano.

—Hola, Gabriel —le digo—. ¿Cómo estás hoy?

—Cansado, pero gracias por preguntar. Estaba teniendo un sueño maravilloso. Y de repente me ha despertado una estadounidense. O eso, o todavía estoy soñando.

—No, no. Estás despierto. El fontanero no debe irse hasta que me haya arreglado la ducha.

Lo cojo de la mano y lo arrastro a mi apartamento. El fontanero se pone a charlar con él. ¡Ojalá pudiera arreglar las cañerías tan deprisa como habla! No pillo ni una sola palabra.

—¿Qué ha dicho? —le pregunto a Gabriel.

—Le gustaría tomar un café. Y un cruasán.

¿Cómo? Bueno, quizá sea una costumbre francesa. Si un fontanero llega a tu casa a primera hora de la mañana, debes ofrecerle el desayuno para motivarlo un poco.

Tomo nota.

Después de una breve visita a mi querida panadera, Gabriel y el fontanero se ponen a charlar alegremente, sentados a mi mesa. Hablan de todo un poco, aunque solo entiendo algunas palabras, como «fútbol». ¿Y qué pasa con mi ducha? ¡No va a arreglarse sola! Cuando me atrevo a preguntarlo, la respuesta me deja sin palabras: el fontanero tiene que esperar a que le entreguen una pieza difícil de encontrar. ¡Podría tardar días o incluso semanas!

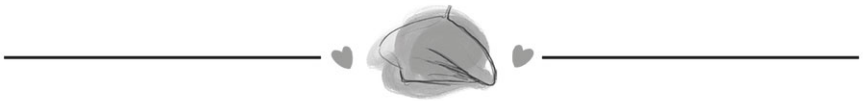
Pero ¿cómo me voy a lavar? Se lo pregunto a Gabriel:

—OK. ¿Y qué hago mientras espero?

—Tienes la mía —me contesta con una sonrisa preciosa.

Creo que me acaba de tocar el gordo: una excusa para llamar a la puerta de Gabriel cada mañana.

Mmm…



¡HASTA EL GORRO!

Me he duchado gracias a Gabriel, bueno, quiero decir en casa de Gabriel, y me voy a mi clase de francés. Hoy aprendemos cómo invitar a alguien a una fiesta. ¡Genial! Seguro que me irá bien…

Algún día.

Al llegar a la agencia, Sylvie cae sobre mí. Lo esperaba. Sé que no le gustaron nada mis intervenciones durante el rodaje. Aunque quizá lo ha pensado mejor. Quizá lo ha entendido.

—Ayer nos hiciste perder una verdadera fortuna con tus comentarios y tus preguntas —me reprocha.

Pues no, sigue igual de molesta.

—Hola, Sylvie —le contesto muy sonriente.

—Antoine tiene que venir hoy a mostrarnos el vídeo. No quiero oírte.

—Así que ¿no habéis aceptado nada de lo que dije? ¿Ni una cosa?

Al fin y al cabo, ella es una mujer. ¿Cómo puede aceptar el mensaje de ese vídeo?

—No tengo una visión simplista de los hombres y las mujeres —me explica —. Es demasiado estadounidense.

—Sí, por eso estoy aquí. Para aportar una visión estadounidense de las cosas.

—En realidad eres sobre todo una biempensante.

¿Y qué tiene de malo? De todos modos, no es una cuestión de personalidad o

de percepción. Ni siquiera de cultura. Esta campaña, que no está en sintonía con su época, será un desastre. ¿Por qué soy la única que se da cuenta?

—Creo que necesitamos una campaña que escuche las reivindicaciones de nuestro tiempo. Sinceramente, solo me preocupo por Antoine.

Sylvie esboza una débil sonrisa y me acaricia la nariz como si fuera un perrito.

—Yo me ocupo de Antoine.

Me da la impresión de que estoy hablando con una pared y vuelvo a mi mesa, frustrada. De repente descubro una obra de arte bastante especial… Alguien ha garabateado un pene en una copia de los «Mandamientos corporativos».

Qué nivel, de verdad.

Furiosa, corro a ver a Julien.

—¿Sabes quién ha dejado esto en mi mesa?

—Yo no —me contesta señalando a Luc—. La mía es más recta.

Me quedo sin palabras.

Primero Sylvie, que no me escucha. Luego Luc, que me dibuja su pito.

¡Empiezo a estar hasta el gorro!

VINO E IDEAS

Después de haberme pasado cuatro horas comiendo con Mindy y de haberme bebido unos vasos de vino, me siento un poco mejor. Según mi amiga, ser desagradable forma parte de la cultura francesa. Y por eso es normal que mis compañeros no dejen de meterse conmigo.

Okaaay.

Para consolarme, me invita a cenar el próximo fin de semana. Sus jefes estarán en su casa de campo. ¡Estoy impaciente!

Entretanto, tengo que asistir a la reunión con Antoine. Veo el vídeo, consternada. Es incluso peor de lo que pensaba. Por extraño que parezca, eso hace que se me ocurra una idea.

—¿Qué te parece? —me pregunta Antoine—. ¿Es sexy o sexista?

—¡Oh, sexy, sin la menor duda! —le contesta Luc con entusiasmo.

¡No me sorprende! Dejar un dibujo de tu pito en el escritorio de una compañera dice mucho sobre tu personalidad, ¿verdad?

Antoine se gira hacia mí.

—Se lo preguntaba a Emily.

—Pues lo que yo piense no importa —le explico—. Se trata de tus clientes. Creo que son ellos los que tienen que decidir. Cuelga el anuncio en Twitter con una encuesta: «¿Sexy o sexista?». Deja que reaccionen y decide en consecuencia. Formará parte de la campaña.

No hago caso de la mirada gélida de Sylvie porque sé que mi idea es buena.

Antoine empieza a pensar en voz alta.

—Sexy o sexista… O quizá las dos cosas. O es un escándalo… ¡Te lo compro!

Si estuviera en Chicago, gritaría de alegría. Pero aquí, en París, me limito a… sonreír, sonreír y sonreír.

PEQUEÑA FIESTA... PARA UN GRAN FIASCO

Sé que Sylvie no me traga. Por eso la he invitado a la cena de Mindy.

Quizá solo pase un año en París. Pero quiero que este año sea lo mejor posible. Y sobre todo estoy harta de las peleas absurdas con ella.

A las ocho de la tarde, provista de una botella de vino, llamo al timbre de Mindy. Me imagino una comida íntima, quizá con algunos amigos suyos. Pero cuando abre la puerta, oigo música a todo volumen. Después veo a decenas y decenas de personas bebiendo y bailando.

¿A esto le llama una pequeña fiesta?

—¡Oooh, la invitada de honor! —grita Mindy, y se dirige a la multitud—: ¡Atención todo el mundo, por favor! ¡Esta es Emily! Ha venido de Chicago para trabajar en una agencia de marketing de París.

La gente me mira con indiferencia y reanuda sus conversaciones. Intento hablar, pero nadie me presta atención. Y como tantas veces desde que llegué a Francia, siento que este no es mi sitio. Llego a preguntarme si he hecho bien viniendo aquí.

Sylvie ni siquiera ha respondido a mi invitación…

Cuando un chico bastante amable y guapo me dirige la palabra, recupero la sonrisa. No por mucho tiempo. Fabien —así se llama— resulta ser un patán de marca mayor.

Asqueada, lo dejo plantado.

¡OOOH!

Vuelvo a casa sola. Podría haber invitado a Fabien, no me habría costado nada. Pero no me apetece. No quiero una aventura de una noche, que al día siguiente olvidamos, o que nos gustaría olvidar. ¡Lo que quiero son sueños, romanticismo y brillo, porque estoy en París!

Pero puede que nunca lo tenga…

Algo deprimida, veo a Gabriel detrás de la barra de su restaurante. Entro y me acerco a él.

—Buenas noches —me dice—. ¿Vienes por mi ducha?

No sé cómo, pero se las arregla para hacerme sonreír.

—Vengo sobre todo en busca de una copa. Y de una cara amiga para charlar.

—Así qué, ¿te gusta París? —me pregunta mientras me sirve una copa.

—¿Por qué todo el mundo me pregunta lo mismo? Bueno, mi respuesta es: me encanta París, pero creo que a París no le gusto. Y puede que esté bien, porque me he pasado la vida queriendo gustar a los demás.

Me mira con el ceño fruncido.

—Curioso objetivo.

—*Exactly*. Así que voy a dejar de hacerlo.

—Hay un pequeño problema —me contesta con una sonrisa que te mueres y con sus bonitos ojos clavados en los míos—. A mí me gustas mucho.

¡Oooh!

DISTRIBUCIÓN DE REGALOS

¡Ha llegado la hora de la venganza! En lugar de enfadarme, le pedí a mi querida pastelera que me hiciera un pastel bastante original, con la forma de un enorme pito. Bueno, debo decir que le sorprendió un poco. No debe de recibir este tipo de encargos todos los días. Pero le expliqué que era una broma entre compañeros.

En cuanto llego a la agencia, ofrezco, encantada, mi pastel de pito a Luc y Julien.

—Os traigo esto por si tenéis hambre.

Luc abre la caja y se ríe a carcajadas con Julien.

—¡Gracias! —me contesta.

La mentalidad francesa es de verdad extraña. Pero en estos días he entendido una cosa. Cuando pretendo caer bien a toda costa, me odian. Y cuando me comporto como una guarra, me adoran. ¡Al fin y al cabo es superfácil!

Me dirijo a mi mesa a paso ligero. Hay un paquete encima. Contiene lencería, así como una tarjeta.

Gracias por la genial idea.

Antoine.

P. D.: ¿Es sexy o sexista?

Me quedo tan estupefacta que no me da tiempo a plantearme la pregunta. Aparece Sylvie.

—Tenemos una reunión —me informa, y de repente mira el paquete con insistencia—. ¿Quién lo ha mandado?

—Un amigo. No es nada —finjo.

—Hum, hum… —dice fulminándome con la mirada.

¡Ay! En cuanto creo que voy por el buen camino, aparece un nuevo obstáculo. ¿Por qué siempre me toca a mí?

LA VIE EN ROSE

Creo que Sylvie sospecha de la lencería, o más bien de mi mentira. ¿Le habrá regalado Antoine ropa interior de la misma marca? O sencillamente lo ha adivinado. Al fin y al cabo, lo conoce mejor que yo. Una cosa es segura: vi la duda en sus ojos.

Tengo que encontrar la manera de que se olvide del maldito sostén…

De camino a casa, me detengo en la floristería de mi barrio. Es una de las cosas que me encantan de París: hay tiendas fantásticas, con un verdadero encanto antiguo. Parece que estemos en una vieja película en blanco y negro. Observo las flores de fuera. Algunos ramos expuestos delante del escaparate son preciosos.

—Sus flores son muy bonitas —felicito a la florista, que las está arreglando—. Quisiera unas rosas. Rosas de color rosa.

—No la entiendo —me contesta.

Cojo el ramo que quiero. Más sencillo.

—Estas.

—Ah, no, señorita. Estas no son para usted. Son rosas del sur.

¿Y qué? Me da otro ramo, pequeño y feo. Pero ¿no se supone que el que elige es el cliente? ¿O acaso se trata de otra extraña tradición parisina? Aquí la florista te dice qué flores debes comprar. Estoy intentando explicarle que prefiero las rosas del sur, no las rosas feas, cuando se acerca a nosotras una chica rubia. Me

encanta su cálida sonrisa y su dulce rostro. Comparada con la florista, me parece un ángel caído del cielo.

—Hola, Claudette —le dice—. Lo que quiere comprar son las rosas bonitas, no estas.

Y milagrosamente la florista me quita de las manos el ramo feo y raquítico, y me da el más bonito. Después de haberlo pagado, me dirijo a mi salvadora.

—Gracias, a todo el mundo le cuesta entender mi acento.

—No, nada que ver —me contesta mientras nos alejamos—. Claudette no es amable con nadie.

—Tú eres amable —le digo—. Y francesa. Y entiendes mi acento.

—No es tan difícil. ¿Y qué haces aquí? ¿De vacaciones en París?

—Ahora vivo aquí. ¡Guau, acabo de escucharme diciéndolo y todavía no me lo creo!

Ella se ríe. Le tiendo la mano.

—Emily.

—Camille. Encantada.

Entonces le cuento de dónde vengo, por qué he venido y que mis compañeros me reciben tan amablemente como… la florista. Nos detenemos a comprar dos cafés en la panadería y seguimos charlando. Camille me habla de un mercado de Marais.

—Para ir, coge el metro y bájate en la parada Filles du Calvaire —me dice.

—*Oh God*, la última vez que cogí el metro, acabé en el distrito veintiuno.

—Hum, en París solo hay veinte —me señala.

—Es irónico. Esta ciudad lo es en todos los sentidos.

—Relájate. París parece un laberinto, pero en realidad es un pueblecito. Te darás cuenta cuando lleves un tiempo aquí.

Y de repente creo que toda la amabilidad de París se ha concentrado en una sola persona: Camille. Ya me siento muy bien con ella, como si nos conociéramos desde hace años. Antes de separarnos, me invita a una inauguración en su galería de arte esta noche. Según ella, habrá un montón de gente, incluso un chico de Chicago, Randy Zimmer, el dueño de una gran cadena de hoteles. Está buscando obras para el hotel que va a abrir dentro de poco en París.

Camille me hace prometerle que iré.

Creo que acabo de conocer a una nueva amiga.

¡Mi primera amiga francesa!

Me dan ganas de publicar una foto con mi ramo. #LaVieEnRose!

¡QUÉ TORTILLA!

Cuando llego a casa, en la portería me espera una pila de cajas. Mis cosas, que envié desde Estados Unidos. La portera no puede ayudarme, por supuesto, porque tiene que tirar dos bolsas de basura diminutas y eso podría llevarle, digamos, buena parte de la noche.

En fin.

Por suerte, Gabriel, que siempre aparece en el momento adecuado, me ayuda a subir las cajas, que pesan una tonelada. ¡Me pregunto qué haría sin él! Y sin sus bonitos ojos. Y sin su irresistible sonrisa. ¡Ah, y su voz!

Mmm…

—¿Sabes que en París tenemos ladrillos? —bromea sin aliento.

—Son cosas de mi casa que necesito sí o sí.

Ya en mi apartamento, abro uno de los paquetes y descubro un auténtico desastre: el bote de mi mantequilla de cacahuete favorita ha explotado, literalmente. Hay mantequilla por todas partes, incluida una foto de Doug y mía. De todas formas, pensaba tirarla a la basura.

—Mi ex —le digo a Gabriel.

—Mi más sentido pésame.

—Oh, no, no hay problema, puedo prescindir de él. Pero de la *peanut butter* no.

—Aquí tenemos cosas mucho mejores que tu *peanut butter* —me replica.

¿Mejor que mi pasta para untar favorita, que es ecológica, sin sal añadida y con trozos? ¡Eso hay que verlo! Miro a Gabriel desafiante. Unos minutos después, me prepara una tortilla en su casa. Me encanta mirarlo mientras bate los huevos. Mmm, ¡qué bien sujeta el cuenco! Y qué delicia cuando dobla la tortilla en la sartén, siento que le gusto… Ejem, que le gusta. Que le gusta cocinar. Va despacio, disfrutando de cada paso, sin prisas. ¡Y esa forma de espolvorear hierbas por encima!

¡Me da escalofríos!

Pone mucho amor en lo que hace. Solo hay que ver cómo me da la vuelta… Ejem, cómo da la vuelta a la tortilla.

Después de todo esto, por fin está lista para que la deguste.

Cuando la pruebo, casi me desmayo. Suponía que estaría buena, pero ¡no hasta este punto!

—*Oh My God*, me da la impresión de que es la primera tortilla que me como. *Amazing!*

¡Ay, qué tortilla!

GAS Y VINAGRE

Desde pequeña me gusta que todo esté en su sitio. Por ejemplo, en mi plato, los guisantes debían estar bien separados de las zanahorias, y la salsa a un lado. Pero con Antoine y su maldito sostén todo se mezcla. ¡Es un desastre total! Punto uno: está casado. Punto dos: está liado con Sylvie, quien desearía verme en el primer vuelo a Chicago. Punto tres: el regalo me parece muy inapropiado. ¡En Estados Unidos podría suponer una denuncia por acoso!

Esta mañana voy a la agencia decidida a poner un poco de orden en mis guisantes y mis zanahorias. Cuando llego, oigo gritos procedentes del despacho de Sylvie.

—¿Con quién está? —le pregunto a Julien.

—Con Antoine —me contesta.

—¿Y por qué discuten?

—Bueno, hay agua en el gas,[4] la cosa se avinagra un poco y de repente el querido Antoine la amenaza con buscarse otra agencia.

No he acabado de entender la historia del gas y del vinagre. Pero lo demás lo he entendido perfectamente. Tengo que hacer algo, porque si Antoine se va justo después de mi llegada, sé a quién echarán la culpa: ¡a la chica estadounidense que se pasa el día sonriendo! Y no es solo eso. Me pregunto si el gas y el vinagre tendrán algo que ver conmigo.

Entro en el despacho, que tiene la puerta entreabierta.

—Espero no molestar.

—Sí molestas —me contesta Sylvie—. ¿No lo ves?

—Ah, nuestra estadounidense en París —me saluda Antoine—. Entra, por favor.

Me dirijo hacia Sylvie.

—Solo quería que supieras que creo que esta noche veré a Randy Zimmer.

—¿A quién? —me pregunta sorprendida.

—El famoso grupo hotelero. Tu idea. Ya sabes, que Antoine cree una nueva fragancia exclusiva para sus hoteles… Sería muy bueno para Lavaux.

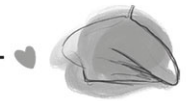
Antoine recupera la sonrisa.

—¿Por qué no me has dicho nada? —le pregunta a Sylvie en tono amable.

—Porque… no quería hablar del tema mientras solo fuera un proyecto —finge Sylvie.

—Es una idea muy original, muy nueva, muy *exciting* —añado—. Una excelente idea, Sylvie.

No parece muy contenta. Pero saco mi arma letal: ¡tachán, mi ramo de rosas del sur! Se lo dejo encima de la mesa y desaparezco.



EL SOSTÉN DE LA DISCORDIA

Contenta conmigo misma, me pongo a trabajar cuando Sylvie me pasa mis bonitas rosas por debajo de la nariz. ¿Sabe cuánto he tenido que luchar para conseguirlas? ¡Es obvio que no conoce a Claudette!

—¿Puedo saber a qué juegas? —me pregunta enfadada.

—Julien me ha dicho que Antoine quería dejar la agencia, así que he ido a ayudarte.

Me mira de arriba abajo, con las manos en las caderas.

—No necesito que me ayudes. Y menos aún recoger laureles por una idea que me parece totalmente inútil.

—¡Espera y verás!

—No tengo nada que ver.

Empieza a alejarse y de repente se vuelve.

—Ah, por cierto, ahora que lo pienso, ¿de quién era el regalo?

¡Me lo imaginaba! Sabía que Sylvie sospechaba. No se tragó lo del misterioso amigo que me regala lencería. Normal, está al corriente de mi ruptura con Doug. Es lo que pasa cuando mezclas guisantes y zanahorias. Acabas de mierda hasta el cuello.

—De… mi amigo… —balbuceo buscando desesperadamente un nombre, cualquier nombre—. Ejem, mi nuevo amigo, Gabriel.

De hecho, puede que no sea un nombre cualquiera…

—¿Gabriel? Oh, Dios mío, parece que has hecho muchos amigos en París, ¿eh? —se burla.

Y se va sospechando aún más…

¡Un sostén envenenado, eso es lo que es! ¿No podía Antoine regalarme otra cosa, no sé, un camembert?

¡BUENA PESCA!

La inauguración se celebra en pleno centro de París, en una galería fantástica. Invito a Mindy, a la que le encanta ir a este tipo de sitios. De camino hablamos de Sylvie, del regalo envenenado y todo eso. Según mi amiga, debería acostarme con Antoine, sobre todo si quiere regalarme ropa de lujo y mostrarme los establecimientos más bonitos de París. Pero ¡yo no soy así!

Lo que quiero es ganarme el respeto de Sylvie. Y eso pasa por la casilla «Randy Zimmer».

Lo veo charlando con Camille.

—Chicago, te presento a Chicago —dice Camille—. Randy Zimmer. Emily Cooper.

Después se dirige a otros invitados. ¡Tengo que mover ficha!

—¡Es fantástico que vaya a abrir un hotel Zimmer en París! —exclamo con un megatón de entusiasmo.

—Sí, en noviembre —me confirma.

—Recuerdo que en *Business Week* de 2010, cuando abrió un hotel en Zúrich, ya quería abrir uno aquí.

—Vaya, ¿se aprende mis entrevistas de memoria?

—¡Sí! —le confirmo.

Es parte de mi trabajo: estar al tanto de todo, estar pendiente de las tendencias y anticiparme a ellas. Te permite estar siempre un paso por delante.

Pero Randy Zimmer no parece muy cautivado todavía. No me preocupa. ¡Todavía tengo munición en la recámara!

Lo acompaño por la sala.

—Habría que crear un eco que despierte todos los sentidos. No solo sábanas de seda y una bonita vista, sino también un olor. No lo hay en sus hoteles, y es un problema. Es como una valla publicitaria vacía en Madison Avenue. Las casas vacías se venden menos que las demás.

—Continúe —me dice.

Yes! El pez ha picado. Ahora hay que tirar suavemente del sedal. Muy suavemente.

—*Well*, cuando se vende una casa, si es posible, hay que hacer galletas. Tiene un efecto positivo en el comprador, que se siente como en casa. Y usted necesita galletas.

Le entrego no una galleta, sino mi tarjeta de visita.

¡El pez Randy ha mordido el anzuelo!

¡Y LA BRONCA CONTINÚA!

A el día siguiente, en la agencia, espero a Randy, nerviosa. ¡Ojalá no me deje plantada! Cuando llega por fin, suelto un suspiro de alivio disimuladamente. Me ocupo de presentarlo a Antoine y Sylvie, a la que Randy besa la mano.

—Así que aquí tenemos la cabeza y la nariz —deduce sobre Sylvie y Antoine —. Y usted, Emily, ¿cuál es su papel?

—La boca —le contesta Sylvie.

Okaaay. Invito a todos a ponernos a trabajar. Antoine ha traído material de perfumista: frascos y esencias. Y dice cosas muy bonitas sobre su trabajo, como que crear un perfume es como componer una sinfonía. ¡Fascinante!

—Para De l'Heure, por ejemplo, empezamos con una melodía sencilla —sigue diciendo—. Notas principales: bergamota, mandarina y vetiver. Las notas intermedias constituyen el corazón de la fragancia: ylang ylang y lavanda.

Rocía pequeñas tiras de cartulina para que lo olamos. Pero Sylvie elige otro método: se perfuma la muñeca y se la coloca a Randy debajo de la nariz sin apartar los ojos de Antoine. ¿Qué hace? ¿Intenta ponerlo celoso? Algo así como: le regalaste lencería a la estadounidense, así que coqueteo con su rico compatriota de paso por París.

—*Well*, muy interesante —comenta Randy—. Pero es una decisión que hay que pensar bien. Y vuelo mañana.

—¡Oh, qué pena! —finge entristecerse Sylvie—. Quizá encuentre a otro

perfumista en Chicago.

Antoine se acerca a ella.

—Quiero que lleguemos a un acuerdo —le dice en voz baja.

—¿Sigues siendo cliente nuestro? —le pregunta Sylvie.

¡Oh, no, que no empiecen otra vez con el gas y el vinagre!

—¿Por qué no lo hablamos todos juntos cenando en un restaurante? —propongo de repente.

—Muy buena idea —acepta Randy—. Siempre y cuando la guía Michelin lo recomiende.

Julien quiere sugerir un restaurante, pero Sylvie me pide que haga yo la reserva.

Eso significa que empieza a confiar en mí, ¿verdad?

Los dejo hablando y voy a hacer unas llamadas telefónicas. Pero los restaurantes a los que llamo están todos llenos para esta noche. Me temo que Sylvie me ha tendido una trampa.

Mientras cuelgo, Antoine viene a verme.

—Gracias por esta gran idea. Y sé que es tuya.

—Mi trabajo es complacerte.

—Me alegra saberlo —me contesta—. ¿Te gustó mi regalito del otro día?

¡Ah, hace bien en sacar el tema! ¿Sabe dónde puede meterse su regalito? Pero me guardo esta réplica para mí, por supuesto. No quiero ni puedo enfadarme con él. Solo quiero que entienda que nuestra relación debe limitarse al ámbito estrictamente profesional. Ya tiene una mujer y una amante. Debería bastarle, ¿no?

—Sí, muy atento por tu parte —le digo diplomáticamente—. Aunque un poco inapropiado. No suelo aceptar lencería. Y menos de clientes casados.

Antoine se ríe en voz baja.

—¿Eso creíste? ¿Que la prenda era para mí? No la compré para mí, sino para ti. Quería que te sintieras sensual y fuerte a la vez. Una hermosa mujer dispuesta a poner al mundo de rodillas y a conquistar París.

Justo en ese momento aparece Sylvie.

—Emily, reserva una mesa para seis en Le Grand Véfour.

Luego le ordena a Antoine que la siga. Como de costumbre, Julien, el cotilla de la agencia, se ha enterado de todo.

—Ese restaurante tiene una lista de espera de seis meses. ¡Es imposible! —me informa.

OK. Entendido. Sylvie me odia y me las va a hacer pasar canutas.

¡LA TRAMPA SE CIERRA!

Que Sylvie lo tenga claro: nunca me rindo. Nunca. Me quedé en el sitio web del restaurante hasta que hubo una cancelación. Me tiré horas, me dieron calambres en la muñeca de tanto clicar para actualizar la página y casi me quedo dormida delante de la pantalla. Pero ¡lo conseguí! Dejo a Randy y a los demás fuera y entro sola en el bonito restaurante, donde suena música clásica.

—Buenas noches, señor —saludo al jefe de sala—. He reservado una mesa para seis a nombre de Emily Cooper.

—No tengo ninguna reserva a su nombre, señorita —me contesta.

¿Qué? Pero ¿qué dice? Es posible que no haya entendido lo que he dicho debido a mi acento. Me pasa constantemente.

—Sí la tiene. Lo he confirmado online.

—No, lo siento.

Okaaay. Saco mi teléfono para mostrarle el e-mail de confirmación.

—Seis personas, nueve de la noche, 8/11 —leo en voz alta.

—Estupendo —me contesta—. Entonces nos vemos el 8 de noviembre. Ha reservado para el 8/11 y hoy es el 11/8.

Oh My God.

¡Había olvidado que los franceses lo invierten todo!

¿Y qué voy a hacer ahora? Sylvie está al acecho, y también está el contrato con Randy. Si pierdo esta oportunidad, podría perder mi trabajo.

Solo se me ocurre una solución.

SABER ADAPTARSE

Llamo a Gabriel. Aunque cierra su restaurante en media hora, mi salvador favorito acepta recibirnos. Puede que no sea la cocina que sirven en Le Grand Véfour, pero estoy segura de una cosa: cuando Sylvie pruebe el tierno bistec de Gabriel, ¡se derretirá!

Solo me queda encontrar la manera de decirlo. Salgo de Le Grand Véfour adornada con mi más amplia sonrisa.

—OK, tengo una buena noticia y otra superbuena.

—¿Cuál es la buena noticia? —me pregunta Sylvie.

—Esta noche cenamos en el distrito quinto. Concretamente, en el restaurante de uno de los chefs más prometedores de la cocina parisina.

Sylvie sonríe con expresión burlona. Que espere a probar el bistec de Gabriel y hablamos.

—¿Y la superbuena noticia? —me pregunta Luc.

—¡Cenaremos en Le Grand Véfour el 8 de noviembre para celebrar la inauguración del Zimmer de París!

A esto se le llama saber adaptarse. Y es muy útil aquí.

De verdad.

SUBIDA AL PARAÍSO...

La cena va de maravilla. La cocina de Gabriel es para morirse. Randy acepta firmar el contrato con Antoine por el aroma característico de sus hoteles. Y Sylvie confirma que no le mentí: tengo un amigo que se llama Gabriel.

Todo es perfecto. ¡Por fin! Los guisantes y las zanahorias han vuelto a su lugar, para mi alivio.

Mientras Randy y los demás salen del restaurante, absolutamente encantados, voy a darle las gracias a Gabriel. Ha hecho todo lo posible para contentar a mis invitados. Les ha servido un auténtico festín, todo con delicadeza y con muy buenos vinos.

¡Nunca lo habría conseguido sin él!

Es como si siempre pudiera contar con él, desde que llegué. Como si… el destino lo hubiera puesto en mi camino. O más bien en mi edificio. Me gusta la idea de que estábamos destinados a encontrarnos. ¡Oh, creo que el romanticismo parisino empieza a apoderarse de mí!

Y lo peor es que me encanta.

—Ha sido fantástico —lo felicito.

—No ha sido para tanto —me contesta con humildad.

—No, ha sido excepcional, de verdad. Me has permitido brillar.

—No hacía falta mucho.

En ese momento Sylvie sale del baño.

—Oh, gracias por la cena, Gabriel. Ha sido increíble. Y también tienes un gusto refinado para la lencería.

—¿Para qué? —le pregunta sorprendido.

¿Es que no va a olvidarse del sostén?

—Debía quedar entre nosotras —le digo a Sylvie arrastrándola hacia la salida.

Una vez fuera, me regala una sonrisa. No una sonrisa burlona o despectiva, no. Me parece casi… sincera. Pero quizá el vino se me está subiendo a la cabeza.

—Emily, tengo que admitir que hoy has hecho un buen trabajo. Vamos a tomar algo. Ven con nosotros si quieres. Aunque estoy segura de que tienes cosas mejores que hacer —añade mirando el restaurante de Gabriel.

—Es mi vecino de abajo y no quiero complicar demasiado las cosas —le cuento.

—Oh, en el amor, cuanto más complicado, mejor —me contesta, y se aleja de mí.

Sus palabras me dejan pensativa. Y de repente dejo de pensar. Quizá cometa un error, pero me importa una mierda. Vuelvo de inmediato al restaurante y beso a Gabriel.

Apasionadamente.

Sus labios son deliciosos, suaves y expertos. Ávidos. Y nuestro beso me hace temblar de placer de la cabeza a los pies.

No podía soñar con un postre mejor.

... ¡Y ATERRIZAJE BRUTAL!

Salgo del restaurante, todavía temblando. No sé si estoy enamorada. Pero siento algo por mi guapo cocinero, eso seguro… Y cuando nos hemos besado, me ha dado la impresión de que él sentía tanto placer como yo. Sí, quizá a una parte de mí le gustaría añadir «especial» a la palabra «amigo» cuando hablo de Gabriel…

En la acera veo a Antoine en los brazos de Sylvie. Parece que se han reconciliado. Me vuelvo para no verlos, porque me siento un poco incómoda, y me encuentro con Camille.

—*Hi!* —le digo—. ¡Qué locura, nos encontramos en todas partes! Acabo de cenar con Randy Zimmer.

—¿Aquí? —me pregunta señalando el restaurante de Gabriel.

—Sí, es un restaurante genial.

—Lo sé —me contesta—. El chef es mi novio.

What? No, debo de haberlo oído mal. ¿Camille está saliendo con el chico al que acabo de besar apasionadamente? ¿El que me hace soñar desde que llegué a París? ¿El SSG que prepara tortillas con tanta sensualidad?

—¿Gabriel? —le pregunto en estado de shock.

—¿Lo conoces?

¡Oh, nos acabamos de besar, solo eso! Pero no puedo decírselo, claro.

—No, en realidad no —tartamudeo—. Vive en el apartamento debajo del

mío, en el edificio que está en la misma calle que la floristería donde nos conocimos.

Y cuando lo pienso, me parece lógico. Si nos encontrábamos en mi barrio era porque ella tenía algo que hacer aquí. O más bien alguien a quien ver…

En ese momento llega Gabriel.

—¿Os conocéis? —nos pregunta sorprendido al vernos charlando.

—Sí, efectivamente, nos conocemos —le confirmo.

—Ya ves, te lo dije —me dice Camille—. París parece un enorme laberinto, pero en realidad es un pueblecito.

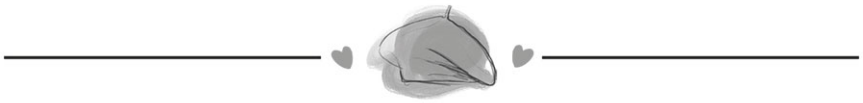
Gabriel y Camille se abrazan ante mis ojos desconcertados.

Gabriel tiene novia. Y esa novia no es otra que la chica más encantadora y amable que conozco y a la que ya adoro.

¡Es aún peor que mezclar guisantes y zanahorias!

No sé si París es un pueblo. Lo único que sé es que desde que estoy aquí mi vida está patas arriba. Y que cada vez que creo haber superado un obstáculo, otro se interpone en mi camino.

Acabaré creyendo que esta ciudad no me quiere.



AMIGAS DE VERDAD

Sylvie me dijo que en el amor, cuanto más complicado, mejor. Pero la verdad es que lo de Camille y Gabriel me está resultando un quebradero de cabeza. Lo mejor sería olvidarme de ese beso. Ese maravilloso beso desbordante de sensualidad que todavía me pone la piel de gallina solo de pensarlo, mmm… ¿Por qué Gabriel no me dijo que tenía novia? Podría haberme, no sé, apartado. Pero me dejó besarlo.

Sí, bueno, me tiré «un poco» encima de él. ¡Y ahora me siento una idiota!

¿Podría culpar al vino de haberme incitado a hacerlo? Estamos en Francia, así que diría que sí. El culpable es el vino, ¡y listo!

Antes de ir a la agencia, tomo un café en una terraza con Mindy. La verdad es que necesito un oído que me escuche, porque me siento perdida. Le cuento lo del beso. Y la vergüenza que sentí frente a Camille.

—Los franceses suelen coquetear, así que no te preocupes —me tranquiliza Mindy—. Haz como si no hubiera pasado nada.

—No, prefiero evitar a Gabriel —le contesto—. Pero es imposible, porque vivimos en el mismo edificio. Me gusta mucho, y creía que… ¡Oh, ya no lo sé, la verdad!

La verdad es que creía que Gabriel sentía algo por mí. ¿Una atracción, quizá? Pero me equivocaba, así de sencillo. Cuando voy a comprar, también me equivoco con las palabras, confundo «conservar» con «preservar» y acabo muerta de vergüenza cuando el dependiente me mira mal porque le he pedido algo «sin

preservativos».

Mindy me explica que algunas palabras se llaman «falsos amigos», como *medecin*, que no significa «medicina», sino «médico». O como Camille y yo.

—Si sigues siendo amiga suya, verás a su guapo novio muy a menudo —me señala Mindy.

—No pienso hacerlo —le contesto—. Voy a evitarlo, y a ella también.

Y justo cuando acabo de decirlo, ¿quién aparece? ¡Camille! ¡Maldita sea, qué mala pata!

—¡Hey, hola! —me dice, toda sonrisas.

Me besa y se sienta con nosotras.

—¡Vamos a la misma cafetería, genial! —exclama muy contenta.

Genial, efectivamente. Tomo nota: no volver a pisar esta cafetería.

—Solo vengo a buscar cruasanes para Gabriel —sigue diciendo—. De lo contrario, no consigo sacarlo de la cama por la mañana.

No va a contarnos todos los detalles de su vida íntima, ¿verdad? Tengo ganas de echar a correr. Pero Camille, o la amabilidad personificada, me arregla el pañuelo al estilo parisino. Después Mindy nos hace una foto para mi cuenta de Instagram. ¿Existe la amistad a primera vista? Porque es lo que siento por Camille.

Me encanta esta foto de las dos. Me gusta vernos cómplices.

Y también me gusta su novio.

¡Soy un monstruo horrible!

GOOD NEWS!

Todas las revistas femeninas afirman que para curar el dolor de corazón hay que sumergirse en el trabajo. Bueno, OK, no tengo el corazón roto. Pero aun así me duele un poco…

¿Quién va a hacerme tortillas ahora, eh?

Y la perspectiva de volver a ver a Sylvie no me anima precisamente. Aunque anoche parecía satisfecha conmigo, me dejó claro que con ella nunca se gana nada…

De camino a la agencia recibo un mensaje increíble: ¡los cosméticos Durée me invitan a una comida para influencers! Es cierto que tengo muchos seguidores, pero no creía que influyera en nadie. Y sobre todo no creía que una gran empresa como Durée pudiera fijarse en mí.

¿Será una señal de que París me acepta por fin? ¡Quiero creerlo!

Nada más llegar corro a contarle la buena noticia a Julien.

—¡Mira esto! —le digo mostrándole mi teléfono.

—¿Tú, una influencer? —me pregunta sorprendido.

—Ya sé. ¿Creerán que soy otra persona? Pero *I love Durée!* Es el primer *gloss* que me compré… La invitación es genial, ¿no?

—No, es cualquier cosa menos genial —me contesta—. Aquí no hablamos de Durée. Antes era un cliente importante.

—¿Qué pasó? —le pregunto.

Adopta una expresión seria.

—Te aconsejo que no hables de ellos, Emily.

Okaaay. El problema es que soy curiosa y odio no entender ciertas cosas. Durée es una supermarca. Me gustaría saber por qué dejaron la agencia. Y quizá encontrar una manera de que vuelvan.

Voy a ver a Sylvie.

—Quería saber si… —empiezo a decirle.

—Normalmente llamamos a la puerta, esperamos a que nos respondan y luego entramos —me interrumpe bruscamente.

He hecho bien en no alegrarme demasiado pronto. Sigo sin caerle bien. Retrocedo unos pasos y llamo a la puerta como una niña educada.

—No estoy disponible —me contesta.

—He visto que no teníais ninguna empresa de cosméticos entre vuestros clientes. ¿Alguna vez habéis tenido una? ¿Bobbi Brown, Laura Mercier… Durée?

Me fulmina con la mirada. Al parecer, nombrarla basta para ponerle los pelos de punta. Aunque el nombre es bonito.

—Mañana vendrá una responsable de Hästens Luxury Beds —me informa entregándome un catálogo—. Y espero que tengas ideas geniales para la campaña.

—Prometido. Pero en cuanto a los cosméticos, ¿qué…?

—No —me suelta.

Okaaay.

Entre el personal de Durée y Sylvie hay realmente gas y vinagre. Pero eso no me impide ir a la comida como influencer, ¿verdad?

Oh, me encanta este título: influencer. ¿Qué pasaría si consiguiera influir lo suficiente en Olivia Thompson, la jefa de marketing de Durée, para que volviera a Savoir?

EL TÍO DE LA BOLSITA

Cuando llego al lujoso hotel en el que se celebra la comida, descubro que hay dos tipos de influencers: aquellos a los que regalan una enorme bolsa de productos Durée —como Cashmere, el perro, y su dueña— y los demás, que reciben una bolsita diminuta —como yo.

¿Cómo es posible? ¿Un golden retriever tiene derecho a recibir más pintalabios que yo? Es superbonito, pero tiene narices la cosa.

Miro al tipo que reparte las bolsas, perpleja.

—Hum, ¿puedes darme la misma bolsa grande que a Cashmere? —le pregunto.

—Oh, déjame comprobarlo —me contesta, y echa un vistazo a su tablet—. No tienes suficientes seguidores. Dicho esto, gracias por colgar nuestros productos en tus redes sociales. Esperamos un mínimo de cinco publicaciones. Con los seguidores que tienes, haz diez.

¿Diez publicaciones tan ridículas como la bolsa que acaba de darme?

Mantengo la sonrisa.

—Con mucho gusto. Tendrás cantidad y calidad.

Entro en la sala de recepción, donde Olivia Thompson da un breve discurso ante una multitud de influencers. ¡Tengo que hablar con ella como sea! Pero Olivia se dirige a otra sala, y su asistente —el de la bolsita— me corta el paso.

—¿Puedo ayudarte, señorita Emily in Paris?

—Hola, *again*. Es importante que hable con Olivia.

—No, no, no —se niega en tono condescendiente—. Si quieres llamar su atención, te sugiero que publiques.

¡Mensaje recibido! A nuestro alrededor, todos han sacado ya su teléfono. Lo principal es no disparar a diestro y siniestro, sino encontrar la fórmula adecuada. Lo que dé en el blanco. Me filmaré delante de una pared cubierta de plantas y de fresas, en la que aparece en grande la palabra Durée.

—Gracias a la mantequilla de macadamia y al aceite de jojoba, Durée permanece en los labios —digo. Cojo una fresa y la muerdo—. Y veréis que da sus frutos.

¡Ah, estoy bastante orgullosa de mi juego de palabras! Mis clases de francés también están empezando a dar sus frutos. Acabo de mostrar que conozco la marca y los productos, y es realmente fundamental. Estoy empezando a contar mi historia de amor con la marca Durée, cómo a los trece años descubrí su *gloss*, cuando una influencer me empuja sin miramientos.

—Déjame un poco de espacio —me dice, enfadada, con acento español—. ¡Hay que ver!

Y paf, cae al suelo con las piernas abiertas. Me quedo sin palabras.

—Hola, mis pequeños fans —les dice a sus seguidores—. Haced clic en Durée y tendréis un veinte por ciento de descuento en mis pantalones de yoga antimicóticos Celia Splits.

—¡Guau! —exclamo—. Te he etiquetado. Soy Emily in Paris.

—Oh, pírate. Adiós. Gracias.

Okaaay. En ese mismo instante se me acerca el tío de la bolsita.

—Hum, hum, Olivia te recibirá.

—¿Cómo? —pregunta Celia Splits muy ofendida—. ¿Qué has dicho? Esta chica no tiene ni veinte mil seguidores. Yo tengo dos millones…

Sigue hablando en español, enfadada, pero ya me he marchado. Y sí, no basta con hacer splits para llevarse el premio gordo. Lo siento por Celia Splits y sus pantalones antihongos.

Acompaño al tío de la bolsita a otra sala, donde me espera Olivia. Parece conocerme. ¡No me lo puedo creer!

—Emily in Paris —me dice—. Hiciste un meme sobre el Vajajeune que funcionó muy bien. Vi que Brigitte Macron te había retuiteado.

—Sí, y el *Daily Mail* también habló de él —le digo—. Admito que me conmovió mucho. Encantada de conocerte, Olivia.

—Lo mismo digo. Me gusta tu creatividad. Y conoces nuestros productos como nadie. Eres una brillante embajadora.

Seguimos charlando hasta que saco el tema que me interesa.

—¿Y qué agencia os representa?

—Ya no pasamos por una agencia. Es anticuado y caro. Priorizamos a los influencers como tú. Sois el futuro del marketing.

Como me gustaría explicarle mis propuestas, acepta volver a verme al día siguiente para comer.

Emily: 1. Tío de la bolsita: 0.

POR UN MINUTO

He pasado un día genial! Yo, Emily Cooper, he entrado en la categoría de los influencers que importan. ¿No es fantástico? Y gracias a eso, he conseguido una cita con Olivia Thompson.

¡La vida es bella! ¡Muy muy muy bella!

Cuando llego frente a mi edificio, me encuentro con Camille y Gabriel, que salen con una amplia sonrisa en los labios. Su complicidad salta a la vista. Y me rompe el corazón. Un minuto antes y habrían salido sin que los viera.

La vida es dura. Muy muy muy dura.

Me veo obligada a ser natural, cuando una vocecita en mi cabeza me grita: «¡No, no mires los ojos de Gabriel! ¡No, sus labios tampoco! ¡Lárgate! ¡AHORA!».

—¡Oh, buenas tardes! —les digo.

—Hola —me contesta Camille—. ¿No estás en el trabajo?

—Voy a trabajar desde casa —le explico.

Gabriel, visiblemente incómodo, no dice una sola palabra. ¡Que se vayan! ¡Rápido!

—¿Estás de broma? —me replica Camille—. No has venido a París para quedarte en tu habitación. ¡Ni se te ocurra que vamos a dejarte sola esta tarde!

Quiero protestar, pero ella se dirige a su novio.

—¿Estás de acuerdo, Gabriel?

—¿Eh? Ah, sí, claro.

Camille pasa un brazo por debajo del mío y el otro por debajo del de su novio. Y yo solo quisiera desaparecer. ¡O caerme en una alcantarilla!

Pero ¿cómo rechazar su amable invitación?

Primero vamos de compras a un bonito centro comercial y después a tomar una copa. Nos reímos mucho juntos, y eso es lo peor, que los dos me caen muy bien.

Después nos dirigimos a un lugar tan fantástico como inesperado: una exposición sobre Van Gogh, donde, gracias a un juego de proyecciones inmersivas, nos sumergimos de pleno en sus obras, en especial en *La noche estrellada*. Aunque me encanta este momento que paso con Gabriel y Camille, estoy empezando a sentir que estoy de más. ¿Qué hago aquí? ¡No necesitan que les aguante la vela!

Nos sentamos en el suelo para admirar el espectáculo.

—Me encanta dormir bajo las estrellas —dice Gabriel.

—¿Recuerdas la última vez que dormimos al aire libre? —le pregunta Camille.

—Sí —le contesta.

—Lo cierto es que no dormimos —me aclara ella.

Es lo que yo pensaba, estoy de más. De repente Camille ve a unos amigos y me deja a solas con Gabriel. Sin duda es la ocasión para aclarar las cosas.

—Es una chica genial —le digo a Gabriel.

—Ella también te adora —me explica.

—No te habría besado si hubiera sabido que estabas con ella. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No sabía que ibas a besarme.

La situación parece divertirle, y su reacción me ofende un poco. Creo que esperaba otra cosa. Algo de seriedad. Que lamentara que no pueda funcionar, porque está Camille y ninguno de los dos quiere hacerle daño. Cualquier cosa excepto esta sonrisa indiferente y algo burlona que me hace tartamudear.

—Creí… creí que sentías… Bueno, no importa. Seguramente fueron imaginaciones mías. Así que ¿lo olvidamos?

En ese instante me doy cuenta de cuánto me gustaría que me contestara: «No, Emily, no fueron imaginaciones tuyas. Yo también siento algo por ti. Y me encantó nuestro beso».

Pero se lo toma a broma.

—¿Qué quieres olvidar?

Me digo que seguramente sea mejor así. Gabriel y yo seguiremos siendo buenos vecinos.

Solo buenos vecinos.
No volverá a hacerme una tortilla.

CAMAS PARA SOÑAR (SOLA, TOTALMENTE SOLA)

Al día siguiente, en la agencia, Sylvie organiza una reunión con Klara, la directiva de Hästens Luxury Beds. Sumergirme en el trabajo, eso es lo que voy a hacer. Aunque mi vida amorosa sea una nulidad, tengo un trabajo, y un trabajo que me apasiona. Así que tengo que olvidarme de Gabriel. Expulsarlo de mi memoria. ¡Nunca ha existido, y listos! Tampoco nuestro beso.

Por respeto, dejo que Sylvie exponga sus ideas a nuestra clienta.

—En Londres, Roma y Nueva York, una multitud fue a ver a Tilda Swinton durmiendo en una caja transparente. ¿Por qué?

—¿Porque ella sabe convertir cualquier cosa en interesante? —intenta adivinar Klara.

—Es cierto —admite Sylvie riéndose—. Pero también porque es muy adictivo ver a alguien dormir. Vemos dormir a nuestro hijo. Vemos dormir a la persona a la que amamos. Y ahora, en el escaparate de su prestigiosa tienda de los Campos Elíseos, la gente podrá admirar a una fantástica pareja durmiendo y descansando en una cama Hästens durante todo un día. Un magnífico cuadro que destaca las extraordinarias cualidades de sus camas de gama alta.

Pero el magnífico cuadro, o más bien el fotomontaje, no parece cautivar a Klara. A mí tampoco, por cierto. O quizá solo si fuera yo la que se acostara en esa cama con Gabriel, mmm…

No sola. Totalmente sola.

—Me gusta, pero no tanto —dice Klara haciendo una mueca—. Me da la

sensación de *déjà-vu*. ¿Tienen otras ideas?

Ay, Sylvie se estremece. Parecía muy orgullosa de su discurso. Pero Klara tiene razón: hemos visto mil veces a personas reales «expuestas» en un escaparate. Y personalmente, no me hace soñar. Aunque sé lo que podría hacerme soñar. Dormir bajo las estrellas con Gabriel…

No sola. Totalmente sola. Se acabó, ya no pienso en él.

—¿Puedo? —le pregunto a Sylvie.

Cuando asiente, le explico mi proyecto a Klara: la calidad superior de las camas Hästens nos permite hacer realidad nuestros más hermosos sueños. Pero ¿por qué siempre en nuestras habitaciones? ¿Por qué no bajo una noche estrellada?

De hecho, quiero utilizar las redes sociales para que la gente venga a probar las camas, que colocaremos en los lugares más instagrameables de París: los jardines de Luxemburgo, el Louvre, etc.

—Y no publicaremos fotos de modelos profesionales. Solo las de personas que duermen y sueñan —concluyo.

Cuando veo la gran sonrisa de Klara, sé que he ganado. ¡Le gusta mi idea!

Ha sido Camille la que me ha inspirado. Camille, la novia de Gabriel.

Gabriel, cuyos labios aún puedo sentir sobre los míos.

Un beso en el que no dejo de pensar, pero que tengo que olvidar para siempre.

¡Rápido, una cura de desintoxicación!

INFLUENCER, UNA PROFESIÓN DE ALTO RIESGO

La comida con Olivia Thompson no va tan bien como esperaba. Me ofrece ser embajadora de la marca Durée, ¡nada menos! Me siento halagada, por supuesto, y muy emocionada. Me habría encantado poder aceptar, pero hay un problema: trabajo para Savoir. Por más que defiendo la agencia ante Olivia, ella no cede: me quiere como influencer, no como directora de marketing.

Incluso me da un consejo antes de marcharse: pensar solo en mí, como Sylvie.

Pero se equivoca. Sylvie no piensa solo en sí misma. La prueba es que está esperándome en la agencia.

—Emily, ¿prometer cosas y no cumplir nada es como trabajáis en Estados Unidos?

Pero ¿de qué está hablando?

—*Excuse me?*

—A Klara, la directiva de Hästens, le ha encantado tu propuesta y ahora quiere ver sus camas en el patio del Louvre. Te sugiero que encuentres un lugar para los colchones debajo de la *Mona Lisa*. ¡Buena suerte!

Por su expresión burlona, está claro que ni se le pasa por la cabeza que pueda conseguirlo. Sí, vale, quizá me precipité. Pero era eso o la clienta se marchaba a otra agencia. Y además estoy segura de que los empleados del Louvre son superguais.

—Encontraremos una solución —le aseguro—. Es una gran noticia, ¿no?

—Cierto. Aunque parece que estás muy ocupada.

Entonces me muestra mi página de Instagram, en concreto el post en el que me como una fresa para promocionar los productos Durée.

—Me invitaron como influencer —me defiendo.

—¿Y crees que fue prudente ir?

—Esperaba que volvieran —admito.

—¿Quién te ha dicho que los aceptaríamos de nuevo? —me replica Sylvie—. Si lo que quieren es a una influencer como tú, no. Las marcas eligen Savoir para subir de nivel. No para bajar.

Encajo su comentario sin pestañear.

—Estamos en el mismo bando —le comento.

—Es lo que simbolizas, preocupación. No tengo nada en tu contra, pero tu presencia en las redes sociales es un verdadero problema para nosotros. Acabas de trabajar gratis para Durée. ¿Qué dirán los muchos clientes que pagan para que los representemos?

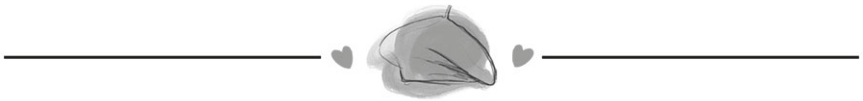
Well, es cierto. No lo había considerado desde ese punto de vista.

—OK, ¿y qué hago? —le pregunto.

Me lanza una sonrisita condescendiente que no me augura nada bueno.

—Borra la cuenta.

¿Qué? ¿Y no querrá borrarme también a mí, ya puesta?



BYE, EMILY IN PARIS

Todavía no me lo puedo creer. ¡Tengo que borrar mi cuenta de Instagram! ¡Borrar @EmilyinParis! ¿Cómo voy a vivir sin ella? Publicar fotos y comentarios y tener seguidores es lo que me ayudaba a aguantar aquí. Bueno, en un momento también estuvo Mister Tortilla, pero tiene a Camille.

¿Por qué mi vida es tan complicada? ¿Hay algo en el aire parisino, algo que vuelve a las personas totalmente *crazy*? Porque no veo otra explicación. Antes, en Chicago, tenía mi trabajo y a Doug. Hacía *jogging* todos los días a la misma hora. Todo estaba ordenado y bajo control.

¡Desde que llegué a Francia todo es un desmadre!

Solo tengo una cosa clara: no me queda más opción que obedecer a Sylvie.

Para cerrar mi cuenta a lo grande, llevo a Mindy a dar una vuelta nocturna por París.

Publicamos muchas fotos en un montón de sitios. Incluso abrimos una botella de champán frente a la torre Eiffel iluminada. Después bajamos por una callecita preciosa, al pie de Montmartre, un poco piripis.

Mindy me cuenta una de sus desventuras con la administración francesa.

—Me hicieron esperar una hora. Y al final me trasladaron al departamento de permisos solo para decirme: «No es posible».

—No es posible —repito con ella.

—Es la frase preferida aquí —me confirma Mindy terminándose la botella.

Tiene razón. Es lo que me contestó una empleada del Louvre cuando le pregunté si podía colocar una cama debajo de *La Gioconda*: «¡No es posible!».

—La única persona capaz de colocar una cama en el Louvre es Beyoncé —me lamento.

Pero no tengo su cuenta bancaria. En un minuto ni siquiera tendré cuenta de Instagram. Una última story con Mindy, y @EmilyinParis se retira.

BURBUJAS Y UNA CONFESIÓN

El problema cuando bebes champán es que después ya no recuerdas el código de la puerta de tu edificio. ¡He tenido que cerrar mi cuenta de Instagram, y ahora esta maldita puerta se niega a abrirse!

¡Estoy a punto de derrumbarme!

Y de repente ¿quién está justo detrás de mí? ¡Mister Sexy en persona! ¡Como si lo necesitara!

—Vuelves a casa tarde —observa.

¡Sí, porque he pasado una gran noche con un tío que está mil veces más bueno que tú, que sabe hacer tortillas como nadie y que no tiene una novia que se llama Camille!

Es lo que me gustaría contestarle. Pero mi mente está demasiado confusa para formar frases comprensibles. Además, que seamos vecinos no significa que deba saberlo todo. ¡Tengo una vida! En fin, algo así.

—Tú también vuelves a casa tarde —le contesto.

—Acabo de cerrar el restaurante —me dice, y marca el código de la puerta: 5, 2, 1, 3. Una pirámide invertida.

Sí, bueno, ¡ya casi lo tenía! Solo mezclaba los números. Pero los franceses lo hacen todo el tiempo, con las fechas y con los pisos. Así que yo también lo hago. Se llama integración. Adopto las costumbres locales.

Me fastidia haberme encontrado con Gabriel, así que subo la escalera sin

decir una palabra. De todos modos, ¿qué podría decirle? No sintió nada durante nuestro beso. Incluso ya lo ha olvidado.

¡Ojalá yo pudiera hacer lo mismo! Lástima que no haya una goma especial para borrarlo. O un botón que clicar, como cuando he cerrado mi cuenta de Instagram.

Gabriel se detiene frente a su puerta, titubeante.

—No fuiste la única —acaba confesándome cuando me vuelvo hacia él—. Yo también sentí algo.

Y subo los últimos escalones sonriendo.

Nunca podrá pasar nada entre nosotros, por Camille. Pero al menos sé que la otra noche en el restaurante no estaba soñando.

Los estremecimientos fueron compartidos.

¡GOLPE DE SUERTE!

Sin @EmilyinParis me siento totalmente huérfana. Cada vez que me apetece publicar una foto o un hashtag simpático, saco el teléfono y entonces recuerdo que ya no tengo cuenta. ¡Es muy duro, no consigo acostumbrarme! Siento que me han quitado una parte de mí. No, peor: ¡mi vida! Me siento vacía…

Tampoco conseguiré convencer a los del Louvre. Desesperada, estoy intentándolo con otros lugares emblemáticos, sin más éxito, cuando Sylvie exclama desde su despacho:

—¡Emily, dame tu teléfono!

What? ¿También quiere confiscarme el móvil? ¿Y después qué más? ¿Mi sostén? ¿Mi chico… si lo tuviera?

Entro en su despacho sin saber qué esperar.

—Muéstrame la última foto que has publicado —me exige.

—Oh, ya he cerrado mi cuenta.

—¡Pues reactívala!

No entiendo nada. Un día me pide que la cierre. Al día siguiente quiere verla. ¿De qué va el tema? ¿Es otra manía francesa? ¿O una estrategia para volverme loca?

—Me dijiste que tenía que… —empiezo a decirle.

Al ver su mirada, decido obedecer dócilmente. Le muestro la foto que me hice con Mindy en Montmartre. Sé que parecemos un poco piripis, pero no es tan

grave, ¿verdad?

—Ah, ya veo, es la plaza Dalida —comenta.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Klara, la bruja nórdica, pide que coloquemos una cama allí rápidamente. Y quiere que publiques la primera foto.

¿Klara me sigue? ¡Increíble! Quiero gritar y saltar, pero me contengo. No sería muy francés. Permanezco estoica como Sylvie, aunque me pican los pies.

—¿Por qué yo? —le pregunto sorprendida.

—Bueno, me hago la misma pregunta desde el día que llegaste —me contesta Sylvie en tono irónico—. Debe de haber visto que tenías cientos de seguidores. Y cree que ayudará a crear un efecto de bola de nieve.

En otras palabras: ¡voy a poder quedarme con mi cuenta de Instagram!

¡Emily la influencer *is back*!

Empiezo a creer que París me acepta por fin. Y quizá, sí, quizá esta ciudad podría incluso traerme suerte…

¡OH, SÍ!
¡OH, SÍ!

No puedo más. Como si no fuera bastante duro encontrarme cada dos por tres con Camille y Gabriel, verlos abrazados y dándose besos llenos de amor. También oigo sus revolcones toda la noche. Sus gritos de placer me impiden pegar ojo. ¡Es insoportable!

De entrada, ¿qué derecho tienen a hacer algo así en el apartamento justo debajo del mío?

Sí, bueno, es cierto que es la casa de Gabriel, pero aun así.

¿No podrían dejarme dormir un poco? ¿Es demasiado pedir?

Estoy hasta el gorro de sus «¡Oh, sí! ¡Oh, sí!», que gritan a dos voces. Yo digo: «¡Oh, no! ¡Oh, no!».

¡Algunos quieren descansar!

Porque no tienen nada mejor que hacer en su cama.

Desgraciadamente.

EL NEGRO ES UN CONCEPTO RELATIVO

Así que, cansada y con un poco de envidia (sí, bueno, ¡con mucha envidia!), me dirijo a la agencia. Además, me espera un día importante: esta mañana tenemos que reunirnos con Pierre Cadault, el gran modisto, para proponerle que firme un contrato con Savoir. ¡Es un gran desafío! Por eso Julien me ha aconsejado que me vistiera de negro. Y eso he hecho. Me he puesto un vestido y una chaqueta de cuero. Solo el amuleto de la suerte colgado en mi bolso es de colores. Desde que era joven sueño con llevar ropa de alta costura y parecerme a las protagonistas de *Gossip Girl*. Pero cuando era estudiante, lo único que podía permitirme eran baratijas de marca, en las que despilfarraba todos mis ahorros. Pierre Cadault sería un cliente emblemático para la agencia. Así que espero que mi amuleto de la suerte cumpla su función y que yo no meta la pata.

Al llegar me sorprende constatar que Julien se ha puesto un traje azul a cuadros.

—¡Oye, me dijiste que debíamos vestirnos de negro! —le recuerdo.

—Te dije que tú tenías que vestirte de negro para que no llamaras la atención de Pierre Cadault —me aclara—. Pero yo no tengo ninguna intención de pasar inadvertido. Emily, sueño con estrechar la mano de Pierre Cadault desde que tenía doce años. En aquella época incluso robé revistas *Vogue* del salón de belleza de mi madre. Es una leyenda.

Parece que lo admira de verdad.

—Sí, lo sé, Julien. He revisado mi expediente. Lo sé todo sobre su enemistad con Valentino. Sobre su romance con Elton John. Y también sobre su amada iguana, que al parecer es inmortal.

—En realidad su amada iguana ya se ha muerto cinco veces —me informa—. Pero cada vez la ha sustituido y le ha puesto el mismo nombre para engañar a todos.

No puedo creerme lo que estoy escuchando. ¡Julien es de verdad el rey de los chismes!

Sylvie pasa por nuestro lado sin prestarme la menor atención. Pero empiezo a acostumbrarme.

—¡Ah, hola, Sylvie! —le digo—. ¿Has visto mis e-mails para la estrategia de redes sociales?

—Pierre Cadault odia todas esas cosas modernas —me explica—. Pero su directora sabe que debe competir. Si firma con la agencia, hablaremos del tema la próxima vez. Hoy, observa, admira y procura no llamar la atención.

—¡Será fácil, me he vestido solo de negro! —me jacto con una sonrisa.

Ella me observa.

—En ti no parece negro.

No he entendido nada. ¿Será humor francés?

EL AMULETO DE LA MALA SUERTE

¡El taller de Pierre Cadault es increíble! Siempre he soñado con entrar en un sitio así, ver a las costureras trabajando, admirar las fantásticas telas y sentir el ambiente lleno de creatividad y de concentración. Dominique, la asistente del estilista, nos guía. Nos explica que Pierre Cadault no sigue las modas, que es un artista. Este año ha vuelto a ofrecer su talento para diseñar el vestuario de un ballet que se estrenará pronto en la Ópera de París. Mientras habla, Dominique nos invita a entrar en una sala en la que están expuestos los trajes en cuestión.

Es tan fantástico que me quedo sin palabras.

De repente una chica corre hacia nosotros, presa del pánico. ¿Hay fuego o qué?

—¡Ya… ya viene! —nos dice.

Todos se quedan inmóviles mientras aparece su majestad Pierre Cadault. Como Sylvie y Julien, me mantengo muy recta para causarle buena impresión.

—Dominique, no quería que mostráramos los trajes. ¡No están listos! —exclama enfadado.

—Pierre, están listos para brillar, para sublimar el ballet —le contesta, y nos señala con un gesto—. Es exactamente lo que acababa de constatar el equipo de Savoir, ¿verdad?

El modisto se quita las gafas para mirarnos.

—Ah, sí. Las instagramers.

¿Por qué lo dice como si hubiéramos pillado una enfermedad vergonzosa?

—Oh, no, señor Cadault —se apresura a corregirlo Sylvie—. Conocerlo es el mayor logro de mi carrera.

—El mayor logro de toda una vida —añade Julien.

Mi turno para pasar el examen.

—¿Y tú? —me pregunta el modisto cuando llega a mi altura.

—¡Oh, es más que un honor! —le digo estrechándole la mano y mirando preocupada a Sylvie y Julien—. *I mean*, la verdad es que siempre he admirado su trabajo. ¡Y estar aquí es sencillamente fabioloso!

—¿Fabuloso? —repite con expresión recelosa.

Vale, supongo que tendré que ser más concreta. Por suerte, nunca me faltan eslóganes.

—Su alta costura es una golosina. ¡Me gustaría devorar sus trajes!

En ese momento su mirada desciende hasta mi amuleto de la suerte, un gran corazón rojo de piel sintética adornado con una perla y una pequeña torre Eiffel. ¡Toda una declaración de amor a la ciudad de París!

—¡Hortera! —grita.

Y nada más decirlo sale de la sala. Sylvie y Julien se marchan también, totalmente estupefactos. Los sigo por la escalera. No entiendo nada de lo que acaba de pasar, ¡nada en absoluto!

—¡Esperad! ¿Qué ha sucedido?

—Hortera significa mediocre —me contesta Julien—. Te ha llamado provinciana.

Pero ¿por qué ha reaccionado así? ¿Solo por un colgante?

THOMAS

Debería haberlo previsto: la suerte cambia. Y parece que al final mi amuleto de la suerte me ha traído mala suerte. Por la noche voy a tomar algo a la terraza de una cafetería. Después de este día de mierda en el que Sylvie y Julien no han vuelto a dirigirme la palabra, lo último que quiero es oír los «¡Oh, sí! ¡Oh, sí!» de Gabriel y Camille.

Mientras observo a una pareja de clientes en la que la mujer parece más mayor, un chico sentado a la mesa de al lado se dirige a mí.

—¿Crees que es su hijo o su amante? —me pregunta.

Giro la cabeza hacia él. Hum, no está mal, rollo intelectual. Aunque quizá solo da esta impresión por las gafas. También parece tranquilo. En cualquier caso, es muy mono.

—Oh, en realidad miraba si la ensalada César de verdad valía los veinte euros que cuesta —le contesto sonriendo.

—La mujer me parece autoritaria, incluso un poco tiránica —me comenta—. Como una madre.

Señalo a la pareja.

—Y le da de comer como… su amante. *Oh, God!* Eso espero.

Me gustan las historias de amor que se salen de lo corriente, que se liberan de los obstáculos y los clichés. ¡Me parece *so romantic, so Paris*!

—El que pierda invita a la próxima copa de vino —me desafía.

—¿Estás seguro de que vas a ganar?

—Soy profesor de Semiótica. Es el estudio de…

—Los símbolos —lo interrumpo—. Tengo un máster en Comunicación.

Entonces se presenta: Thomas. Cuando le pregunto cómo sabremos quién ha ganado la apuesta, me contesta que tendremos que quedarnos en la terraza hasta que la pareja nos desvele lo más hondo de sus pensamientos. Me parece muy bonito. En cualquier caso, mucho más bonito que: «Quiero ligar contigo». Luego me invita a una copa de vino y empezamos a charlar.

Durante horas.

Le cuento mis desventuras del día en la agencia. Y él me contesta que es hortera llamar hortera a otra persona. Después me cuenta la historia de la cafetería en la que estamos, que no estaba de moda antes de que Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir la frecuentaran.

Sus palabras me hacen bien. ¿Quién sabe? Quizá algún día también yo pueda estar a la moda.

Thomas cree que no soy hortera. No me mira como si fuera una imbécil pueblerina. Una medio idiota. A través de sus ojos me siento divertida e inteligente.

Parisina.

Así que, por todas estas razones, y quizá también porque me siento sola, hago algo que nunca antes había hecho: invitar a un chico a mi casa la primera noche.

MUERTA... DE PLACER

El sexo parisino es… mmm… O quizá sea Thomas. Me ha enseñado cosas que no sabía (pero, bueno, las habilidades de Doug en este tema se limitaban a… poca cosa). Thomas se atreve con todo, sin complejos. Y quiere que nos volvamos a ver… Solo hay un problemilla: esta mañana, antes de marcharse, se niega a ducharse para «quedarse con mi olor». Confieso que no sé qué pensar. Pero, aparte de eso, he pasado un momento fantástico con él. Tres momentos fantásticos, para ser exacta.

Cuando salgo de casa, me encuentro con Camille.

—¡Hola! —canturrea sonriendo y señala a Thomas, que se aleja—. ¿Quién es?

—Un profesor al que conocí anoche —le confieso—. Nunca había hecho algo así. Podría haber sido un asesino.

—Pues yo me decía esta noche que había oído tres pequeñas muertes —me contesta.

Me quedo desconcertada. Es una expresión. En francés, una pequeña muerte es un orgasmo.

What? ¿Todo el mundo me ha oído morirme? ¡Me muero, eso seguro, pero de vergüenza!

Pero me vengo de todas las veces que he tenido que soportar las pequeñas muertes de quien ya sabemos…

Esta noche he sido yo la que ha soltado «¡Oh, sí! ¡Oh, sí!».
A no ser que haya gritado *«Oh, yes! Oh, yes!»*.
Es posible…

LA VIDA DE UNA APESTADA

La noche que he pasado con Thomas me ayuda a hacer frente al día que tengo por delante. Espero que Sylvie y Julien hayan digerido el incidente de ayer. Estoy segura de que puedo solucionar el problema con Pierre Cadault, basta con que me den una segunda oportunidad. Y además el modisto no puede odiarme para siempre por un simple amuleto, ¿verdad?

—¡Vaya, pero si es nuestra guapa hortera! —me da la bienvenida Julien.

—Oh, basta —le contesto poniendo los ojos en blanco.

—He dicho «guapa» —se defiende—. Pero hortera es un hecho.

—Mira, no soy mediocre. La prueba es que he pasado la noche con un profesor de Semiótica.

—No hay nada más mediocre que un profe. ¡Menuda mierda!

Es obvio que él no ha tenido tres pequeñas muertes esta noche. ¡Envidioso!

—¡No, no es una mierda! Ha recitado a Rimbaud, y ha sido supersexy.

El amor con poesía de fondo. Mmm…

—Deduzco que tu poeta maldito explica que hayas llegado una hora tarde —supone Julien.

—No, el mensaje de Sylvie decía que no viniera antes de las once.

Sorprendido, mira detrás de mí, hacia una puerta de cristal. Sylvie está en la sala de reuniones con un cliente importante: Fourtier, la prestigiosa marca de relojes. Pero ¡yo llevo las comunicaciones en Instagram! ¡No debería verlos sin

mí!

Cuando termina la reunión, corro a ver a Sylvie para que me dé una explicación.

—¿Por qué no me has convocado a la reunión con Fourtier? Había preparado la presentación.

Sylvie le pide a Luc que haga de intermediario. Es como estar en el patio de un colegio, cuando una niña se enfurruña y no quiere hablar directamente con su amiga.

—Luc, ¿te importaría decirle a Emily que ya no se ocupa de las redes sociales de Fourtier? Y que de momento está en cuarentena para las marcas de lujo.

Cuando protesto, añade dirigiéndose a Luc:

—Y dile también que no quiero oírla quejarse todo el día y que puede volverse a casa. Y asegúrate de que entiende el concepto de cuarentena.

Gracias, lo he entendido. Como en el caso de semiótica, la palabra es casi la misma en inglés. Lo que no entiendo es por qué me castiga. ¡No he hecho nada malo!

Y sobre todo no crucé el Atlántico, casi me desmayé con el olor de un camembert, me enfrenté a los «¡no es posible!», los «*plouc*» y los «hortera» para que me aparten de esta manera.

¡QUÉ SHOW!

Al mediodía me encuentro con Mindy en el parque al que lleva a los dos niños que cuida. Se lo cuento todo: mi catastrófica entrevista con Pierre Cadault, Thomas y mi cuarentena forzosa.

—¡No me puedo creer que me hayan castigado por un accesorio! —me lamento.

—Tienes un nuevo accesorio masculino, así que consuélate —bromea Mindy agitando su media *baguette*.

Mindy siempre consigue hacerme reír. Y siempre está ahí para animarme. ¡No sé qué haría sin ella! Le debo mucho. Hace poco me contó que su sueño era convertirse en cantante. Cuando era más joven, participó en el programa *Chinese Popstar*. Un episodio que le gustaría olvidar. Desafinó como una almeja, y cuando todos se enteraron de que era la hija del rey de las cremalleras, se convirtió en el hazmerreír de internet. Por eso huyó a París.

Me gustaría que hiciera realidad su sueño. Se lo dije el otro día. ¡Todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad! Y al parecer mis palabras dieron en el blanco.

—Si tengo que intentar volver al escenario y cantar, mejor que lo haga aquí, donde nadie me conoce —me dice—. He visto que en el Crazy Horse van a hacer una audición.

—¡Oh, pues *let's go crazy*! —la animo.

—No, no voy a ir.

—Pero ¿por qué? —le pregunto sorprendida.

—Porque la sola idea de volver al escenario me pone enferma.

No puedo permitir que renuncie a su sueño. ¡Imposible! Siento que ahora me toca a mí ayudarla.

—Creo que deberías ir.

—Sinceramente, no sé si todavía sé cantar —me contesta en tono dubitativo.

—*Well*, canta delante de mí.

—¿Por qué no? Algún día, ya veremos. Pero aquí no.

Señalo los alrededores. Oh, claro, hay gente, pero está cada uno a lo suyo, charlando o jugando a la petanca.

—¿Por qué no? Mira, nadie nos presta atención.

Mindy se coloca delante del banco y empieza a cantar «La vie en rose». Me cautiva desde las primeras notas. Esta canción sin duda la han cantado mil millones de veces, pero Mindy la interpreta de forma muy personal. Canta con tanta emoción que se me pone la piel de gallina. Una emoción dosificada, sutil y delicada, como su voz.

No soy la única que está cautivada. Enseguida, sin que ella se dé cuenta, un grupo de paseantes la rodea para escucharla. ¡Y cuando termina de cantar, recibe un estruendoso aplauso!

Mindy es una cantante maravillosa.

Y una amiga maravillosa.

NUNCA UNA VELADA A CUATRO

Por la noche, Thomas me espera delante de mi portería. Hemos quedado en ir a cenar a un restaurante. Me alegro de que haya vuelto. No me habría gustado ser un «polvo de una noche». Si está aquí, es que le intereso un poco, ¿no? Quizá incluso podríamos tener algo serio… Mientras hablamos, Gabriel y Camille salen del edificio. ¡Parece que no puedo dar un paso sin encontrármelos! Pero me fastidia menos que de costumbre, porque ya no soy la pobre solitaria de turno.

Gabriel me mira y luego observa a Thomas.

—Hola —dice en tono frío.

—¿No nos presentas a tu nuevo amigo? —me pregunta Camille mucho más cálida.

—Este es Thomas —digo—. Thomas, estos son mi amiga Camille y su novio, Gabriel. Gabriel es el chef del restaurante de enfrente.

—Sí, aunque esta noche dejaré cocinar a otro chef —nos informa Gabriel—. Vamos a un pequeño bar de tapas del distrito diez.

Camille asiente y de repente abre mucho los ojos, como si acabara de tener una revelación.

—¡Oh, venid a cenar con nosotros!

Por más que proteste, no hay nada que hacer. Camille y Thomas parecen encantados. Yo un poco menos. Una velada a cuatro siempre es agradable… Pero en este caso… me da la impresión de que la perspectiva tampoco entusiasma

demasiado a Gabriel. Solo hay que verle la cara.

Pero Camille parece tan contenta…

Así que vamos a un bonito barrio que no conocía: el canal Saint-Martin. ¡Otro hermoso lugar de París!

—Antes era agradable y auténtico —comenta Thomas mientras los cuatro caminamos juntos—. Ahora lo han invadido los pijipis parisinos.

—A mí la zona sigue pareciéndome bonita —replica Gabriel.

—Ah, se ha convertido en Disneylandia en comparación con lo que era antes.

No entiendo por qué la conversación entre Gabriel y Thomas es tan fría. Nos sentamos en la terraza de un restaurante y pedimos una botella de vino y unas tapas.

—Gabriel, has elegido un vino muy bueno, te felicito —le digo solo para relajar un poco el ambiente.

—Es de un pequeño productor ecológico de La Rioja —me contesta.

—Sí, si se trata de vinos, Gabriel es imbatible —interviene Camille.

—Menos en champán, que es el dominio de Camille —añade.

—Oh, solo porque nací en ese mundo. Mi familia tiene una finca y un pequeño castillo en Champagne. Se llama Finca de Lalisse.

El nombre parece interesarle a Thomas. ¡Genial, por fin un tema que les apasiona a los tres!

—¿La Finca de Lalisse…? —repite, y deja sus palabras en suspenso—. Nunca he oído hablar de ella.

—¡Oh, es una finca muy pequeña! —le contesta Camille incómoda—. Pero no tenemos que hablar de eso. No hay nada más aburrido.

—Estoy totalmente de acuerdo —le dice Thomas—. No hay nada más aburrido que hablar de vinos.

En pocas palabras, no hay nada más aburrido que hablar de uno de los temas favoritos de Gabriel. El ambiente pasa de frío a helado.

Tomo nota: nunca más una velada a cuatro (y menos cuando la cuarta persona es Gabriel).

PLAN A Y PLAN B

Al día siguiente, de camino a la agencia, veo el cartel de un ballet: *El lago de los cisnes*. En la parte inferior pone que el diseñador del vestuario no es otro que Pierre Cadault. ¡Claro! Se me ocurre una idea. Una idea que me permitiría matar dos pájaros de un tiro. Primero, arreglo las cosas con el gran modisto. Y segundo, me reconcilio con Sylvie. Julien me contó que desde que había llegado a la agencia soñaba con colaborar con este gran diseñador. Si soluciono el problema, nos haremos superamigas.

¡Brillante!

En cuanto llega, corro a verla.

—*Hey, girl!* —le digo, y ella pone los ojos en blanco—. Perdona, no lo volveré a hacer… Tengo algo para ti. En realidad, dos cosas. Creo que tú y yo, o tú y cualquier otro, deberíamos ir al ballet y volver a intentarlo con Pierre Cadault.

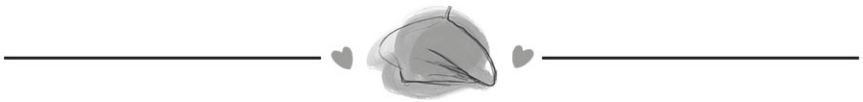
Le tiendo las dos entradas que he comprado, que rompe de inmediato, sin piedad.

—No menciones su nombre delante de mí hasta el final de los tiempos. ¿Está claro?

Okaaay.

Puede que mi plan A no fuera tan brillante.

Por suerte, aún me queda el plan B: invitar a Thomas.



¿A ÉL QUÉ LE IMPORTA?

Esta noche no puedo cometer más errores. Así que alquilo un vestido sublime, me compro un bolso, una estola, unos guantes largos y unos zapatos con tacón de vértigo. Después me hacen un fantástico moño en la peluquería de mi barrio. Cuando me miro en el espejo de mi cuarto de baño, me da la impresión de que me parezco a Blair Waldorf, una de las protagonistas de *Gossip Girl*. Y bajo la escalera del edificio con gracia. ¡No es cosa mía! El vestido me obliga a andar así. Tiene una especie de poder mágico: el de transformarte en una princesa. Sí, eso es, me siento como Cenicienta a punto de ir al baile.

En ese momento entra Gabriel. Me mira de arriba abajo.

—Emily, hola. ¿Adónde vas vestida así?

—Oh, tengo dos entradas para un ballet —le contesto.

—Y vas con Thomas, supongo. —Asiento—. Ah, ya veo. Bueno, pues que te diviertas.

Uf, ¿qué ha sido esa mueca?

—¿Tienes algún problema con Thomas? —le pregunto.

—Lo siento, pero la verdad es que creo que es un esnob. Un gilipollas que va de gran intelectual. Conozco a esos tíos. De hecho, creo que pierdes el tiempo con un tío que no te merece, eso es todo.

¿A él qué le importa? ¿Critico yo a Camille?

Bueno, es cierto que ella es absolutamente perfecta. Pero aun así.

Gabriel es mi vecino. Solo mi vecino. No tiene por qué criticar al tío con el que salgo, ¿verdad?

ESNOB O NO ESNOB

La Ópera de París es quizá uno de los edificios más bonitos que he visto en mi vida. Y me siento aún más como Cenicienta.

Mi príncipe azul me espera al pie de la majestuosa escalera.

—Emily, estás fantástica con ese vestidito negro —me piropea Thomas—. Aunque aún más sin él. Solo hay un pequeño problema. ¿Eres consciente de que has comprado entradas para *El lago de los cisnes*? ¿Es una broma?

¿Qué pasa? ¿Acaso es alérgico a las plumas?

—¿Por qué? —le pregunto sorprendida.

—La última vez que vine a la ópera fue para ver una obra maestra, el *Bolero* de Ravel. *El lago de los cisnes* es para turistas.

—OK —le contesto titubeante—. Mira, me gustaría ver a Pierre Cadault e intentar hablar con él. Así que, ¿puedes esperarme en el palco?

Thomas frunce el ceño.

—¿Quieres tenderle una trampa a Pierre Cadault? ¿Estás diciéndome que vamos a tragarnos un mal ballet para que puedas ver a un viejo modisto decadente?

Pierre Cadault ya no es joven, es cierto. Pero tiene más talento del que jamás tendrá Thomas. Además, es una de las personas que siempre me han hecho soñar.

Y de repente recuerdo las palabras de Gabriel.

—*Oh My God!* —exclamo—. ¡Es verdad que eres un esnob!

—¿Esnob? —repite—. Los únicos que dicen eso son los pobres de espíritu.

Puede que solo sea una «pobre de espíritu», pero he entendido una cosa: tengo que deshacerme de este tío cuanto antes. Y como es profesor de Semiótica, le hago un signo que podrá descifrar fácilmente: una peineta.

OK, no es muy de Cenicienta. Pero en mi defensa debo decir que el príncipe tampoco era muy azul.

PUES SÍ, ERA DAN

Olvido enseguida mi ruptura con Thomas y me centro en mi objetivo: hablar con Pierre Cadault. Lo encuentro en su palco privado, con Dominique. Sé que no tengo un momento que perder. Voy a tener que encontrar las palabras adecuadas antes de que me echen. Jugarme el todo por el todo.

—Señor Cadault —le digo—. Soy Emily, de la agencia Savoir. Solo quería disculparme por haberle ofendido el otro día. Y quería decirle que tiene razón: soy una provinciana con gusto mediocre. ¿Quiere saber por qué llevaba un amuleto? Porque a mis amigas y a mí nos obsesionaba *Gossip Girl*. Queríamos ser como Serena van der Woodsen, con sus vestidos de lujo creados por los mejores modistos. Pero lo único que podíamos permitirnos de sus vestuarios era el superamuleto, que comprábamos en un centro comercial de Winnetka. Así que sí, es cierto que eso nos convierte en horteras.

Dominique me fulmina con la mirada.

—Basta, voy a llamar a seguridad.

Sale del palco y sigo hablando con la esperanza de ablandar al gran modisto. Solo espero que el guardia de seguridad tenga cuidado con mi vestido, que no es mío y tengo que devolverlo en buenas condiciones.

Cuando he terminado, espero la reacción de Pierre Cadault. ¿Va a volver a llamarme hortera? ¿O cualquier otra cosa? Pero de repente me contesta:

—No me puedo creer que fuera Dan.

—¿Cómo? —le pregunto, porque no entiendo nada.

—En *Gossip Girl*. Vimos toda la serie para al final descubrir que era Dan.

Sí, Dan era la *gossip girl*, la misteriosa bloguera que destapaba todos los chismes de la alta sociedad neoyorquina. Pero ¿qué tiene que ver? En ese mismo momento un guardia de seguridad viene a informarme de que este palco está reservado para los VIP.

Qué le vamos a hacer.

En cualquier caso, como Cenicienta en el baile, estaba fuera de lugar.

AMULETO MILAGROSO

Me he jugado el todo por el todo, y ahora es todo o nada… ¡Es una locura la cantidad de expresiones francesas que he aprendido últimamente! Lástima que lo demás no vaya tan bien… Esta mañana, en la agencia, no espero un milagro. Supongo que mi cuarentena no ha terminado y que Sylvie sigue enfadada conmigo.

Mientras me preparo un café, se acerca a mí.

—Así que ¿al final fuiste a la ópera anoche? —me pregunta, y solo se me ocurre contestarle: «Pues…»—. Acabo de recibir una llamada de la oficina de Pierre Cadault. Quiere que volvamos al taller. Ha insistido en que la *gossip girl* estuviera presente. Me imagino que solo puedes ser tú.

Me muero de ganas de gritar y saltar. Pero, como Sylvie está mirándome, me obligo a mantener la calma y la elegancia. «Sí, sí, una estupenda noticia». Cuando en mi cabeza sería más bien: *«Oh My God. Oh My God. Oh My God!»*.

—¿En serio? *Well*, es genial, ¿no?

—No sé el cómo ni el porqué, ni quiero saberlo —me dice, y observa mi chaqueta a cuadros, mi blusa roja y mis vaqueros—. Pero en cuanto al look, aligéralo un poco.

—¿Y si dijéramos: quédate con tu look, y yo me quedo con el mío? —le contesto con una amplia sonrisa.

—¿Y si digo camión de ganado con un billete de ida a Chicago? —me replica.

Okaaay.

No es grave.

En cuanto Sylvie se da media vuelta, grito y bailo de alegría… en silencio. Me quedo inmóvil cuando se vuelve para mirarme.

Sin duda ha sido de «patio de colegio», pero ha empezado ella.

¿DEMASIADO FÁCIL?

Mi éxito con Pierre Cadault me da alas. Pero ahora tendré que demostrar que tenía razón en confiar en mí. Hay algo más que tendré que hacer: renunciar a Gabriel.

Definitivamente.

Esta noche he soñado con él. ¡Y no es nada bueno! Es como si ya me hubiera olvidado de Thomas. O mejor dicho, como si en realidad nunca me hubiera importado. Parece que los sueños son la expresión de nuestro subconsciente. Y mi subconsciente me ha enviado un mensaje que no puede ser más claro: estoy enamorada de Gabriel.

Definitivamente.

Mientras voy a la agencia, veo a Sylvie a través del escaparate de una elegante tienda de ropa. La saludo. Me hace una mueca. ¡Todo normal! El día que me reciba con una sonrisa empezaré a preocuparme. Sale de la tienda con los brazos cargados de bolsas y nos dirigimos juntas a la oficina, o mejor dicho, la sigo.

—¿Sesión de *shopping* antes de ir a trabajar? —le pregunto alegremente.

—Pues sí —me contesta con un suspiro—. A diferencia de ti, tengo muy poco tiempo para estas cosas. Y me voy la semana que viene.

—Oh, ¿y es un viaje de negocios? ¿O un viaje de chicas? ¿O alguna otra cosa?

—Es un viaje de «zapatero, a tus zapatos» —me contesta.

Conozco la expresión, aunque todavía no he entendido qué pintan los zapateros en todo esto.

—Está claro que necesitas unas vacaciones —le digo—. Y te juro que durante tu ausencia lo haré lo mejor que pueda. ¡Ah! Y puedo supervisar la fiesta de Fourtier, si quieres.

—No, no, no —se niega—. Evitemos tener más problemas que solucionar.

—*Well*, la estrella de la noche es una actriz estadounidense, así que creo que puedes utilizar a la estadounidense que tienes aquí —argumento señalándome.

Sylvie se detiene.

—¿Crees que estás a la altura de ese reto?

—*Absolutely*.

—Muy bien, te ocuparás de la actriz, pero no me molestes con preguntas idiotas. Si te lo confío, es para ahorrarme tiempo y energía.

Yesss! Aunque una vocecita me susurra que mi victoria ha sido demasiado fácil. Organizar la fiesta de Fourtier, en la que la estrella Brooklyn Clark llevará un reloj de dos millones de euros, es una tremenda responsabilidad. Me ha dado la impresión de que Sylvie estaba encantada de librarse de esta misión.

Pero seguro que es porque no conoce a Brooklyn Clark. Yo la conozco bien, porque he visto todas sus películas. Comedias románticas que me han hecho reír y llorar, y en las que la actriz está increíble.

¡Será genial conocerla!

UN PLAN MALÍSIMO

¡Qué estafa! ¡Brooklyn no es para nada como en sus películas! ¡Voy a pedir que me devuelvan el dinero de todas las entradas del cine! Cuando la he visto por primera vez, en el hotel donde se hospeda, iba casi desnuda, me ha pedido hierba y me ha puesto un apodo ridículo: «Sombrero maceta». Pues a mí mi sombrero me parece muy bonito.

Se lo cuento a Mindy y a Camille mientras cenamos en el restaurante de Gabriel. No he tenido otra opción. Si hubiera rechazado la invitación de Camille o si le hubiera pedido que cenáramos en otro restaurante, le habría extrañado. ¡Solo espero no encontrarme con el SSG esta noche!

—Brooklyn Clark es una actriz estadounidense superfamosa —le explico a Camille—. Hizo una película en la que una pastelera hace pasteles de boda, y los futuros maridos se enamoran de ella después de probarlos.

—¡Vaya, ya veo! Qué tontería.

—Yo lloré —interviene Mindy, y nosotras nos reímos—. Era muy triste. La chica no sabía a quién elegir.

Pues yo sé a quién habría elegido no ver: a Gabriel, que viene a sentarse al lado de Camille. ¿Por qué tiene que ser tan guapo? Y misterioso, solo lo suficiente. ¡Un cóctel irresistible! ¡Una auténtica tentación! Incluso cuando parece cansado, como esta noche.

—Hola —nos dice.

Cuando besa a Camille, me obligo a sonreír y a ignorar la dolorosa punzada

en el pecho.

—Trabajas demasiado, cariño —le dice Camille con ternura.

—Lo sé, estoy agotado. ¿De qué estabais hablando?

Le hablo de Brooklyn Clark y de la fiesta de promoción de los relojes Fourtier, el cliente más importante de la agencia. De repente se me ocurre una idea. Miro a mis amigos.

—¡Deberíais venir! Va a ser superelegante y yo llevo la lista de invitados.

—Oh, no, no puedo —me dice Mindy con una mueca de tristeza—. Este fin de semana trabajo en Provenza.

—Y yo tengo que ir a ver a un coleccionista de Bruselas por un asunto importante —me informa Camille, que se vuelve de inmediato hacia su novio—. Pero, Gabriel, tú estás libre, ¿no? Deberías ir, cariño.

¡No, no y no! Me niego a pasar una noche a solas con el SSG. Bueno, en realidad a solas no. Pero sin su novia. Que viene a ser lo mismo. Este plan huele incluso peor que un camembert viejo.

—No te sientas obligado —le digo.

—Sí, iré, será divertido.

¿Divertido? ¿Para quién? Camille no me da tiempo a contestar.

—Ah, y hay algo que tenemos que celebrar sin falta —dice Camille mirando a Gabriel—. ¿Puedo contarles la buena noticia?

—No hay nada que contar… —le contesta visiblemente incómodo.

¿Qué pasa? ¿Se van a casar? ¿Está embarazada?

—El jefe de Gabriel por fin ha cedido —nos cuenta Camille con una gran sonrisa—. Acepta venderle el restaurante. Gabriel por fin podrá hacer lo que quiera aquí.

Mindy y yo gritamos de alegría. Pero me extraña que Gabriel no parezca contento.

—Sí, pero no puedo comprarlo —objeta—. Ni siquiera puedo cubrir el pago inicial.

—Mis padres han aceptado prestarle el dinero que necesite para darle la oportunidad de empezar —nos confiesa Camille.

Gabriel hace una mueca y vuelve a la cocina. Algo me dice que la idea del préstamo no le gusta demasiado.

NO ES UN CADAULT

Los días siguientes trabajo duro para que la fiesta de Fourtier sea un éxito. Y a la vez me ocupo de Brooklyn Clark. Esta tarde la llevo al taller de Pierre Cadault para que se pruebe vestidos. La estrella elige uno corto, de corte moderno, que corre a ponerse acompañada por Dominique. Me quedo en la sala y aprovecho para admirar las creaciones colgadas en un perchero. Lástima que estén por encima de mis posibilidades. Quizá debería dedicarme al cine…

Un chico moreno entra en el taller.

—Brooklyn Clark —me dice tendiéndome la mano—. Matthieu Cadault, encantado. Tu belleza es tan espectacular en persona como en tus películas.

Así que ¿en esto consiste ser una estrella? ¿En que te hagan la pelota? ¡Me encanta!

—¿De verdad? —le pregunto divertida—. ¿Cuál es la última que has visto?

—Oh, pues… *Beauty*… *¿Beauty Love?* Bueno, creo, pero…

—¡Buen intento! —le contesto.

—No eres Brooklyn Clark —se da cuenta por fin.

—Emily Cooper. Trabajo en Savoir, la agencia de publicidad que ha elegido Pierre.

Deja de sonreír.

—Mi tío se ha desbocado un poco. Estas decisiones no las toma él.

—Pero en la puerta está escrito su nombre. ¿Quién decide entonces?

—Yo —me contesta—. Yo llevo sus asuntos. Y en lo que a mí respecta, no tenemos ningún acuerdo con vosotros.

Okaaay. Le cuento que he conseguido convencer a Brooklyn Clark de que lleve un vestido de Pierre Cadault, cuando ella quería ir a Céline. Una mentirijilla no hace daño a nadie, ¿verdad? Matthieu acepta concederme un mes de prueba con la condición de que no caigamos en lo vulgar.

También quiere un bonito post de la estrella con una de sus creaciones.

Le prometo todo eso y más. Pero el problema de las promesas es que hay que cumplirlas. Espero que Brooklyn ponga de su parte…

EL DURO OFICIO DE SER AMANTE DE UN HOMBRE CASADO

La recepción empieza bajo una lluvia de flashes. Brooklyn está fantástica con su vestido Pierre Cadault, que realza su figura, y con el reloj Fourtier de dos millones de euros que adorna su muñeca. Todos los invitados van muy elegantes, y la sala, con un ambiente de «feria del siglo XX», es sublime. Todo parece indicar que la fiesta de promoción irá estupendamente. Además, es lo que también parece pensar Sylvie, guapísima con su vestido verde esmeralda. Está radiante. Sin duda sus inminentes vacaciones en Saint-Barthélémy con Antoine tienen algo que ver. Julien, el rey de los cotilleos, se fue de la lengua y me lo contó.

—¿Brooklyn lleva un Pierre Cadault? —constata Sylvie con una ligera sonrisa.

—Efectivamente —le confirmo—. Y la idea fue mía. Hacer promoción de las dos marcas en las redes.

Levanto la mano para chocar los cinco con ella, pero Sylvie no me sigue. ¡Al menos ha sonreído! Después de haber firmado el certificado del seguro del reloj, veo a Antoine, que llega con su mujer, Catherine. ¡Vaya, creo que Sylvie no se lo esperaba! Corro hacia ella, que está de espaldas a la entrada, charlando con unos invitados.

—Antoine está aquí —le informo en voz baja—. Ha venido con su mujer.

—Sí, están en la lista de invitados —me contesta en tono seco—. ¿Tienes algún problema? Te dije que no me molestaras con idioteces. Haz tu trabajo,

Emily, y punto.

¡Solo intentaba ser amable!

Pero, como soy obediente, voy a ver a Brooklyn para que ensaye su discurso. Justo en ese momento aparece Gabriel.

—*Check it out!* —me dice Brooklyn—. Viene hacia nosotras el tío más guapo de la fiesta. ¿Cómo están mis tetas?

—Pues… firmes y bonitas —le contesto desconcertada—. Gabriel, te presento a Brooklyn Clark.

—Encantado —la saluda.

—Tómatelo con calma, chico —le dice Brooklyn en tono coqueto.

¡Uf, solo era una fórmula de cortesía! Quiero que se concentre en el discurso, pero me llama «asesora de prensa idiota» y se marcha sin que yo lo haya visto. Empiezo a entender por qué Sylvie estaba encantada de pasarme a la «bebé».

La fiesta va de maravilla, los invitados se divierten mucho con los juegos y el carrusel. Plantada junto a Gabriel, veo a Antoine, que viene hacia nosotros.

—Pásame el brazo por la cintura —le susurro a Gabriel.

Todos deben creer que estamos juntos, especialmente Antoine y Sylvie. No me apetece recibir otro sostén ni sufrir otro ataque de celos. Y además, bueno, la actuación está lejos de ser desagradable, sobre todo cuando Gabriel me pasa un brazo alrededor de la cintura. Me pego un poco más a él. ¡Oh, solo para hacer bien mi papel!

—Estás preciosa —me piropea Antoine dándome dos besos.

—Muy amable —le contesto—. ¿Te acuerdas de Gabriel?

—Sí, claro, el chef del restaurante. Maravilloso recuerdo.

Sylvie se une a nosotros con Catherine. Hablan de un descuento en un reloj Fourtier, que a Catherine le gustaría que su marido le regalara.

—¿Qué te parece el de oro rosa? —le pregunta Sylvie a Antoine—. La verdad es que realza su piel. Este reloj es fantástico, tienes que comprárselo sí o sí.

De repente me siento muy incómoda. No entiendo cómo Sylvie puede representar semejante comedia, es superior a mí. Sé que siente algo por Antoine, pero ¿mentir todo el tiempo? Yo no podría soportar una relación tan complicada.

—¡Oh, chef Gabriel! —exclama al verlo—. ¡Eres inolvidable!

—¿Estabais todos en esa cena? —pregunta Catherine en tono sorprendido.

—Sí, llevamos a un cliente —le explica Antoine—. Su bistec de ternera nos permitió cerrar el acuerdo.

Y que hiciera las paces con Sylvie. Pero eso se lo calla, por supuesto.

—Pues tendremos que ir a cenar a tu restaurante lo antes posible —le dice Catherine a Gabriel, y después se vuelve hacia su marido—. ¿Quizá después de

nuestras vacaciones?

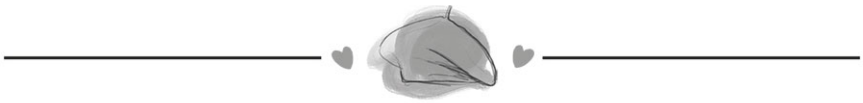
—¿Qué vacaciones, cariño? —le pregunta Antoine.

Ella le pasa un brazo por debajo del suyo.

—Antoine cree que se le da bien guardar secretos. Pero su asistente me ha enviado por error un e-mail con la reserva. Va a decirme que la semana que viene nos vamos a Saint-Barth'.

Ahora ya no siento solo incomodidad, sino también pena. Por Sylvie, que se obliga a poner buena cara, cuando acaba de despedirse de sus vacaciones románticas.

No será ella la que se bronceará y disfrutará del descanso en una playa soleada con Antoine…



¡RELOJ A LA FUGA!

A parte del incidente de las vacaciones en Saint-Barth', la fiesta es todo un éxito. Al salir de la sala de recepción, veo a Sylvie esperando un taxi. Tiene la mirada perdida. Me imagino que debe de estar muy decepcionada.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí, gracias, estoy bien, Emily —me contesta.

Pero sus ojos tristes y amargos me dicen lo contrario. Debe de querer de verdad a Antoine.

—Sé que ese viaje era importante —le digo—. Lo siento.

—Tú no sabes nada —me replica, y sube al taxi.

Okaaay. También está enfadada. Otro coche pasa por delante de mí, con Brooklyn Clark dentro.

—¡Hola, sombrero maceta! —me grita por la ventanilla abierta.

¡Y se marcha sin mí! ¡No me lo creo! Justo en este momento llega Gabriel.

—Acabo de dejar escapar a la *crazy cinema star* —le digo—. Se ha largado con un reloj de dos millones de euros. Por su culpa voy a perder mi trabajo y lamento no haber traído mi sombrero maceta para vomitar en él.

—¿Por qué no llamas a su chófer? —me sugiere Gabriel.

¡Genial idea! Gracias a las indicaciones del chófer, encontramos a Brooklyn en un bar nocturno lleno de gente y con la música a todo volumen. La estrella está enfrascada en una conversación con un chico. Nos invita a tomar una copa y después vamos a bailar. Bueno, yo bailo delante de Gabriel. Brooklyn está

totalmente desatada. Me da la sensación de que está un poco… rara. Todavía más de lo habitual. Creo que no está en su estado normal.

—¿Va todo bien? —le pregunto preocupada.

—Oh, sí, acabo de tomarme algo para relajarme. *You see*, estoy relajada. ¡Allá voooy!

Se mueve de un lado a otro y después se dirige al baño. Seguramente debería hacer algo. Pero la copa que me he bebido me ha relajado. Me ha relajado tanto que beso a Gabriel. Un beso largo. Muy largo. Y me gusta. Me gusta mucho.

Una señal de alarma se enciende en algún lugar de mi cabeza. El nombre de Camille empieza a parpadear en color rojo. ¡Tengo que marcharme, y deprisa!

Me aparto de él a regañadientes.

—Voy a enviar un mensaje a Brooklyn. Es demasiado peligroso que nos quedemos aquí.

¿Peligroso para ella o… para mí? Cuando saco el teléfono, veo que tengo varias llamadas perdidas del responsable de Fourtier. Tenía que recuperar el reloj en cuanto terminara la fiesta. ¡Madre mía, madre mía, madre mía! Corro a buscar a Brooklyn, pero no está en el baño. Tampoco hay rastro de ella en el bar.

¡El reloj de dos millones se ha fugado!

EL SÍNDROME DE CENICIENTA

Lo único que puedo hacer es ir a esperar a Brooklyn al hotel con la esperanza de que se le ocurra la buena idea de volver. Pido un Uber, que tarda una eternidad en llegar. ¡Ni que estuviera de gira turística por París! Entonces mi príncipe Gabriel me propone otra solución: ir en su orgulloso corcel… ejem, en su moto.

Cruzo París de noche sentada detrás de él. Y la Ciudad de la Luz me parece aún más bonita que de costumbre. Seguramente porque estoy abrazada a Gabriel. Apoyo la cabeza contra él. Me olvido de Brooklyn, del reloj y de Camille. Sé que no está bien, que me hago daño para nada, pero ¿cómo resistirme? Si tuviera una hada madrina, como Cenicienta, le pediría que este paseo durara eternamente…

Llegamos al hotel demasiado pronto. Pido ver a Brooklyn, pero el conserje —más terco que una mula— se niega a dejarnos subir. ¡No hay manera de hacerle cambiar de opinión! Me recuerda a Claudette, mi florista.

Gabriel me propone que vayamos a esperar al bar.

—No te culpes, Emily —me consuela mientras nos bebemos una copa—. Se ha largado sin decirte nada, y no te queda más remedio que esperarla aquí. Todo va a solucionarse, no te preocupes.

—Yo no soy así. Me esfuerzo por hacer las cosas bien. Y esta noche he tomado malas decisiones.

Tanto con el reloj como con Gabriel. No debí invitarlo a esta fiesta. No debí

besarlo. Y no debería estar sentada con él, devorándolo con los ojos.

—No eres la única que toma decisiones —me contesta.

—Puede ser. Pero seré la única a la que despidan mañana.

Y la única cuyo corazoncito sufrirá…

—No siempre es un drama perder el trabajo —me asegura—. Tómate un año sabático. Viaja por el mundo. Enamórate…

Para eso no necesito viajar por el mundo. Basta con sumergir mi mirada en la del tío que está sentado delante de mí.

—OK, pero como gratis en tu restaurante para siempre.

—Nunca tendré mi restaurante.

—Puedes aceptar la ayuda de la familia de Camille.

Me mira como si acabara de decir una locura. No entiendo por qué hace una montaña, solo es un préstamo. Un préstamo que le permitiría hacer realidad su sueño.

—Si acepto este dinero, les pertenezco —objeta—. No quiero pertenecer a nadie. Aunque eso signifique poner mi futuro entre paréntesis.

En este momento recibo una llamada de Sylvie.

—Emily, ¿por qué los de Fourtier me acosan a las dos de la madrugada preguntándome dónde está Brooklyn Clark y su reloj de dos millones de euros?

—Yo me ocupo —le contesto.

—Hum, hum, sí, ya veo lo que te ocupas —me dice en tono irónico.

Sorprendida, miro a mi alrededor. ¡Oh, no, Sylvie está aquí, en el hotel! Le explico lo que ha pasado mientras corremos a ver al conserje.

—Tenemos que entrar en una habitación, y ya sabe cuál —le exige.

—Me encantaría ayudarla —le contesta el conserje—. Pero, como ya le he explicado a su empleada, la privacidad de nuestros clientes es la…

—Lo sé, pero quizá Brooklyn Clark esté muriéndose ahora mismo —lo interrumpe—. Si una estrella estadounidense famosa en el mundo entero y con más de catorce millones de seguidores en Instagram muriera aquí, ¿cuáles serían las consecuencias para este hotel?

No funciona. Debe de haber tomado clases con mi florista para ser tan tozudo.

—Exagera.

—Puede ser. Pero si tengo razón, su imagen quedará dañada por mucho tiempo. ¿Le importa su trabajo o no es tan importante? ¿No cree que podría perseguirlo toda la vida?

El conserje, derrotado, deja escapar un suspiro. ¡Ah, ya no va tanto de listo! Cuando llegamos a la suite, Sylvie le quita la tarjeta y abre la puerta sin tomarse

la molestia de llamar. La estrella está en la cama con el tipo del bar.

—¡No podéis entrar en mi habitación así! —grita enfadada—. Voy a llamar a mi abogado.

Sylvie corre a coger el reloj, que está en la mesita de noche.

—Iba a devolverlo —se defiende la actriz.

En la moqueta descubro una interesante visión: el vestido de Brooklyn tirado en medio de un cenicero repleto de colillas, un frasco de perfume, una botella de alcohol, un vaso vacío y unas sublimes sandalias doradas. Todo ello formando una composición bastante artística. ¡Una gran foto para promocionar la marca Pierre Cadault! Será atrevida y moderna, justo lo que necesito.

—¡No publiques mis pechos! —me ordena la estrella.

Pero ¿a qué viene esa obsesión con sus tetas?

—No es eso —le digo.

—¡Sombrero maceta! —me grita.

Y yo grito aún más fuerte:

—¡No me llames así!

La prefiero en la gran pantalla, sin duda. ¡Estoy hasta el sombrero maceta de esta chica!

CENICIENTA NO COMPARTE SU CREPE... EJEM, A SU PRÍNCIPE

En el ascensor que nos lleva de vuelta a la planta baja, no puedo evitar mirar a Sylvie con admiración. ¡Me ha encantado cómo se ha impuesto al conserje! Ojalá yo pudiera hacer lo mismo con Claudette, mi florista. La obligaría a darme los ramos de rosas más bonitos.

—Sylvie, has estado *amazing*. No dejas que nadie te pise. Ha sido genial.

—Tenía que desahogarme.

Le cuesta encajar el golpe de las vacaciones en Saint-Barth'. Me vuelvo hacia ella. Me gustaría preguntarle por qué se queda con Antoine cuando podría tener a cualquier otro. Al cien por cien, no solo a medias. Es guapa, inteligente y fuerte.

¿Por qué? ¿Por qué sufrir así?

—¿Eres feliz con ese hombre? —le pregunto.

—¿Crees que la felicidad es la meta en una pareja? —me pregunta y me observa con atención—. Parece que sí.

—Creo que debes tener más, más del cincuenta por ciento.

Me pasa suavemente la mano por el pelo.

—¿Para ti existen los *happy ends*? ¿Crees que un valiente caballero vendrá a salvarte y que te casarás con él?

Al salir del hotel, Gabriel está esperándome en su moto.

—Oh, entiendo por qué crees lo que crees —me dice Sylvie, que de inmediato sube a un taxi.

Pero Gabriel no es mi valiente caballero. Tampoco es mi príncipe. Es el príncipe de otra. Y en ningún cuento de hadas la princesa comparte al chico del que está enamorada.

Me siento como Cenicienta al final del baile. El sueño se esfuma. Regreso brusco a la realidad.

—Quería asegurarme de que llegaras bien a casa —me explica Gabriel—. O si tienes hambre, podemos ir a comer una crepe a Montmartre. Es el lugar más bonito de la ciudad para ver el amanecer. Si te apetece.

—¿Si me apetece? ¡*Of course* que me apetece! Pero me apetece algo más. No puedo compartir nada, ni siquiera una crepe. Quiero la crepe entera. Es mejor que no volvamos a vernos.

Nunca podría hacer como Sylvie. Contentarme con las migas de crepe que otra se digne dejarme.

Y en este momento Cenicienta renuncia a su príncipe supersexy para siempre…

CAMILLE LO SABE TODO

La fiesta de promoción tiene dos consecuencias, una buena y otra mala.

De entrada, la foto del vestido gusta mucho a los internautas y también a Matthieu Cadault. Surte el efecto deseado: desempolvar la imagen un tanto envejecida de la marca, sin desvirtuarla. Esta era la buena noticia.

La mala noticia es que Camille quiere hablar conmigo. Desde la recepción, hago todo lo posible por evitarlos a Gabriel y a ella. Si los oigo salir de su casa, me quedo inmóvil en la puerta y espero a que se vayan antes de salir. ¿Sabrá Camille lo de los besos? El primero era excusable, porque yo no sabía que estaba saliendo con Gabriel. Pero ¿el segundo? ¡Ese es imperdonable! Cuando estoy a solas con Gabriel, es como si mi cerebro se desconectara totalmente. No puedo controlarme. Solo veo sus ojos, sus labios…

¡Necesito una ducha fría!

Mindy me asegura que para mi comida con Camille debería evitar los restaurantes donde haya cuchillos, por si la cosa se pone fea. ¡Creo que voy a huir de París sin dejar dirección!

Me encuentro con Camille donde le propuse, un restaurante de sushi, es decir, sin cuchillos, siguiendo el sabio consejo de Mindy.

—Tengo que preguntarte una cosa bastante rara, incluso muy incómoda —me dice en la mesa con expresión efectivamente incómoda—. De hecho, ya lo he hablado con Gabriel y…

¡Oh, no! ¡Oh, no! ¡Oh, no! No sé cómo lo ha adivinado. Pero ¡lo sabe todo! Sabe que he besado a su novio, no una, sino dos veces. Y que me muero de ganas de volver a hacerlo en cuanto lo vea.

—¡Oh! —la interrumpo—. ¿Qué te ha dicho?

—Dice que no debería hablarlo contigo.

—Bueno, entonces quizá sea mejor hacerle caso.

Sí, ya está, no ha pasado nada. ¡Besos olvidados! Finjamos que nunca existieron.

Camille me mira muy seria.

—Quiero que seas muy sincera.

¿Qué? ¿Quiere que le confiese que estoy loca por su novio? ¿Que me atrae como un imán? ¿Que soy una pésima amiga, que no duda en besar a su novio en cuanto se da media vuelta? Pero ¡¡¡es verdad!!! No hay necesidad de juicio: ¡soy culpable de todos estos delitos!

—Adelante, dime lo que tengas que decirme, te escucho.

—¿Crees que hay alguna forma de que la agencia Savoir se encargue de la campaña de marketing del champán de mi familia? —me pregunta.

Me siento tan aliviada que casi me desplomo en la silla. Así que ¿de esto era de lo que quería hablar conmigo?

—Sé que seguramente somos más pequeños que vuestros clientes de lujo —sigue diciéndome, y yo sigo con la boca abierta.

Por fin consigo hablar.

—*Oh My God! Yes!* ¡Sí, claro!

—Genial —me contesta muy contenta.

Después me cuenta que su hermano y ella ya convencieron a su madre de que debían trabajar con una agencia de publicidad, pero que no les fue muy bien.

—No nos ha contestado —me explica Camille—. Pero en este caso me he dicho que, como nosotras somos amigas…

—Sí, es verdad. Es verdad, es verdad, es verdad. Somos amigas.

¿He insistido demasiado? Por suerte ella no se da cuenta.

—Muy bien, pues ven al castillo conmigo este fin de semana —me invita—. Sería genial que mi madre te conociera y que le contaras tus ideas. Si no, tendré que hacer el viaje sola.

—Oh, ¿Gabriel no va contigo?

—No, tiene trabajo —me contesta—. Además, sigue reprochándome que pidiera a mi madre que le prestara dinero para el restaurante. Se niega a que le echen una mano. Es tozudo como una mula.

Entiendo a Gabriel. Quiere construir el sueño de su vida solo. Pero no quiero

pensar más en él. Nunca más.

¡Voy a pasar este fin de semana en un castillo!

EL DIAGNÓSTICO DE LA DOCTORA SYLVIE

Por la tarde convoco a mis compañeros a una breve reunión. Tengo que convencer a Sylvie de que acepte promocionar el champán Lalisse. Y por la cara que pone cuando digo este nombre, me temo que va a ser complicado.

—Nunca he oído hablar de ellos —me contesta—. ¿Se lo pueden permitir? ¿Cuánto facturaron el año pasado?

—Todavía no lo sé —admito.

—El mercado del champán está hipersaturado —asegura Luc—. ¿Y cuál es la identidad de esta marca?

—Pues… —balbuceo—. No lo sé.

Sylvie deja caer la hoja que tenía en las manos. Cuando Camille me lo pidió, no lo pensé. Solo pensé: «Uf, no sabe nada de los besos». Y además es tan amable que ¿cómo iba a decirle que no? Pero estas dos reacciones no son muy profesionales.

Debería haberle hecho preguntas y preparado el informe un poco mejor.

—¿Y qué sabes de ellos? —me pregunta Sylvie.

—La empresa es de los padres de una amiga mía, y ella querría que fueran nuestros clientes.

Julien frunce el ceño. Parece incrédulo.

—¿De qué conoces a una chica con la familia metida en el negocio del champán?

—Sale con un amigo… Mi vecino, Gabriel.

—¡Vaya! —suelta a Sylvie—. ¿Con el que volviste a casa después de la fiesta de Fourtier?

¿Qué está insinuando? ¿Que me acosté con Gabriel, y que ahora quiero ayudar a su novia para algo así como… limpiar mi conciencia?

—No, no volví con él —le aseguro.

Sylvie se vuelve hacia Luc.

—El chef de la cena con Zimmer —le dice.

—¡Ah, el chico de Emily! —exclama.

—No, solo está loca por él —le dice Julien.

¿Van a dejar de hablar de mi vida amorosa? Bueno, de mi vida.

—¿Vas a ir al castillo de su novia a ver a su familia? —deduce Sylvie.

—Solo voy a ver a un posible cliente —la corrijo, aunque ninguno de ellos parece creerme—. Pero puedo decirle que a Savoir no le interesa.

—Así que ¿tus relaciones comerciales dependen de tus relaciones sexuales?

Esto no va a acabar, ¿verdad?

—¡No nos hemos acostado! —grito, y mis compañeros abren los ojos como platos.

—Deberías planteártelo —me aconseja Sylvie muy seria—. Te veo tensa.

Muchas gracias. Necesitaba su diagnóstico, doctora Sylvie.

UN CULO ANESTESIADO

El fin de semana llega a toda velocidad. Estoy impaciente por ver el castillo de Camille y conocer a su familia. ¡Tengo la sensación de que va a ser genial! El sábado por la mañana nos encontramos delante de la portería, donde está esperándome con su pequeño descapotable rojo de estilo antiguo, con solo dos asientos en la parte delantera.

—Vais a tener que apretaros —me dice Camille.

¿Quiénes? De repente aparece Gabriel, y mi entusiasmo se desploma como un suflé. ¡Me han echado una maldición!

—Al final ha aceptado tomarse un fin de semana libre —me explica.

Y claro, tiene que ser el fin de semana que Camille me invita. Empiezo a preguntarme si lo ha hecho a propósito. Pero esta vez no voy a ceder. Me quedaré impasible como el mármol ante su loco encanto, sus ojos ardientes y su sonrisa, mmm…

Totalmente impasible.

—Hola —me dice—. Cuánto tiempo sin verte.

¿No te fastidia? Se me da muy bien jugar al escondite.

—¡Vamos, subid! —nos dice Camille.

Durante todo el trayecto, sentada en las rodillas de Gabriel, apenas me atrevo a moverme. Ya no me circula la sangre, así que tengo el culo anestesiado.

Pero seguramente es mejor así.

Mi culo es de mármol.
Como yo.

GABRIEL EN LOS FOGONES

Cuando por fin llegamos, salto del coche. ¡Me niego a seguir oliendo el cautivador perfume de Gabriel y sintiendo sus músculos firmes un segundo más! ¡La tortura tiene sus límites!

—¿Qué debería saber? —le pregunto a Camille—. ¿Por qué a tu madre no le gustó la otra agencia?

—Odia a los que no son de aquí —me contesta Gabriel.

—Para, no es verdad —replica Camille—. Ya verás, Emily, le vas a encantar. Y estoy segura de que a mi hermano también. Está terminando Empresariales. A mi madre le gustaría que se hiciera cargo del viñedo. Creo que pasará por aquí este fin de semana. Creo que te gustará.

Gabriel, molesto, saca las maletas del maletero.

—Ah, sí, ¿tu madre te ha dado permiso?

—Mi madre quería financiar tu restaurante —le recuerda Camille—. Fuiste tú el que se negó. Así que pórtate bien con ella.

Al parecer el tema sigue siendo delicado. Me pregunto por qué Gabriel está tan tenso. ¿Es solo por la historia del préstamo?

Visto desde fuera, el castillo es increíble, maravilloso. Y por dentro me deja boquiabierta. ¡Me da la impresión de que he viajado en el tiempo! Isabelle, la madre de Camille, nos recibe.

—Eres Emily, supongo.

Me estrecha la mano y después besa a Gabriel.

—¿Qué tal? No he ido al mercado, tenía mucho que hacer. ¡Así que irás tú!

¡Menuda bienvenida! Parece dirigirse a un empleado. Y Gabriel pone una cara rara. Creo que empiezo a entenderlo. En esta familia, Gabriel es solo un chef al que nadie conoce. En otras palabras, un hombre que no está a la altura de Camille, de su linaje. Quizá por eso querían financiar la compra del restaurante. Propietario de un restaurante suena mucho mejor en las cenas sociales que: «Mi yerno cocina».

NO TENTEMOS A LAS BESTIAS

Isabelle me propone que vaya a ver el viñedo, y Gabriel me muestra dónde guardan las bicicletas. Podría acompañarlo al mercado. Estaríamos solos entre los puestos. Quizá incluso podríamos escondernos debajo de una pila de frutas… Ah, no… Eso es precisamente lo que ya no quiero: estar a solas con él.

—¿No vienes conmigo? —me pregunta ofendido.

—¿Para dar un romántico paseo en bici e ir al bonito mercado? Excelente idea. ¿Y por qué no vamos al granero?

—Oh, no, no. Aquí no hay granero. Pero la bodega es bastante acogedora.

No le veo la gracia. ¿Por qué me da la impresión de que soy la única que lucha contra nuestra atracción? Al fin y al cabo, el que está con Camille es él. Así que debería hacer lo posible por no perder la cabeza, ¿verdad? Pero lo que hace es apuntarse a mi fin de semana en Champagne e incluso proponerme un paseo romántico.

¿Qué busca exactamente? ¿Que me tire encima de él? ¡No podría hacerlo mejor!

—¡Es broma, tranquila! —me dice al ver mi expresión enfadada—. Llevas más de una semana evitándome y ahora me montas una escena. Te aseguro que solo vamos al mercado. No somos bestias. No vamos a tirarnos el uno encima del otro.

Cojo mi bici y empiezo a alejarme. Se ha dado cuenta de que lo evitaba… No,

tengo que silenciar esa vocecita en mi cabeza que se alegra. Gabriel está con Camille. Punto. Si me echa de menos, no tiene la menor importancia.

—Creo que es mejor que no tentemos a las bestias.

—Estás exagerando —objeta—. Podemos seguir siendo amigos.

—¡No, es evidente que no podemos!

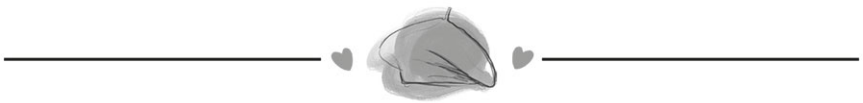
—Entonces ¿dejamos de hablarnos? —me pregunta—. ¿Y qué le decimos a Camille?

—Nada de nada. Mantendremos la cordialidad.

Sin ser amigos. Ni ninguna otra cosa. Él va al mercado. Yo voy a ver el viñedo.

Y nadie se convierte en una bestia.

Sencillo, ¿no?



¡MENUDO TRASIEGO!

Tengo que olvidarme de Gabriel y centrarme en el único objetivo de este fin de semana: el trabajo. Un chico nos lleva a ver las bodegas de la finca a un grupo de turistas ingleses y a mí.

Lo escucho con atención. Todos los detalles son importantes para promocionar un producto, y la elaboración del champán es un tema del que me apetece mucho descubrir cosas.

—Y aquí tenemos lo que nos lleva a la etapa más sutil de todo el proceso: el trasiego —nos informa—. Hay que girar cada una de las botellas un cuarto de vuelta, todos los días, para despegar el sedimento que se forma durante la fermentación. Un auténtico trasegador, que es quien hace el trabajo, consigue mover diez mil botellas diarias.

Después organiza un concurso para ver quién consigue girar más deprisa todas las botellas de un botellero. ¡Y gano yo! ¡Soy la reina de los trasegadores!

—¡Felicidades! —me dice nuestro guía—. Serás la primera en probarlo.

Me sirve una copa de champán, que me bebo de un trago. ¡Excelente! Estoy segura de que es una gran añada, aunque no sepa absolutamente nada al respecto.

—Se supone que debemos beber solo unas gotas —comenta uno de los turistas.

Creo que después de haber aclarado las cosas con Gabriel, necesitaba una bebida estimulante. Pero acabo de hacer el ridículo delante de todo el mundo.

—No importa —me tranquiliza nuestro encantador guía—. Continuamos la visita en la siguiente sala.

Mientras el grupo se aleja, el chico se queda conmigo. Es realmente atractivo. Y amable.

—Lo siento —me disculpo.

—Has pagado por la visita —me contesta.

—La verdad es que no —le confieso—. El viñedo es de la familia de una amiga.

—Ah, ¿tú eres la amiga de mi hermana? —me pregunta con una sonrisa superatractiva.

—Emily —me presento tendiéndole la mano—. Y tú eres el hermano de Camille, ¿verdad?

—Sí, me llamo Timothée.

No deja de sonreírme. Y lo necesito más que el champán. Una cara amable. Seductora. Una cara que me haga olvidar la de otro…

—Entonces dentro de poco el viñedo será tuyo…

—Puede que sí —me dice—. Trabajo aquí todos los fines de semana desde que terminé la universidad.

Me dice que si quiero más champán, solo tengo que darle una palmadita en el hombro… Y si quiero algo más, ¿funciona igual?

ESTO ES LO QUE PASA...

La cena familiar es tensa. Los platos de Gabriel están deliciosos. Tan deliciosos que Isabelle le pregunta por qué no abre un restaurante a su nombre. A lo que él le contesta que llegará algún día. E Isabelle se enfada porque rechaza su ayuda.

Ni siquiera tengo la oportunidad de hablar de negocios, porque parece que en la mesa no se hace.

Cuando termina la cena, me resulta un alivio poder refugiarme en mi habitación y enviarle mensajes a Mindy. Está pasando el fin de semana con un grupo de amigas que ha llegado de China. Hasta ahora no se ha atrevido a decirles que es niñera, no estudiante de Empresariales…

Mientras hablamos, unos gritos atraviesan las paredes de mi habitación. Isabelle y Camille están discutiendo, y oigo el nombre de Gabriel.

Puedes vivir en un castillo y no estar en un cuento de hadas…

Unos minutos después Mindy me manda un vídeo. ¡Ha cantado en el escenario de un gran cabaret! Es la misma canción que había destrozado cuando participó en el concurso de talentos de televisión. Pero esta noche su actuación es divina, sencillamente divina. El público la aclama y, para celebrarlo, su grupito de amigas se rocía con champán.

¡Estoy muy feliz por Mindy, y muy orgullosa de ella!

Me encantaría estar en París con ella. Y no en este castillo soportando peleas. Y la presencia del SSG…

Salgo a tumbarme junto a la piscina y veo el vídeo de Mindy una y otra vez para animarme.

Timothée se acerca a mí con dos copas y una botella de champán.

—Me preguntaba dónde te habías escondido.

—No me había escondido. No podía dormir.

—¿Te sirvo una copa? —me pregunta.

Me dice que tiene una moto y que podríamos escaparnos los dos. *So cute!* Le cuento que en Chicago tenía un muy buen trabajo, un muy buen novio y unas muy buenas amigas. Pero todo estaba ya encaminado. Ya no tenía decisiones que tomar, ni siquiera malas. No quería una vida sin sorpresas donde todo estuviera programado de antemano. Pero aquí podemos decir que estoy servida.

Me sienta bien contarle todo esto a Timothée.

Mientras me sonríe con ternura, le doy una palmadita en el hombro para que vuelva a llenarme la copa…

… CUANDO SE DAN DEMASIADAS PALMADITAS EN EL HOMBRO

Al día siguiente me despierto con resaca. No me limité a darle unas palmaditas en el hombro a Timothée. Lo palpé por completo en mi habitación. Y con la mente nublada bajo a desayunar a la terraza con Camille, su familia y un chico al que no conozco.

—¡Emily! —me saluda Camille—. Te presento a Théo.

—Encantado de conocerte —me dice el chico—. Camille no se cansa de elogiarte.

—¿Trabajas en la finca? —le pregunto.

—Oh, no, en absoluto —interviene Camille—. Es el hermano mío del que te hablé.

¿Qué? Debo de haberlo oído mal. O serán los efectos del champán. A mis neuronas les cuesta conectarse, porque todavía están nadando en burbujas.

—Espera, creía haber visto a tu hermano ayer en la visita guiada, y también en la cena.

—Ese es Timothée. Solo tiene diecisiete años.

Ante mi asombro, Théo me explica que en Francia la palabra *collège* no significa «universidad», sino «instituto».

¿Qué sádico inventó este idioma?

Justo entonces aparece Timothée y me da un beso. Delante de toda su familia. ¿Cómo iba a adivinar que solo tenía diecisiete años? ¡Parecía muy maduro! No he pasado tanta vergüenza en mi vida. Gabriel llega y se marcha,

sorprendido. Pero ¡es culpa suya que le haya dado palmaditas en el hombro al primero que ha pasado!

La situación parece divertir mucho a Camille, a diferencia de su madre, que me llama a su despacho.

—No tenía ni idea de que fuera tan joven —me defiendo—. Camille me dijo que quería presentarme a su hermano. ¡Era tan experto hablando de champán!

—Cállate un minuto —me ordena—. No me molesta en absoluto. Lo que quiero saber es si mi hijo pequeño ha estado a la altura.

Siento calor y después frío. Estoy a punto de desmayarme cuando una idea horrible cruza mi mente. *Oh My God!* ¡Soy una asaltacunas!

—No me diga que ha sido su primera vez… —le digo a gritos.

—Cielos, ¿es esa la impresión que te ha dado? —me pregunta preocupada.

No me puedo creer que estemos hablando de mi noche con su hijo. Es tremendamente embarazoso.

—*What? Oh no, no, no*. Ha sido muy amable. Y muy cariñoso.

Por suerte no me pide más detalles y no parece enfadada conmigo. Incluso consigo hablarle de mi proyecto para vender los excedentes de producción: crear una segunda marca de champán… para rociar.

La idea me la dieron Mindy y sus amigas. Y parece complacer a Isabelle.

Al menos el fin de semana no habrá sido un absoluto desastre…

DESAFORTUNADA EN AMORES...

Desde que llegué a París he aprendido un montón de divertidos refranes. Como: «No hay dos sin tres» y «Novia lluviosa, novia dichosa». O incluso: «Desafortunado en el juego, afortunado en amores». Después de este fin de semana movido podría añadir: «Desafortunada en amores, afortunada en negocios». Al fin y al cabo, llevo semanas viviendo en París, así que he adquirido el derecho de inventar mis propios refranes, ¿no?

La suerte se ha ensañado bastante conmigo en cuanto a sentimientos. Me enamoré locamente de un chico que ya está ocupado. Después caí con un príncipe que no era azul. Y después seduje a un chico recién salido del instituto.

Así que me digo: ¡BASTA!

Afortunadamente, el trabajo me proporciona algunas satisfacciones.

En primer lugar, a Sylvie le gusta mi idea del champán para rociar. Bueno, digamos que no gritó escandalizada, que ya es genial. Camille nos ha invitado esta noche a una inauguración en Marais, donde la bebida de burbujas correrá a raudales. ¡Pinta bien!

Además, Judith, la directora de American Friends of the Louvre, se ha puesto en contacto conmigo. Me sigue en Instagram y le gustaría que le proporcionara un vestido de Pierre Cadault para su próxima subasta benéfica. Será un gran espectáculo, y por lo tanto una excelente manera de promocionar la imagen del gran modisto. Y también me hace feliz ayudar a una compatriota.

Como se acerca la Fashion Week, Pierre trabaja sin descanso. Pero su sobrino, Matthieu, acepta que nos veamos en la inauguración de Camille.

Así que me dirijo a la galería, concentrada y llena de esperanza. Hay muchos invitados y, como habían prometido, todos pueden degustar el maravilloso champán Lalisse. Con moderación, en lo que a mí respecta. He aprendido la lección.

Encuentro a Camille, muy elegante con su vestido de lamé de color bronce.

—Estoy impaciente por conocer a la jefa de la que siempre me hablas y que parece tan aterradora —me dice.

Gabriel se une a nosotras con copas en las manos. Esta noche ha optado por un look de chico malo que le queda muy bien y que contrasta con el estilo de los demás invitados. Mi intuición me dice que lo ha hecho a propósito. ¿Una forma de mostrar su espíritu rebelde?

—Yo ya la he visto —comenta—. No es para tanto, no muerde.

Sí, vale, no siempre hay que mostrar los colmillos para asustar. Con solo una mirada, Sylvie puede hacer que quieras echar a correr.

—En la oficina asusta a todos —le contesto.

Y hablando del rey de Roma…

—¡Habéis venido! —exclamo al ver llegar a Sylvie con Luc—. Esta es Camille.

—¡Oh, encantada! —le dice Sylvie—. Encantada de conocerte. Estamos todos impacientes por empezar a trabajar para representar el champán de tu familia.

En ese momento aparece Matthieu.

—Emily —me saluda y me da un beso en la mejilla.

—Hum, nuestro querido Matthieu Cadault nos honra con su presencia —dice Sylvie.

—Emily me pidió que viniera.

—Ah, es una auténtica adicta al trabajo —le dice con expresión divertida.

¿Qué pasa? Esta noche me ocupo del champán Lalisse, de la marca Pierre Cadault y de la subasta benéfica. Sylvie debería estar contenta, ¿no? Aunque, pensándolo bien, me pregunto si alguna vez está contenta… Camille nos muestra varias obras de arte. Después Sylvie lleva a Matthieu aparte para hablar con él. ¡Hey, que lo he invitado yo!

—¿Qué hay entre vosotros? —me pregunta Camille cuando se han alejado.

—¿Qué? —le digo sorprendida.

—¡Entre Matthieu y tú!

—¡Nada de nada! —le aseguro.

—¿No ves que te devora con la mirada?

No, no lo creo, no. De todas formas, no tiene importancia. Ahora me dedico a mi trabajo, y solo a mi trabajo. A los chicos atractivos de sonrisa preciosa no los miro. Ni siquiera los veo. Eliminados del paisaje. Ya no existen. ¿De qué estaba hablando? ¡Ya no me acuerdo!

—Es cliente de la agencia.

—¿Y qué importa? —me pregunta—. Es atractivo, es muy rico y es el heredero de Pierre Cadault. Está en *Voici* y *Paris Match* casi todas las semanas en compañía de celebridades.

En definitiva, es un *playboy*. Razón de más para que nuestras relaciones se limiten al ámbito estrictamente profesional.

—Emily, es perfecto para ti —me asegura Camille.

—Oh, ¿porque es rico y sale con celebridades? —se burla Gabriel.

—No, porque tiene mucho talento y triunfa en todo en la vida —le contesta Camille secamente.

—Pero cuando no tienes que mover ni un dedo para ganar dinero, es fácil —le replica él.

El amor y el dinero son como los guisantes y las zanahorias: jamás debes mezclarlos. Lo mismo con el amor y los negocios. En cualquier caso, es lo que me repito cuando Matthieu me invita a cenar…

... CREPE, MI AMOR

Al final Matthieu no me lleva a un restaurante, sino a su puesto de crepes favorito. Me sorprende un poco y me tranquiliza a la vez. Después de lo que me dijo Camille, temía que intentara ligar conmigo ante un suculento plato de magret de pato con boletus o cualquier otro de nombre poco común. Pero me encuentro disfrutando de una sencilla crepe de azúcar mientras paseo con él por una callecita preciosa. Y confieso que me gusta mucho.

Intento no pensar en «la otra» crepe, la que podría haber compartido con Gabriel después de nuestra noche loca buscando a Brooklyn Clark por París…

—Está riquísima. Es curioso que todas las culturas tengan sus tortitas.

—¡Ah, no compares nuestras crepes bretonas con vuestras tortitas! —me replica—. Ganamos nosotros sin la menor duda.

—No has probado mis tortitas —le digo.

—Entonces vas a tener que hacérmelas.

Sonrío. ¿Espera que lo invite a mi casa para mostrarle… mi receta? Ya lo dudo… Nuestros pasos nos llevan ante una tienda en la que una pantalla muestra a dos chicos que llevan sudaderas con capucha, lo que me permite cambiar de tema.

—Mira, son los diseñadores Grey Space. Han sacado estas sudaderas en edición limitada y las venden a novecientos euros.

—Ah, sí, es una marca de streetwear —me dice Matthieu—. Van a desfilar en

la Fashion Week, ¿verdad?

—Sí, y su técnica es no anunciar de antemano dónde se llevará a cabo su desfile. Así, todo el mundo intenta descubrirlo.

Son muy buenos llamando la atención. Y yo voy a tener que atraer la de Matthieu. Tenía un objetivo al invitarlo y no lo he olvidado. Para no precipitarme, y también porque me interesa, intento saber más de él. Matthieu me cuenta que se fue a vivir con su tío cuando tenía trece años y que su vida ha sido de todo menos estable.

Nada que ver con mi infancia, donde cada día era igual que los demás.

Después abordo el tema delicado.

—Los American Friends of the Louvre van a organizar en breve una subasta benéfica y me han preguntado si Pierre querría donarles un vestido.

—¡Ah, así funciona! —me contesta—. Te pagamos mucho dinero y además quieres regalos.

Bueno, es cierto que dicho así… Le respondo con una sonrisa avergonzada. Una sonrisa que significa: «¡Ten piedad de mí, *please*! *Please! Please!*».

—Está bien, pásate mañana por el taller y veremos si encontramos algo —acepta.

Me deja marchar después de haberme besado la mano. Y de haberme dedicado una larga sonrisa que significa: «Hasta la próxima, espero». Y también: «Me gustas».

Creo que Camille tenía razón. Esta noche, Matthieu no solo ha degustado su crepe. También me ha devorado con los ojos.

JUDITH NO MENTÍA

Me sumerjo de lleno en el trabajo para que los siguientes días pasen a toda velocidad. Matthieu me ha dado un vestido sublime para la subasta benéfica. Y no ha intentado seducirme. ¿Me habré equivocado con él? En cualquier caso, ha colgado suficientes conquistas en su tablón de caza. Sí, he mirado las páginas de internet que hablan de él. Pero ¡ha sido solo por mi trabajo! Tengo que informarme sobre mis clientes, ¿no? Se llama ser profesional.

Creo que mi refrán «Desafortunada en amores, afortunada en negocios» también funciona para Sylvie. Desde el golpe de las vacaciones fallidas en Saint-Barth', se niega a contestar las llamadas de Antoine. También le devuelve todos sus regalos. Y yo que creía que le parecía bien su relación «a tiempo parcial». Parece haberse hartado de compartir su crepe con Catherine… Pero una crepe se hace para una sola persona, ¿no? No para dos. Si empezamos a cortarla en trozos, nos quedamos sin nada que llevarnos a la boca.

Cuando llega la subasta benéfica, no me lo puedo creer. ¿Cómo puede pasar el tiempo tan deprisa? La sala es maravillosa, y los postores se sientan alrededor de grandes mesas redondas.

Judith no mentía: ¡va a ser un gran espectáculo!

—¡*Hi*, Judith! —la saludo—. Esto es fantástico.

—*Yes*, tenemos a los mejores amigos del Louvre. ¡Y todas las miradas estarán puestas en el vestido de Pierre Cadault!

Llega Sylvie, absolutamente magnífica, como siempre.

—Encantada, Judith.

—Oh, un placer conocerte, Sylvie. Emily me ha hablado mucho de ti. Y gracias por cedérmela, es un cielo.

So cute!

—Si tanto te gusta, te la cedo para tu colección permanente —le contesta Sylvie.

Incluiré esta observación en la cuenta de su ruptura con Antoine. Eso es.

Empiezan a llegar los invitados, incluido el dúo de diseñadores, Grey Space, vestidos con monos blancos y con mochilas de aspecto futurista. ¡Judith cree que son fumigadores! Me apresuro a presentarlos.

—Normalmente la que llama la atención soy yo —bromea—. Salgo con mis pantalones de yoga y mi sudadera de *cowboy* favorita. Vuestro look es genial.

—Gracias —le contesta uno de los dos estilistas.

—Dejadme adivinar —les digo—. ¿Cazafantasmas?

—No, ropa de trabajo. Es nuestra colección de primavera.

Después nos explican que han venido por el vestido de Pierre Cadault. Por supuesto, aprovecho para hablarles de Savoir y ofrecerles mis servicios. Pero prefieren gestionar su promoción ellos mismos. ¡Lástima!

LOS GREY SPACE TAMPOCO MENTÍAN

Por qué de repente estoy en el escenario con el vestido de Pierre Cadault? Fácil. La modelo que iba a llevarlo no ha podido venir, y Matthieu me ha elegido a mí para sustituirla. No podía negarme.

En la creación corta y blanca que parece un origami me siento ligera, como una paloma o una nube. También me siento incómoda. Todos me miran. Sé que es parte del juego y solo deseo que la puja suba lo máximo posible por la asociación y también por Pierre, que ha venido a la subasta.

—¡Y vamos a empezar la puja en 10.000 euros! —anuncia el subastador.

Se levantan varias manos, y las pujas suben, suben y suben. Sonrío, cada vez más relajada. Como nos dijeron, los Grey Space pujan, y son ellos los que se llevan el vestido por la módica suma de… 38.000 euros.

¡Increíble!

Pierre se levanta ante un estruendoso aplauso. Parece muy contento. Ahora les toca a los dos diseñadores acercarse al escenario.

—Felicidades, *guys* —les digo—. ¡Estoy muy contenta!

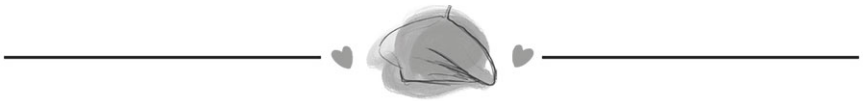
Mientras uno de ellos me filma, el otro apunta hacia mí una manguera unida a la mochila. ¿Será un cañón de confeti? ¡Qué bonita forma de celebrar su compra! Espero con una sonrisa la lluvia de papelitos de colores, que contrastarán con mi vestido blanco. Ya me imagino las fotos que publicaremos en Instagram. Por un segundo, el tiempo parece detenerse.

Entonces el tío me lanza pintura gris.

¡Zas, zas, zas!

El vestido ha quedado destrozado. Tengo la cara salpicada de pintura. Sylvie escupe su champán. Y Pierre lanza un grito de horror, como si acabaran de arrancarle el corazón de un golpe seco.

En esta pesadilla, solo una cosa se me pasa por la cabeza: los Grey Space tampoco mentían. Es cierto que no necesitaban una agencia para hacerse publicidad.



EL PRINCIPAL USO DE LA BUHARDILLA

He descubierto para qué servían realmente las buhardillas: para esconderse. ¿A quién le apetecería subir seis pisos para buscarte?

Perfecto en lo que a mí respecta.

Después del enorme impacto publicitario de los Grey Space, desearía poder quedarme escondida en casa hasta el final de mis días. Pero no puedo. Voy a tener que enfrentarme a Sylvie, me guste o no. Anoche Pierre Cadault parecía desesperado…

Todo lo contrario que los Grey Space, que han hecho mucho ruido mediático… y yo también, por cierto.

Cuando estoy a punto de salir hacia el patíbulo, alguien llama a la puerta. Es Gabriel.

—Hola. Verás, esta mañana he ido muy temprano al mercado y he comprado el periódico…

Me lo tiende. En portada aparece una gran foto mía con el titular: «Fashion Week… El escándalo Cadault-Grey Space».

—Es evidente que has causado sensación —sigue diciéndome—. ¿Quieres que te traduzca las frases que no entiendas?

No es necesario. Lo viví en directo. En cuanto a causar sensación, podría habérmelo ahorrado. Me sentí sobre todo humillada.

—Hoy no tengo ningunas ganas de ir a trabajar —le confieso.

—Quédate. Solo tienes que tomarte el día libre. Haz novillos.
¡Oh, no, me lanza su preciosa sonrisita!
—Me gustaría.
—A mí también.
Al menos ha sido muy amable que viniera a saber de mí…
Antes de que me ejecuten.

DONDE HAY VIDA HAY ESPERANZA

Hay otro refrán que me gusta mucho: «Donde hay vida hay esperanza». Es el que me ayuda a cruzar la puerta de la agencia. Quizá Sylvie no esté muy enfadada. Al fin y al cabo, no tuve nada que ver. Los que destrozaron el vestido de Pierre fueron los Grey Space. ¿Cómo iba a adivinar lo que tenían en mente?

En una noche se han convertido en las estrellas de internet. Su número de seguidores se ha disparado literalmente. ¡Incluso han expuesto el vestido en el escaparate de su tienda!

Mientras me preparo un café, aparece Sylvie con el teléfono en la mano. En la pantalla hay una foto mía mientras me rociaban de pintura. La foto de la vergüenza.

—Menuda mierda —me dice Sylvie.

Es cierto que sus palabras resumen bastante bien la situación, pero no dejo que se me note. ¿No decimos que toda publicidad es buena?

—No he leído ningún comentario negativo o cruel sobre Pierre —le aseguro —. Todos dicen lo mismo: es la vieja guardia contra la nueva.

—Oh, ¿y para ti es positivo que te consideren vieja guardia?

—Puede volverse a nuestro favor —le comento—. Pierre tiene un montón de nuevos seguidores. Y esta noche hemos recolectado cien mil suscriptores de los Grey Space. Pierre es el tema de conversación.

Sylvie no parece convencida.

—¿El tema de conversación o de burla? Si deja la agencia, incluso en Chicago querrán matarte.

Lo peor es que tiene razón. Ayer Pierre estaba fuera de sí. ¡Si lo perdemos, pierdo mi trabajo!

DOS HORTERAS CON UN ÉXITO TREMENDO

Decido ir a hablar con los dos pintores locos. Delante de su tienda hay una cola impresionante. Está claro que han pegado fuerte. Todo el mundo quiere sus sudaderas, lo que me cabrea aún más. ¡Les he hecho publicidad a mi costa y encima sin que me pagaran!

—*Hey, guys!* —les digo—. ¿Os acordáis de mí?

—¡Oh, la chica de la subasta! —me contesta uno de ellos—. Esperamos que lo hayas visto como una *performance*, porque esa era nuestra intención.

¿Lo he oído bien?

—*Oh, yeah?* No, me da la impresión de que dos horteras me han vomitado encima.

—Lo sentimos —se disculpa el otro.

—Somos fans absolutos de Pierre Cadault.

Hoy debo de tener un problema de audición… o me ha quedado un poco de pintura en los oídos. Porque no entiendo lo que me dicen. Cuando eres fan, se supone que no debes ridiculizar a tu ídolo, ¿verdad?

Pero se me ocurre una idea. Si les gusta tanto Pierre como dicen, quizá pueda proponerles una colaboración.

Lo antiguo y lo moderno. O mejor dicho: lo atemporal y la vanguardia.

¡Sí, suena bien!

Ya solo me queda convencer a Pierre.

Conseguí que viniera a la agencia. Así que debería ser capaz de convencerlo de que se quedara.

DESAFORTUNADA EN NEGOCIOS

Corro a proponer mi proyecto a Pierre Cadault, que desde ayer sigue recluido en su habitación. Le explico que los Grey Space quieren romper las barreras de la moda, que para ellos es un concepto en constante evolución. Así que cogen cosas y les dan su toque. Insisto en que lo admiran enormemente y que les gustaría tener su habilidad y su talento. Pero el gran modisto hace oídos sordos a mis argumentos. Para él, la moda no es un concepto. En cuanto a la sudadera Grey Space pintada con su logo, la califica de «trapo».

Lo intento con todo lo que se me pasa por la cabeza. En vano.

Hasta ahora siempre he conseguido solucionar las cosas. Pero esta vez creo que lo tengo crudo.

Desafortunada en amores, desafortunada en negocios.

¡Qué porquería de refrán!

¡POR FIN UNA BUENA NOTICIA!

Unos días después quedo con Mindy en la terraza de nuestra cafetería favorita. Le cuento todo: la catastrófica entrevista con Pierre Cadault y el beso que después me dio Matthieu. ¡Oh, solo fue un beso para consolarme, nada más! Un beso muy agradable, por lo demás… Me prometí no mirar a los chicos atractivos. Nunca juré no besarlos.

—Me encanta la moda, pero odio la Fashion Week —me dice mi amiga mientras una multitud de personas a nuestro alrededor esperan impacientes un asiento.

—A mí tampoco me gusta —le contesto—. Pierre Cadault es muy misterioso. No me deja entrar en su taller. ¿Cómo voy a promocionar su espectáculo si no puedo ver nada?

En realidad estoy muerta de miedo. Desde la *performance* de los Grey Space, el gran modisto parece dudar de todo. Y eso no es bueno. La agencia debe hacer publicidad de su desfile, es un gran reto para Savoir. Por eso Sylvie está nerviosa. Y cuando está así, todo el mundo tiembla, yo la primera.

—No es fácil —me compadece mi amiga—. ¿Quieres una buena noticia? ¡El club de *drag queens* donde canté la otra noche me ha ofrecido trabajo! Son solo dos noches por semana, pero quieren que cante.

—¡Oh, es *fantastic*! —exclamo loca de contenta—. Espera, ¿saben que no eres una *drag queen*?

—Espero que sí…

—¡Era broma!

Mindy se ríe a carcajadas. En ese momento recibo un mensaje de Matthieu. Quiere verme. Espero que también tenga buenas noticias para mí.

UN PASEO PARA OLVIDARLO TODO

Como con la crepe, Matthieu tiene el don de sorprenderme. Esta vez me cita en su barco. Nos bebemos una copa de champán mientras descubro París desde el Sena. ¡Es maravilloso!

Al caer la noche volvemos a los muelles.

—¿El paseo en barco es tu técnica para impresionar a las chicas? —pincho a Matthieu mientras paseamos cogidos del brazo.

—Doy un paseo en barco cada vez que tengo un problema —me dice—. Me abre nuevas perspectivas.

—¿Cuál es el problema? —le pregunto inquieta—. ¿Pierre?

—Sigue dándole vueltas a lo de los Grey Space. Y me oculta su nueva colección incluso a mí.

Me detengo. Me da la impresión de que, bajo su bonita sonrisa, Matthieu está realmente preocupado.

—¿Tampoco a ti te ha mostrado nada? Pero ¡el desfile es dentro de tres días! *Oh My God!* ¡Todo esto es culpa mía!

—Hey, hey, hey —me tranquiliza cogiéndome las manos—. Le gusta exagerar. Forma parte de su personaje. Voy a mostrarte mi verdadera técnica secreta para impresionar a las chicas.

Seguramente intenta tranquilizarme. Y lo peor es que funciona. Me lleva a la magnífica terraza que rodea su también magnífico piso. Matthieu lleva una vida

de ensueño. También es terriblemente seductor, galante y romántico. Con él todo es sencillo y ligero, y es exactamente lo que necesito. Un momento fuera del tiempo. Fuera… de mis pesadillas.

Mientras nos besamos, suena un timbre en alguna parte.

—¿Qué es? —le pregunto.

—El teléfono fijo. Y Pierre es el único que tiene el número. Perdona, tengo que responder.

Corre a cogerlo.

—¿Qué? —exclama—. No, no, no. Voy hacia allí. ¡Voy hacia allí! ¡No te muevas!

—¿Qué pasa? —le pregunto cuando cuelga.

—Quiere cancelar su desfile de la Fashion Week.

—*What?* —exclamo—. *Oh My God!*

Ya está poniéndose la chaqueta.

—Tengo que ir a verlo. Espero poder hacerle entrar en razón.

Yo también lo espero. Lo espero de verdad.

CUANDO EL CIELO (DE PARÍS) NOS CAE EN LA CABEZA...

A la mañana siguiente sigo esperando, muy nerviosa, noticias de Matthieu. ¡Ojalá haya conseguido tranquilizar a su tío! No me enteró de nada en la reunión convocada por Luc sobre el proyecto de colaboración entre el futuro hotel Zimmer de París y los perfumes Lavaux. De nada.

Estoy muerta de miedo. Totalmente aterrorizada. Si Pierre acaba cancelando el desfile, no me atrevo a imaginar la reacción de Sylvie. Le mando un mensaje a Matthieu…

—Emily, ¿puedes prestar atención a la presentación, por favor? —me pregunta Luc.

Dejo el teléfono y Julien pega un grito al mirar el suyo.

—*Oh. My. God.*

—Perdonad, pero estoy hablando —dice Luc enfadado.

—Urgencia absoluta —dice Julien—. ¡Escuchad, *Women's Wear Daily* acaba de tuitear que Pierre Cadault cancela su desfile!

—¿Qué? —grita Sylvie.

Ya está, lo que más temía acaba de suceder.

—¿Estás seguro? —le pregunto a Julien—. Anoche Matt me dijo que podía hacerle entrar en razón.

—¿Matt? —me pregunta Sylvie enfurecida—. ¿Qué hacías con Matthieu Cadault anoche? ¿Y por qué no lo supe en cuanto te enteraste?

Porque estaba aterrorizada, por eso. Cuando mi móvil vibra, se lanza sobre él para quitármelo de las manos.

—Hola, ¿Matthieu?

Al final Sylvie me quita el teléfono y pone el altavoz.

—Pierre ha cancelado la sala esta mañana —informa Matthieu—. Su nueva colección está lista, pero se niega a mostrarla. He intentado presionarlo, pero no dejaba de gritar «¡Hortera! ¡Hortera!» ante todas las piezas expuestas.

—Hortera —repite Sylvie fulminándome con la mirada.

Me da la impresión de que voy a llevar este adjetivo pegado a la piel durante mucho tiempo. Cuando concluye la conversación, se vuelve hacia mí con una expresión glacial.

—¿Tienes una ligera idea de lo que has provocado? Convenciste a Pierre Cadault de que donara uno de sus vestidos, que han destrozado. Y eso ha hecho tambalear su confianza hasta tal punto que se niega a desfilar en la Paris Fashion Week por primera vez en tres décadas. Y para colmo, además te has acostado con su sobrino, Matt.

Algo me dice que no está contenta…

—*Well*, esta parte no es del todo exacta —intervengo tímidamente.

—Así que tenemos a un icono de la moda que se niega a desfilar —sigue diciendo sin escucharme—. Lo cual tiene tanto sentido como una estadounidense hablando francés como una vaca española y poniendo patas arriba una agencia de publicidad de París.

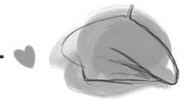
—Déjame hablar con él, por favor.

Es verdad, estoy segura de que podemos intentar convencer a Pierre. Basta con que Sylvie me dé una última oportunidad.

Me devuelve el teléfono.

—Estás despedida —me dice en tono rotundo—. Sal de mi despacho. Recoge tus cosas. No quiero volver a verte por aquí nunca más.

No, no es posible. Abro la boca. La cierro. Estoy demasiado sorprendida para defenderme. En cualquier caso, Sylvie ha tomado su decisión. ¿Qué podría decir?



UN POCO DE BÁLSAMO PARA EL CORAZÓN

No me lo puedo creer. Tendré que dejar la agencia, a mis compañeros y París. Me quedo plantada detrás de mi mesa, incapaz de reaccionar. Incapaz de aceptar que tendré que despedirme de todo esto. He cogido cariño a Julien, a Luc y a Sylvie. Sí, incluso a Sylvie.

Había conseguido adaptarme y me sentía bien aquí. Me daba la impresión de que tenía la libertad con la que siempre había soñado. Pero acaba de estallar en pedazos. Y mi carrera con ella. Porque mi despido inevitablemente tendrá repercusiones hasta en Chicago.

Julien, preocupado, se acerca a mí con Luc.

—¿Estás bien? —me pregunta Luc.

—No —le contesto—. Sylvie me ha despedido.

Pero ¿por qué parecen aliviados? ¡No lo entiendo!

—¡Ah, si solo es eso, no hay problema! —me dice Luc.

—Sí, no hay problema —coincide Julien—. No llegará la sangre al río. Es imposible despedir a un empleado en Francia.

—*What?*

—Sí —confirma Luc—. ¡Entre la magistratura de trabajo y todo lo demás, se tardan meses!

—¡Años! —añade Julien—. Olvídate del orgullo, ven una o dos veces por semana a mover algunos papeles en tu mesa y no mires a Sylvie.

—A un amigo mío lo despidieron de un gran bufete de abogados —me cuenta Luc—. Se enfadó tanto que lanzó su teléfono al Sena. No pudieron comunicarse con él durante semanas para completar los trámites del despido. Así que se les olvidó. ¡Y ahora es socio!

Julien me sonríe.

—Si te sirve de algo, danos tu teléfono y lo tiramos.

Estoy profundamente conmovida. Y recuerdo mis primeros días en la agencia, cuando se inventaban excusas para no comer conmigo y me llamaban paleta. Desde entonces, la paleta de Chicago ha llegado a conocerlos y a quererlos. Los echaré mucho de menos.

—No, gracias. Muy amables. No habría aguantado una semana sin vosotros dos.

—Emily, nunca te daremos la espalda —me dice Luc en tono solemne—. Nunca.

Apenas ha dicho estas palabras, Sylvie sale de su despacho, y mis dos compañeros salen corriendo como conejos. Dándome la espalda.

No importa. Su apoyo es bálsamo para mi corazón. De verdad.

¡GABRIEL NOS DEJA!

Qué día más espantoso! El peor de mi vida. Aunque el apoyo de mis compañeros ha sido un consuelo, también me ha recordado que no tengo ningunas ganas de dejarlos. ¿Tendrán razón? ¿Todavía tengo posibilidades de quedarme en la agencia? Vuelvo a casa totalmente perdida. Solo estoy segura de una cosa: después de un día tan desastroso, ¡no puedo caer más bajo! Al llegar oigo gritos delante de mi edificio. Gabriel y Camille están discutiendo.

—¡Creí que te alegrarías! —grita Gabriel.

—¡Eres muy egoísta! —le replica Camille.

—Mira, tengo que irme a trabajar —le dice Gabriel, que cruza la calle hacia su restaurante.

—¡Vete, es lo único que sabes hacer! —le reprocha Camille.

Parece que la cosa está muy tensa. Me acerco a Camille, que se limpia una lágrima.

—¿Qué pasa? —le pregunto en voz baja—. ¿Puedo hacer algo?

—Gabriel ha encontrado un restaurante dentro de sus posibilidades.

—Buenas noticias, ¿no? —le digo.

—El restaurante no está en París, Emily. Está en Normandía, cerca de su pueblo.

No me lo puedo creer. ¿Cómo puede Gabriel hacernos algo así? ¿Marcharse? ¿Abandonarnos? Ejem, abandonar a Camille.

—Se va la semana que viene —me dice.

What?

—¿La semana que viene? —exclamo aterrorizada—. ¿Y por qué nos enteramos ahora? ¡No me lo creo, estoy en shock! No tanto como tú, por supuesto. Tú estás muy sorprendida.

—Estoy furiosa.

—¡Yo también! —grito.

¡Gabriel nos deja! ¡De repente, de un día para otro! ¡Como si no significáramos nada para él! Bueno, como si Camille no significara nada para él.

—¿Qué tiene en la cabeza? —añado con más calma.

—No lo sé. O cree que me voy a ir con él al quinto pino, o es su forma de romper conmigo.

Parece muy alterada.

—Lo siento.

—Volveré a casa de mis padres y pensaré en todo esto tranquilamente.

Me abraza y me asegura que soy una verdadera amiga.

Me equivocaba: puedo caer aún más bajo.

TORTILLA, VOY A ECHARTE DE MENOS

A la mañana siguiente voy a ver a Gabriel. Tengo un montón de reproches que hacerle, sí. De entrada, ¿con qué derecho se atreve a dejarme así? Entre amantes… ejem, entre vecinos, tenemos obligaciones, ¿no? Ya está empaquetando sus cosas. Todavía no me creo que vaya a marcharse. Que no volveré a cruzarme con él en la escalera… o que no volveré a jugar al escondite con él. Que no volverá a molestarme con su forma de seducirme como el que no quiere la cosa. Que no volveré a ver su bonita sonrisa y su ardiente mirada sobre mí.

—¿Ibas a decírmelo antes de marcharte o ibas a dejarme una nota? —le pregunto.

—Hemos llegado a un acuerdo muy rápido, eso es todo. Además, está al lado del pueblo donde nací. Y es una gran oportunidad. Siempre he soñado con tener un restaurante en París, pero…

—A veces nuestros sueños nos llevan a lugares que no esperábamos —termino la frase por él—. Lo sé. Quiero decir que yo creía que lo mío era quedarme en Chicago. Y hoy tendré que despedirme de mi primer amigo en París. No puedo imaginarme esta ciudad sin ti en el piso de abajo. Y sin tus tortillas. Voy a echar mucho de menos tus tortillas.

¿Me ha entendido? Por su sonrisa, creo que sí.

—También ellas te echarán de menos.

—Pero me alegro por ti.

Gabriel va a hacer realidad su sueño. ¿Quién soy yo para juzgarlo? Aunque me habría gustado que su sueño no lo obligara a alejarse de mí…

COMPAÑEROS MUY CUTE

Voy a la agencia con un nudo en el estómago. Antes de salir del ascensor, respiro hondo. Sylvie no se me va a comer, ¿verdad? El primero en saludarme es Julien, con una gran sonrisa. Pero inmediatamente después aparece Sylvie. Y ella no parece alegrarse de verme.

—¿Qué haces aquí? ¿Tengo que volver a despedirte?

Julien, que está detrás de ella, me da ánimos por señas. Entendí lo que me explicó ayer con Luc. Y me pongo en la piel de una empleada francesa. En otras palabras: de una empleada a la que no pueden despedir chasqueando los dedos. Una chica dispuesta a no moverse de aquí. Por las buenas o por las malas. ¡Ahora soy parisina y tengo derechos!

—No, no —tartamudeo—. Pero tengo clientes extraordinarios, así que mientras no hayamos tramitado el despido, tengo mis obligaciones con ellos y con Savoir.

Se vuelve hacia mi compañero, que de repente adopta una expresión inocente.

—Julien, ¿podrías traerme una copia del formulario de despido para que pueda tramitarlo?

—Por supuesto, Sylvie —acepta obedientemente.

Se va moviendo la cabeza a espaldas de nuestra tiránica jefa. Me dan ganas de reírme.

—Yo me ocuparé de tus clientes —me dice—. Pero si insistes en venir, sé transparente.

Pero ¡si ya soy transparente! En ese momento Luc se acerca a nosotras.

—Sylvie, tengo que hablar contigo de Lavaux. Mira, pensándolo bien, creo que no va a funcionar.

—¿Por qué razón? —le pregunta Sylvie con recelo.

—Antoine y yo —le contesta con una mueca—. ¿Sabes lo que pasa cuando juntas a dos machos alfa? No tardará en correr la sangre.

Luc me mira. ¡Mensaje recibido!

—Puedo sustituirte.

—Pero ya no trabajas aquí —objeta Sylvie.

—Quizá podría ocuparse hasta que encontremos una solución mejor —sugiere Luc.

Sylvie lo piensa unos segundos.

—OK. Ocúpate del tema mientras tramitamos el despido.

Tengo mucha suerte de tener compañeros tan *cute*.

UN AVE FÉNIX LLAMADA PIERRE

Debería haberlo sabido: el día estaba empezando demasiado bien. Por la mañana recibo una invitación que me gustaría haberme ahorrado. ¡Los Grey Space han alquilado la sala que en un principio había reservado Pierre Cadault y me invitan a su desfile! Si no es una provocación, me pregunto qué es. Antes valoraba a estos dos diseñadores por su creatividad. Ahora me parecen insoportables y pretenciosos. Son como dos niños maleducados. Y además no necesitan volver a humillar a Pierre para que se hable de ellos.

Inmediatamente después me llama Matthieu.

—¿Acabas de recibir una invitación de los Grey Space? —adivino.

—Pierre también la ha recibido —me informa.

—¿En serio? Bailan sobre su tumba y además lo invitan a ver el baile. ¡Es un insulto!

—Es lamentable —comenta Matthieu—. Pierre quiere asesinarlos. Ah, y también quiere verte de inmediato.

Me pregunto por qué… Pero al menos es buena señal que quiera hablar conmigo, ¿no? Sylvie insiste en venir conmigo. Encontramos a Pierre en su taller, sonriendo y nada deprimido. ¿Quizá se siente aliviado por haber cancelado su desfile?

—¡Ah, ha llegado la *gossip girl*!

Otra señal alentadora: me llama *gossip girl*, no «hortera».

—Hola, Pierre. ¿Cómo está?

—Muy bien —me contesta besándome la mano—. Quiero mostrarte algo. ¡Ven conmigo!

Lo acompaño con Matthieu y Sylvie hasta un maniquí de costura casi totalmente escondido debajo de una sábana.

—Iba a mostrar una colección trillada, sin vida y sin interés —me explica—. He estado dormido demasiado tiempo. Y ahora me he despertado, ¡ja, ja, ja, ja!

Victorioso, nos muestra su creación, que me deja boquiabierta. ¡Es muy diferente de lo que suele hacer! ¡Una auténtica metamorfosis! Este vestido es vanguardista, ultracolorido, poco convencional y rompe todos los códigos de la alta costura. Sylvie parece absolutamente sorprendida.

¡A mí me encanta! Pierre ha remontado como un ave fénix.

—¡Oh, es *amazing*!

—¡Y mi fuente de inspiración eres tú! —me dice.

—Sí, me parece muy original, Pierre —le comenta Sylvie con una sonrisa forzada.

—Es el futuro de Pierre Cadault —le contesta—. ¡Y quiero que el mundo descubra esta obra maestra inmediatamente!

—Pues has cancelado el desfile —le recuerda Matthieu—. Así que tenemos un «pequeño» problema.

—La idea es excelente —interviene Sylvie—. Pero ¿cómo vamos a organizar un desfile con un solo vestido?

El problema no asusta a Pierre, que promete crear una docena más hoy mismo. Si todos son del mismo nivel, el gran modisto será la estrella de la Fashion Week. Ahora solo tengo que encontrarle una sala.

Para mañana.

He visto películas de *Misión imposible* en las que Tom Cruise se enfrentaba a desafíos más sencillos.

Por suerte, sin pretenderlo, los Grey Space publican un vídeo que me da una idea. Aparecen destrozando el gran cartel colgado frente a la sala en la que iba a llevarse a cabo el desfile de Pierre y después pintando su logotipo en él.

Otra humillación gratuita.

Pero será la última.

Hay otra expresión que me gusta: «Pagar con la misma moneda».

Sí, eso es, lo van a pagar.

¡Y la cuenta va a ser abultada!

¡UN AUTÉNTICO DESFILE!

Trabajo como una loca, en la agencia y después, por la noche, en casa. Me da la impresión de que tengo un reloj en la cabeza y que oigo pasar los segundos. Tictac. Tictac. Esta vez no puedo pifiarla. Si el desfile de Pierre es un fracaso, Sylvie nunca me lo perdonará. Y ni siquiera mis compañeros *cute* podrán hacer nada por mí. Mientras envío mil millones de e-mails y soluciono mil millones de detalles urgentes, llega Mindy con los brazos cargados de bolsos y maletas.

—¡Los Dupont me han echado! —me dice.

Al parecer, a sus jefes no les gustó su nuevo trabajo como cantante en un cabaret de *drag queens*.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras —le digo.

—¡Oh, eres la mejor, Emily! —me contesta abrazándome—. Voy a comprarte un montón de vino. ¡Será divertido estar juntas!

Alguien más llama a mi puerta. ¡Hey, el desfile es mañana, y no en mi apartamento! Cuando veo a Gabriel, el corazón me da un vuelco. ¿Qué quiere? ¡Por favor, que haya cambiado de opinión y se quede en París! Querida buena suerte, pocas veces te pido algo, así que si pudieras hacer tu trabajo solo por una vez…

—Hum, tengo un regalo de despedida para ti —me dice.

Despedida. ¡Cuánto odio esta palabra!

—Se supone que soy yo la que debería hacerte un regalo de despedida.

—Sí, bueno, creo que debe quedarse contigo.

Y me tiende su sartén. La sartén con la que me prepara tortillas. Me preparaba. ¡No consigo hacerme a la idea! ¿Cómo voy a poder conjugar a Gabriel en pasado?

—Y si no tienes planes para mañana, es mi última noche en el restaurante —sigue diciéndome.

—¿Mañana por la noche? —le pregunto nerviosa—. ¿Por qué tan rápido?

—¿Por qué esperar para empezar mi nueva vida? —me replica.

¡Maldita buena suerte!

EL DESFILE DE VERDAD

Una multitud de periodistas espera con impaciencia delante de la sala el inicio del desfile de los Grey Space. Pero yo no oigo nada, excepto los latidos de mi corazón. La metamorfosis de Pierre me ha inspirado y he decidido llevar el concepto aún más lejos. Pero ¿no será demasiado lejos?

No tardaré en saberlo. Me gustaría que funcionara por Pierre y por mí, y también para mostrar a los Grey Space que no son los más fuertes.

Funcionará, tiene que funcionar.

Los coches llegan al patio. En uno de ellos está Pierre Cadault, que lleva una parka plateada y una camiseta con su logo.

—Pierre, ¿ha venido a ver a los Grey Space? —le pregunta un periodista.

—No, todos vosotros habéis venido a ver a Pierre Cadault, ¡ja, ja, ja! —le contesta el modisto, que inicia una especie de danza.

De repente aparece un camión de basura con un equipo de sonido que reproduce música atronadora. Intrigados, todos los fotógrafos se vuelven hacia él. Cuando salen las modelos vestidas con las nuevas creaciones de Pierre, todo el mundo se queda estupefacto.

Los vestidos son llamativos, con cortes extravagantes y geniales. Además, Pierre ha escrito frases en estilo grafiti: «Soy hortera», «Pasado de moda», «Pierre es una porquería», «¿Quién es Pierre?».

Varias supermodelos llevan boinas, cinturones y bisutería que se parecen a

los míos. Una de las chicas incluso lleva un enorme bolso en forma de corazón en el que pone «Hortera».

¡Me encanta ser una fuente de inspiración!

Y a juzgar por el concierto de ovaciones entusiastas, al público le encanta el desfile. Gritan a coro el nombre de Pierre Cadault. ¡Qué triunfo!

Pero los Grey Space ponen una cara rara…

La próxima vez se lo pensarán dos veces antes de humillar a nadie.

UNA CENA DE CELEBRACIÓN Y DE DESPEDIDA

Por la noche invito a todos al restaurante de Gabriel, Sylvie, Luc, Julien, Matthieu y Pierre Cadault. Los periódicos han informado del éxito de su desfile, y él parece encantado. Todos lo estamos, la verdad.

Y como he etiquetado el restaurante en la página de Instagram del gran modisto, el restaurante está lleno de gente.

De repente le hago una seña a Sylvie. Antoine y Catherine acaban de llegar. Pienso en levantarme para decirles que ya no hay sitio, pero supongo que han reservado.

—Oh, mierda —murmura Sylvie, que esboza una sonrisa forzada—. ¡Oh, Catherine, Antoine, buenas noches! Llegáis justo a tiempo, es la última noche del chef en París. Se traslada a Normandía.

—¿En serio? —le pregunta Catherine—. ¡Qué suerte! Pues Antoine lleva semanas prometiendo llevarme a Normandía.

—Ah, se le da bien hacer promesas —le contesta Sylvie en tono irónico.

Por suerte, Catherine y Antoine se dirigen a su mesa…

La cena avanza con alegría. Y Matthieu me propone llevarme a la Costa Azul el próximo fin de semana. Sé exactamente lo que significa, por supuesto.

Ha sido un día increíble y lleno de emociones. Por un lado, he cumplido mi «misión imposible» gracias al talentoso Pierre Cadault. Por el otro, voy a perder a Gabriel. Así que esta victoria tiene cierto sabor amargo.

Es tarde y el restaurante se ha vaciado por fin. Gabriel viene a despedirse de mí.

—Bueno, gracias de nuevo —me dice conmovido—. Has convertido la velada en un recuerdo inolvidable.

—Solo quería hacerte un favor yo también —le aseguro.

Al ver que se ríe, me doy cuenta de que mi frase debe de tener doble sentido. Hay tantos falsos amigos, y tan pocos amores verdaderos… De repente su mirada se vuelve triste, casi desesperada. Me gustaría abrazarlo y oler su perfume. No sé por qué, me contengo.

—Buenas noches, Gabriel —le digo, como si fuéramos a vernos mañana—. Y buena suerte.

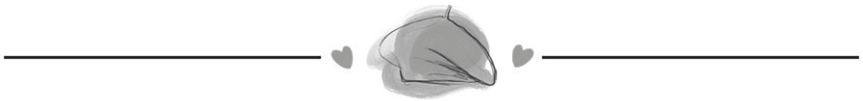
Después salgo del restaurante al mismo tiempo que Matthieu. Quiere prolongar la noche, pero no me apetece. Solo quiero volver a casa y refugiarme debajo del edredón a llorar. O beberme una copa de vino para olvidar.

Pero el olvido no llega.

Cuando abro la ventana, veo a Gabriel recogiendo la terraza del restaurante. Voy a echarlo mucho de menos, es insoportable.

No puedo dejar que se marche así.

No, no puedo.



UNA NUBECITA GRIS

Paso una noche de ensueño con Gabriel, pero el problema de los sueños es que son efímeros. Cuando te despiertas, la vuelta a la realidad siempre es brutal.

Gabriel se va a Normandía. ¡Oh, ya sé que no está tan lejos de París! Podría ir a verlo. Pero ¿sería bueno volver a vernos? Aunque haya roto con Camille, mi conciencia no está más tranquila… Sigue dándome la impresión de compartir una crepe prohibida. O no, más bien de haberle robado la crepe a alguien, y además haberme deleitado comiéndomela.

La noche con él ha sido tan… ¡Aún mejor que en mis ensoñaciones más locas y dulces!

En un mundo perfecto, Gabriel se quedaría conmigo. En ese mismo mundo perfecto, él nunca habría conocido a Camille, y ella no habría llegado a ser amiga mía.

¡Y ni siquiera puedo contar con que mi buena suerte me ayude, porque nunca está por la labor!

Voy a la agencia sin tener del todo claro lo que me espera. Anoche Sylvie parecía bastante contenta… bueno, hasta que apareció Antoine con su mujer. Pero ¿qué pasará hoy?

Mientras trabajo, con la nariz pegada al ordenador, llega Sylvie.

—¡Hola, Sylvie! He hablado con el publicista de Pierre, tiene una entrevista con *Vogue* mañana. He pensado que…

—Cállate un segundo y escucha lo que tengo que decirte —me interrumpe—. Respecto de nuestra conversación del otro día, he decidido no iniciar los trámites de despido por falta grave.

—¿En serio?

Pone los ojos en blanco y suspira. ¿Qué he dicho esta vez?

—Tienes potencial, pero eres un diamante en bruto. Si vas a quedarte en la agencia Savoir, no seré tan tolerante contigo. ¿Está claro?

—Muy claro —le contesto en un tono que no puede ser más serio.

Mis compañeros parecen alegrarse por mí. Y yo también estoy contenta.

Solo hay una nubecita gris por encima de mi cabeza. Una nubecita llamada Gabriel.

¡BUENA SUERTE, ESTÁS DESPEDIDA!

Al terminar mi jornada laboral, paso por delante del restaurante. He vivido muy buenos momentos aquí. Recuerdo la noche que descubrí que mi vecino sexy era el chef. Ahora, sin él, nada será igual… Los bistecs estarán demasiado crudos, las tortillas serán incomibles, y mi vida… supersosa. De repente alguien me llama. Es Antoine, que está sentado en la terraza. Me pregunto qué hace aquí, cuando el restaurante parece cerrado.

—¡Hola! —le contesto—. ¿Tanto te gustó la cena anoche?

—He venido por negocios —me dice—. ¿Y tú?

—Oh, vivo justo al lado —le contesto señalando mi edificio.

—¡Qué práctico! —me dice.

No lo entiendo.

Justo después sufro una alucinación. Veo a Gabriel saliendo del restaurante con una botella de champán y dos copas en las manos. Debo de estar soñando. O soy víctima de un síndrome de abstinencia. Pienso tanto en el SSG que creo verlo por todas partes. Pero ese brillo en los ojos cuando me mira… No, no pueden ser imaginaciones mías. Está aquí, frente a mí.

—¡Oh! —exclamo—. Creía que te ibas esta mañana.

—Sí, yo también —me confirma.

—¿Por qué esta botella? —le pregunto—. ¿Estás haciendo una gira de despedida?

Antoine nos sonríe.

—Todo lo contrario. No podía soportar que París perdiera a uno de sus jóvenes chefs más prometedores.

—Antoine quiere invertir en un restaurante —sigue diciendo Gabriel con el rostro radiante.

—¿Aquí, en París? —le pregunto.

—Sí, por supuesto —me contesta Antoine—. El lugar de Gabriel está aquí.

¡Oh, sí, aquí, cerca de mí! Muy muy muy cerca de mí. Y solo de mí.

Mientras Antoine recibe una llamada y Gabriel va a buscar otra copa, Camille me envía un mensaje. Gabriel le ha informado de que no se marcha y quiere hablar conmigo.

¿De qué? ¿De la noche que he pasado con su exnovio? ¿De que ha sido una crepe inolvidable?

Espero que no me pida consejo sobre cómo reconciliarse con él. ¡Sí, claro, seguro que es eso! Es lo que hacemos entre amigas: nos ayudamos y nos apoyamos.

Nos traicionamos.

Pero ¡creía que entre Gabriel y ella todo había terminado!

Ahora que lo pienso, mi buena suerte no es perezosa, no. Lo que pasa es que lo entiende todo mal. En lugar de ayudar, ¡te fastidia la vida! Ojalá pudiera despedirla… al estilo estadounidense, no al francés.

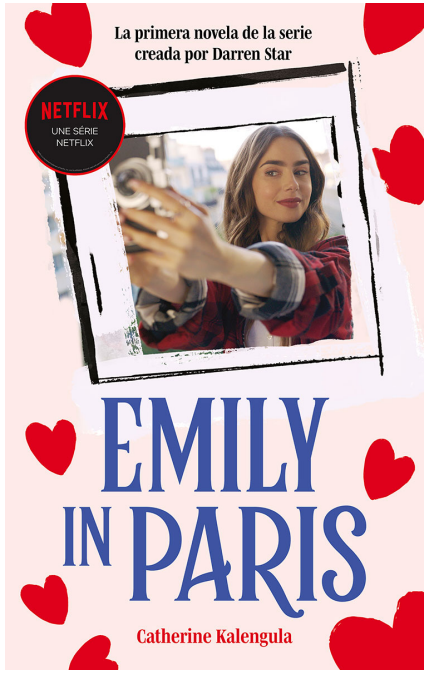
¿Y ahora qué hago?

Seguramente la mejor opción sería coger el primer avión a Chicago. Camille no podrá cruzar el Atlántico para perseguirme.

Miro la calle y los edificios. Mi panadera me saluda desde el otro lado del escaparate. Claudette, la florista, me mira mal, como si fuera a birlarle las rosas. Y pienso en las alegres sonrisas de Julien y Luc cuando se enteraron de que me quedaba en la agencia.

No, no voy a huir. Porque ahora mi vida está aquí. Por muchas que sean las sorpresas y las pesadillas que me depare…

La primera novela oficial del éxito de Netflix: Emily in Paris



No me lo puedo creer. Estoy metida en un taxi y el corazón late tan fuerte que se me va a salir por la boca. Yo, Emily Cooper... ¡en París! ¡Qué fuerte! En la vida todos necesitamos sueños que cumplir para sentirnos vivos y yo estoy haciendo realidad el mío.

Las calles de París desfilan ante mis ojos y siento mariposas en el estómago cada vez que veo un edificio nuevo, las luces de la noche y el olor de los croissants recién horneados a primera hora de la mañana.

Es verdad, lo admito. Hay una parte de mí que está un poquito asustada porque encontrar tu lugar en un sitio nuevo a veces es complicado y porque, a veces, la realidad no se ajusta a la idealización de nuestros sueños.

Pero luego salgo a la calle y se me olvida todo porque París es la ciudad más emocionante del mundo. Nunca sabes qué va a pasar.

Después de dejarlo todo atrás y aceptar el trabajo de sus sueños en París, Emily

Cooper, ejecutiva de marketing de Chicago, estrena una vida de aventuras mientras compagina trabajo, amistad y, sobre todo, amor.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Título original: *Emily in Paris*

Primera edición: diciembre de 2022

Novelización de Catherine Kalengula, publicado bajo licencia de Viacom International
© 2022 Viacom International Inc. All Rights Reserved.
Emily in Paris and all related titles, logos and characters are trademarks of Viacom International Inc.
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: adaptación del diseño original de Hachette Book Group, INCI
Fotografía de portada: © 2022, Viacom International Inc.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19357-79-3

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: somosinfinitos
Twitter: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Paleta, cateta, rústica.
[2] Que te den.
[3] En francés se dice *le vagine* y *la verge*.
[4] «*Il y a de l'eau dans le gaz*», expresión que significa que va a haber una pelea.

Índice

Emily in Paris

Bienvenida a París
Conozco a mis compañeros franceses
Diez minutos después, primera reunión
Un vecino que no está nada mal
Éxtasis a las ocho de la mañana...
...Deprimida a las once...
...Amargura al mediodía...
...Rabia a las tres
Mañana será otro día
Más fuerte
Fiesta al pie de la Torre Eiffel
La venganza del lubricante
El cliente nunca tiene la razón
Duro golpe
Problema de vocabulario
Bastaba con un tuit
Urinario, bidet y compañía
¡Revolución!
So excited!
¿Tengo ducha o no?
¡Hasta el gorro!
Vino e ideas
Pequeña fiesta... para un gran fiasco
¡Ooooh!
Distribución de regalos
La vie en rose
¡Qué tortilla!
Gas y vinagre
El sostén de la discordia
¡Buena pesca!
¡Y la bronca continúa!
¡La trampa se cierra!
Saber adaptarse
Subida al paraíso...
...¡Y aterrizaje brutal!
Amigas de verdad
Good news!

El tío de la bolsita
Por un minuto
Camas para soñar (sola, totalmente sola)
Influencer, una profesión de alto riesgo
Bye, Emily in Paris
Burbujas y una confesión
¡Golpe de suerte!
¡Oh, sí! ¡Oh, sí!
El negro es un concepto relativo
El amuleto de la mala suerte
Thomas
Muerta... de placer
La vida de una apestada
¡Qué show!
Nunca una velada a cuatro
Plan A y plan B
¿A él qué le importa?
Esnob o no esnob
Pues sí, era Dan
Amuleto milagroso
¿Demasiado fácil?
Un plan malísimo
No es un Cadault
El duro oficio de ser amante de un hombre casado
¡Reloj a la fuga!
El síndrome de Cenicienta
Cenicienta no comparte su crepe... ejem, a su príncipe
Camille lo sabe todo
El diagnóstico de la doctora Sylvie
Un culo anestesiado
Gabriel en los fogones
No tentemos a las bestias
¡Menudo trasiego!
Esto es lo que pasa...
... Cuando se dan demasiadas palmaditas en el hombro
Desafortunada en amores...
... Crepe, mi amor
Judith no mentía
Los Grey Space tampoco mentían
El principal uso de la buhardilla
Donde hay vida hay esperanza
Dos horteras con un éxito tremendo
Desafortunada en negocios

¡Por fin una buena noticia!
Un paseo para olvidarlo todo
Cuando el cielo (de París) nos cae en la cabeza...
Un poco de bálsamo para el corazón
¡Gabriel nos deja!
Tortilla, voy a echarte de menos
Compañeros muy Cute
Un ave fénix llamado Pierre
¡Un auténtico desfile!
El desfile de verdad
Una cena de celebración y de despedida
Una nubecita gris
¡Buena suerte, estás despedida!

Sobre este libro
Créditos
Notas